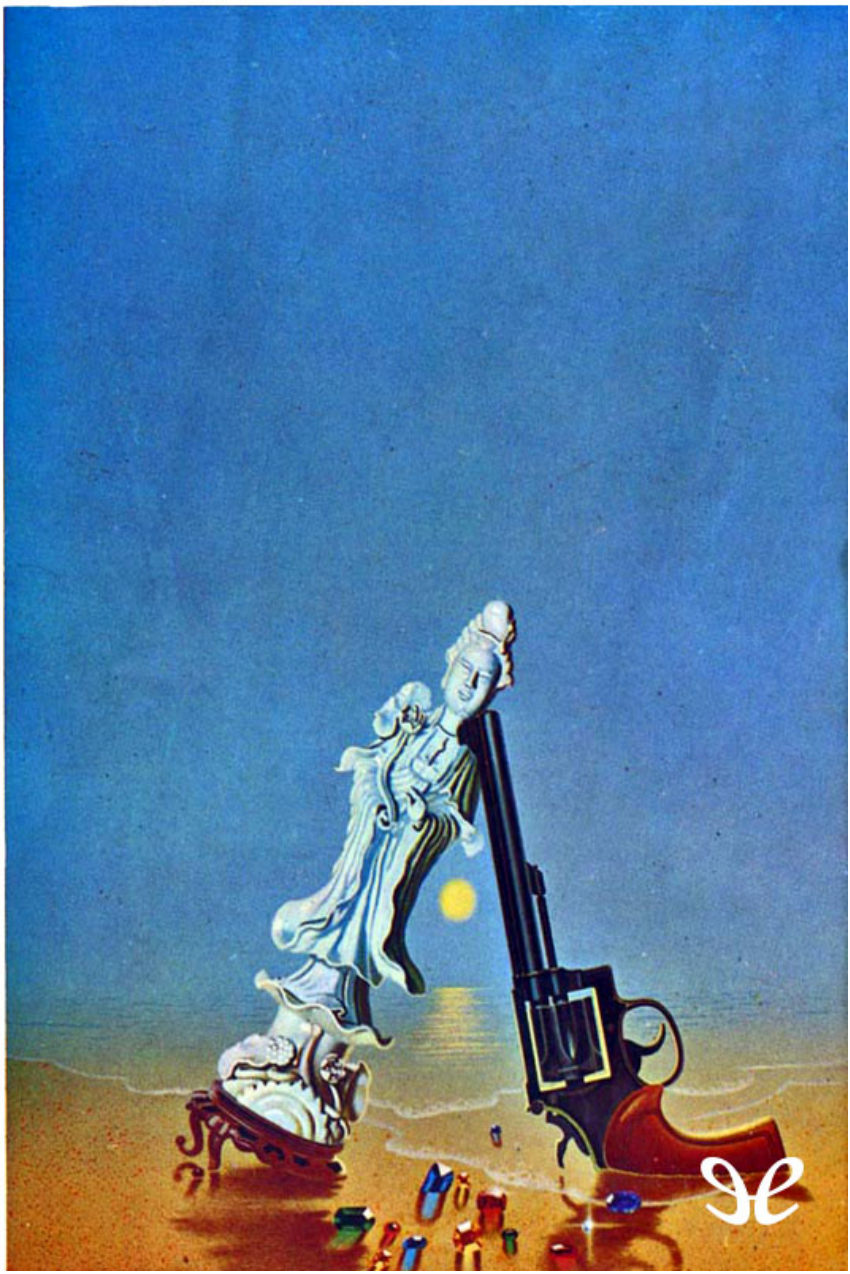
AGATHA CHRISTIE

PROBLEMA EN POLLENSA

Selecciones de Biblioteca Oro



Todo gran detective tiene sus métodos deductivos preferidos. Tenemos, por ejemplo, al encantador Parker Pyne, quien confía en un conocimiento intuitivo de la naturaleza humana para resolver un «Problema en Pollensa».

O Hércules Poirot, cuyos mesurados análisis de los motivos y las oportunidades son puestos a prueba en «Iris amarillos», cuando recibe una llamada anónima sobre una cuestión de vida o muerte.

Estos y otros relatos conforman este compendio de estilos deductivos, un verdadero muestrario de la increíble capacidad de la autora para atrapar al lector hasta la última página.

Agatha Christie

Problema en Pollensa

ePub r1.0
Ronstad 23.06.2013

Título original: *Problem at Pollensa Bay and other stories*
Agatha Christie, 1965
Traducción: Stella de Cal

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

PROBLEMA EN POLLENSA

El vapor de la línea Barcelona-Palma de Mallorca dejó a Parker Pyne en esta última capital en las primeras horas de la mañana. Inmediatamente Parker Pyne sufrió una desilusión. Los hoteles estaban llenos. Lo único que pudieron ofrecerle fue un cuchitril sin ventilación, con vistas a un patio interior, en un hotel en el centro de la ciudad…, y míster Parker Pyne no estaba dispuesto a conformarse con eso. El dueño del hotel permaneció indiferente ante su desilusión.

—¿Qué quiere usted? —observó, encogiéndose de hombros filosóficamente.

Palma se había puesto de moda. El cambio era favorable. Todos, ingleses, americanos, iban a Mallorca en invierno. Todo estaba abarrotado. Dudaba mucho de que el caballero inglés pudiera encontrar sitio en ninguna parte…, a no ser, quizás, en Formentor, donde los precios eran tan elevados que incluso los extranjeros vacilaban ante ellos.

Parker Pyne tomó un poco de café y un panecillo y salió a ver la catedral, pero no se encontraba de humor para apreciar bellezas arquitectónicas.

Luego celebró una conferencia con un servicial taxista, en mal francés mezclado con español, y discutieron los méritos y posibilidades de Sóller, Alcudia, Pollensa y Formentor, donde había buenos hoteles, pero muy caros.

Parker Pyne quiso saber el precio.

Cobraban, dijo el taxista, unos precios que sería absurdo y ridículo pagar… ¿No sabía todo el mundo que los ingleses iban a Mallorca porque los precios eran muy razonables?

Parker Pyne dijo que así era, en efecto; pero, de todos modos,

¿*cuánto* cobraban en Formentor?

—¡Un precio increíble!

—Muy bien; pero *¿qué precio exactamente?*

El taxista se decidió por fin a contestar en cifras.

Como acababa de llegar de Jerusalén y Egipto y estaba acostumbrado a los precios de sus hoteles, la cifra no impresionó demasiado a Parker Pyne.

Se pusieron de acuerdo. Las maletas de Parker Pyne fueron cargadas en el taxi un poco descuidadamente y partieron a dar la vuelta a la isla, probando suerte en los hoteles más económicos que encontraron en ruta, pero con el objetivo final de Formentor.

Pero nunca llegaron a aquel centro de la plutocracia, porque después de pasar por las estrechas calles de Pollensa, siguiendo la sinuosa línea de la costa, llegaron al hotel Pin d'Or, un hotelito situado a la orilla del mar, con una vista que, en la neblina de aquella hermosa mañana, tenía la exquisita vaguedad de una lámina japonesa. Parker Pyne comprendió en seguida que aquél, y sólo aquél, era el sitio que buscaba. Hizo parar el taxi y cruzó la pintada verja con la esperanza de encontrar acomodo.

Los propietarios del hotel, un matrimonio de mediana edad, no sabían inglés ni francés. Sin embargo, el asunto fue resuelto a satisfacción. A Parker Pyne le fue adjudicado un cuarto con vistas al mar, las maletas fueron bajadas del taxi, y el taxista, después de felicitar a su cliente por haberse librado de las monstruosas exigencias de «esos hoteles modernos», recibió su dinero y se marchó, despidiéndose con un alegre saludo en español.

Parker Pyne echó una ojeada a su reloj, viendo que, a pesar de todo, sólo eran las diez menos cuarto; salió a una pequeña terraza, bañada por la deslumbrante luz de la mañana, y pidió, por segunda vez aquel día, café y panecillos.

En la terraza había cuatro mesas: la suya, una de la que estaban retirando las cosas del desayuno y dos ocupadas. En la mesa más próxima a la suya se sentaba una familia, compuesta de padre, madre y dos hijas ya mayores, alemanes. Más allá, en el rincón de la terraza, se sentaban una madre y un hijo, ingleses, sin duda alguna.

La mujer tendría unos cincuenta y cinco años. Tenía el cabello gris, de una bonita tonalidad; llevaba un traje de chaqueta de *tweed*,

más práctico que elegante, y poseía ese aire de confianza en sí misma que distingue a la mujer inglesa acostumbrada a viajar mucho por el extranjero.

El joven sentado frente a ella podría tener unos veinticinco años y era también un ejemplar típico de su clase y edad. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo. Era evidente que se llevaba muy bien con su madre (bromeaban alegremente uno con el otro), y estaba pendiente de ella.

En una ocasión, la mirada de ella se cruzó con la de Parker Pyne. La desvió, con la indiferencia propia de una persona bien educada, pero él comprendió que había sido visto y clasificado.

Le habían reconocido como inglés y estaba seguro de que, a su debido tiempo, se dirigirían a él con alguna observación agradable y vacía.

Parker Pyne no tenía nada que objetar. Sus compatriotas en el extranjero solían resultarle bastante pesados, pero estaba dispuesto a dar los buenos días amablemente. En un hotel pequeño resultaba embarazoso no hacerlo. Estaba seguro de que aquélla era una mujer con excelente «cortesía de hotel», como decía él.

El chico inglés se levantó de su asiento, hizo un comentario divertido y entró en el hotel. La mujer cogió sus cartas y su bolso y se acomodó en una silla, frente al mar, desdoblando un ejemplar del *Continental Daily Mail*. Tenía la espalda vuelta hacia Parker Pyne.

Tomando el último sorbo de su café, Parker Pyne miró en su dirección e inmediatamente se puso rígido. Estaba alarmado…, temía ver turbada la paz de sus vacaciones. Aquella espalda era terriblemente expresiva. En su vida había clasificado muchas espaldas como aquélla. La rigidez, lo forzado de su equilibrio…, sin ver su cara, estaba seguro de que los ojos de aquella mujer estaban llenos de lágrimas, de que sólo gracias a un gran esfuerzo podía dominarse.

Moviéndose con cautela, como animal acorralado, Parker Pyne se retiró al hotel. No hacía ni media hora había sido invitado a poner su nombre en el libro de registro de huéspedes. Allí estaba ahora su firma: «C. Parker Pyne, Londres».

Unas líneas más arriba, Parker Pyne leyó: «Mrs. R. Chester, Mr. Basil Chester, Holm Park, Devon».

Cogiendo una pluma, Parker Pyne escribió rápidamente sobre su firma. Ahora decía (con dificultad) Christopher Pyne.

Si mistress R. Chester se sentía desgraciada en la bahía de Pollensa, no le iba a ser fácil consultar a Parker Pyne.

Muchas veces se había maravillado Parker Pyne de haber tropezado en el extranjero con tantísimos compatriotas que conocían su nombre y habían leído sus anuncios. En Inglaterra, muchos miles de personas leían diariamente *The Times* y podían decir, sin faltar a la verdad, que nunca habían oído tal nombre en su vida. En el extranjero, reflexionó, leían los periódicos más a fondo. No se les escapaba nada, ni siquiera los anuncios.

En varias ocasiones sus vacaciones habían sido interrumpidas. Había tenido que habérselas con problemas diversos, desde el asesinato al intento de chantaje. Estaba decidido a tener paz en Mallorca. Su instinto le advertía que una madre acongojada podía turbar considerablemente esa paz.

Parker Pyne se instaló en el Pin d'Or y se sintió muy a gusto. No lejos de allí había un hotel más grande, el Mariposa, donde se alojaban muchos ingleses. Había también por toda aquella parte una numerosa colonia de artistas. Se podía ir andando por la orilla del mar hasta el pueblecito de pescadores, donde había un bar en el que se reunía la gente y algunas tiendas. Todo muy tranquilo y agradable. Las chicas se paseaban en pantalones, el busto cubierto con pañuelos de vivos colores. En el Mac's Bar, jóvenes con boina y de cabellos bastante largos peroraban sobre temas tales como valores plásticos o arte abstracto.

Al día siguiente de la llegada de Parker Pyne, mistress Chester le dirigió algunas frases convencionales sobre la belleza de la vista y la probabilidad de que el tiempo continuara bueno. Luego charló un rato sobre labores de punto con la señora alemana y cambió unas palabras corteses sobre la gravedad de la situación política con dos señores daneses que se levantaban al alba y andaban once horas diarias.

A Parker Pyne le pareció Basil Chester un muchacho muy agradable. Llamaba a Parker Pyne «míster Pyne» y escuchaba muy cortésmente todo lo que decía. Varias veces, los tres ingleses tomaron café juntos después de cenar. A partir del tercer día, Basil

se marchaba después de unos diez minutos, dejando a Parker Pyne a solas con mistress Chester.

Hablaban de flores y de su cultivo, de la lamentable situación de la libra esterlina, de lo cara que estaba Francia y de lo difícil que era conseguir una buena taza de té.

Todas las noches, al marcharse su hijo, Parker Pyne observaba que los labios de mistress Chester temblaban, pero inmediatamente se recobraba y disertaba en tono amable sobre los temas mencionados.

Poco a poco empezó a hablar de Basil, de sus éxitos en el colegio, de cómo todo el mundo le quería, de lo orgulloso que hubiera estado de él su padre si viviera y de las gracias que tenía que dar al cielo porque Basil no había sido nunca de esos jóvenes «turbulentos».

—Naturalmente, yo insisto siempre para que vaya con la gente joven, pero él parece que prefiere realmente estar conmigo.

Dijo esto con una especie de satisfacción modesta.

Pero Parker Pyne no respondió con una frase diplomática, lo que solía hacer sin el menor esfuerzo, sino que dijo:

—¡Ah, bueno! Parece que esto está lleno de gente joven…, no en el hotel, pero todo por ahí.

Al decir esto observó que mistress Chester se ponía rígida. Dijo que, desde luego, había muchos *artistas*. Puede que ella estuviera chapada a la antigua… El arte auténtico, desde luego, era otra cosa, pero muchos jóvenes se escudaban en el arte para gandulear y no hacer nada…, y las chicas bebían demasiado.

Al día siguiente, Basil dijo a Parker Pyne:

—Me alegro muchísimo de que apareciera usted por aquí, señor, en particular por mi madre. Le gusta hablar con usted por las noches.

—¿Qué solían hacer ustedes cuando llegaron aquí?

—Solíamos jugar al *piquet*.

—Ya.

—Claro que uno acaba cansándose del *piquet*. La verdad es que tengo aquí unos amigos, una *panda* estupenda, muy animada. No creo que a mi madre le parezcan muy recomendables… —se rió, como si la idea le pareciera divertida—. Mi madre está muy

chapada a la antigua… ¡Hasta se escandaliza cuando ve una chica en pantalones!

—Comprendo —dijo Parker Pyne.

—Lo que yo le digo es que uno tiene que evolucionar con los tiempos… Allá por donde vivimos nosotros, las chicas son aburridísimas…

—Ya —dijo Parker Pyne.

Todo aquello le interesaba mucho. Era espectador de un drama en miniatura, pero no le hacían intervenir en él.

Y entonces vino lo malo, desde el punto de vista de Parker Pyne. Una señora muy alborotadora, conocida suya, se instaló en el Mariposa. Se encontraron en el salón de té, en presencia de mistress Chester.

La recién llegada gritó:

—Vaya, ¿pues no estoy viendo a Parker Pyne, al mismísimo Parker Pyne? ¡Y Adela Chester! ¿Se conocen ustedes? ¿Ah, sí? ¿Están ustedes en el mismo hotel? Adela, es único, un verdadero mago, la maravilla del siglo. Todos los problemas resueltos en cinco minutos. Pero ¿lo sabías? ¡Tienes que haber *oído* hablar de él! ¿No has leído los anuncios? «¿Tiene usted algún problema? Consulte a míster Parker Pyne». Para él no hay nada imposible. Maridos y mujeres que se tiran de los pelos y él los reconcilia… Si has perdido el interés por la vida, te proporcionará las aventuras más emocionantes. Como te digo, es un mago.

Continuó por un gran rato, interrumpida de cuando en cuando por las modestas protestas de Parker Pyne. A éste no le gustó la mirada que le dirigió mistress Chester. Y aún le gustó menos verla volver, a lo largo de la playa, en confabulación con la cantora de sus glorias.

El clímax llegó antes de lo que esperaba. Aquella noche, después de tomar el café, mistress Chester dijo de pronto:

—¿Quiere usted venir al saloncito, míster Pyne? Quiero hablar con usted de un asunto.

Parker Pyne no pudo hacer otra cosa sino inclinarse y obedecer.

El autodominio de mistress Chester se había ido debilitando, y al cerrar la puerta del saloncito se desplomó y se deshizo en lágrimas.

—Mi hijo, míster Parker Pyne. Tiene usted que salvarlo. *Tenemos*

que salvarlo. ¡Este asunto me está destrozando!

—Querida señora, como simple extraño…

—Nina Wycherley dice que usted lo puede *todo*. Dijo que debo poner en usted toda mi confianza. Me aconsejó que se lo contara todo…, y dice que usted lo arreglará.

Interiormente, Parker maldijo a la entremetida mistress Wycherley. Resignándose, dijo:

—Bueno, vamos a discutir el caso a fondo. ¿Una chica, supongo?

—¿Le ha hablado a usted de ella?

—Indirectamente nada más.

De mistress Chester salió un chorro de palabras. La chica era horrible. Bebía, decía malas palabras, apenas llevaba ropa encima… Su hermana vivía por allí cerca, estaba casada con un artista, un holandés. Todos ellos eran completamente indeseables. Muchos vivían juntos sin estar casados. Basil había cambiado completamente. Siempre había sido tan tranquilo, se había interesado siempre tanto en las cosas serias… Incluso había pensado en dedicarse a la arqueología…

—Bueno, bueno —dijo Parker Pyne—. La Naturaleza tiene que tornarse su revancha.

—¿Qué quiere usted decir?

—No es saludable para un muchacho interesarse en cosas serias. Debería estar haciendo el idiota con una chica detrás de otra.

—Por favor, hable usted en serio, míster Pyne.

—Estoy hablando completamente en serio. ¿Es esa señorita, por casualidad, la que tomó el té ayer con ustedes?

Se había fijado en ella (pantalones de franela gris, un pañuelo escarlata atado un poco flojo alrededor del busto, la boca muy pintada) y en el hecho de que había pedido un combinado en lugar de té.

—¿La vio usted? ¡Horrible! No es de la clase de chicas que siempre le han gustado a Basil.

—No le ha dado usted muchas oportunidades de que le gustara ninguna chica, ¿verdad?

—¿Yo?

—Ha estado siempre demasiado pegado a usted. ¡Mala cosa! Sin embargo, es probable que esto se le pase…, si usted no precipita las

cosas.

—No ha comprendido usted. Quiere casarse con esta chica. Betty Gregg se llama; se han hecho novios formales.

—¿Ha llegado la cosa tan lejos?

—Sí. Míster Parker Pyne, tiene *usted* que hacer algo. ¡Tiene usted que librar a mi chico de este desastroso matrimonio! Destrozaría su vida.

—Nadie destroza la vida de nadie, salvo uno mismo.

—Este matrimonio destrozará la de Basil —dijo mistress Chester categóricamente.

—No me preocupa Basil.

—¿No será la *chica* la que le preocupa?

—No, me preocupa *usted*. Ha estado usted malgastando su vida.

Mistress Chester le miró un poco sorprendida.

—De los veinte a los cuarenta vive uno encadenado por relaciones emocionales. Así debe ser. Eso es la vida. Pero más tarde se llega a una nueva etapa. Puede uno pensar, observar la vida, descubrir algo sobre nuestros semejantes y la verdad sobre nosotros mismos. La vida se hace más real, adquiere mayor importancia. La ve uno como un todo. No sólo como una escena, la escena que uno, como actor, está interpretando. Ningún hombre, ni ninguna mujer, es realmente el mismo hasta pasados los cuarenta y cinco. Entonces la individualidad tiene su oportunidad.

Mistress Chester dijo:

—Me he dedicado siempre a él. Lo ha sido *todo* para mí; todo.

—Pues no debía haberlo sido. Ahora está usted sufriendo las consecuencias. Quiéralo usted todo lo que le parezca, pero no olvide que es usted Adela Chester, una persona, no únicamente la madre de Basil.

—Sería horrible para mí ver a Basil con la vida destrozada —dijo la madre de Basil.

Parker Pyne contempló los delicados rasgos de su cara, la boca anhelante. Era una mujer encantadora. No le gustaría verla sufrir.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

* * *

Basil Chester tenía muchas ganas de hablar, deseoso de presentar su punto de vista.

—Esto es un infierno. Mi madre es imposible…, está llena de prejuicios y tiene una mente muy estrecha. Si no estuviera tan obstinada, vería lo que vale Betty.

—¿Y Betty?

Basil suspiró.

—¡Betty está de lo más difícil! Si transigiera un poco…, quiero decir, si no se pintara tanto, podría cambiar todo. Parece como si quisiera hacer lo posible por…, bueno, por resultar moderna cuando está mi madre delante.

Parker Pyne sonrió.

—Betty y mi madre son las dos personas que más quiero en el mundo; parecería lógico que las dos fueran uña y carne.

—Tiene usted mucho que aprender, joven —dijo Parker Pyne.

—Me gustaría que fuera usted conmigo a ver a Betty y hablara con ella de todo esto.

Parker Pyne aceptó de buen grado la invitación.

Betty, su hermana y su cuñado vivían en un hotelito destartalado, un poco retirado del mar. Su vida era de una sencillez vigorizante. Sus muebles consistían en tres sillas, una mesa y las camas. Había una alacena en la pared, que contenía los platos y tazas indispensables. Hans era un joven excitable, de cabello rubio todo revuelto y erizado. Hablaba un inglés muy raro a una velocidad increíble, paseándose de un lado al otro de la habitación. Stella, su mujer, era rubia y de baja estatura. Betty Gregg era pelirroja y tenía pecas y unos ojos traviesos. Parker Pyne observó que estaba mucho menos maquillada que el día anterior en el Pin d'Or.

Le ofreció un combinado y dijo, chispeándole los ojos:

—¿Está usted dentro del cotarro?

Parker Pyne asintió.

—¿Y en qué bando está usted, señor mío? ¿En el de los jóvenes amantes o en el de la dama intransigente?

—¿Me permite que le haga una pregunta?

—Desde luego.

—¿Ha llevado usted este asunto con tacto?

—En absoluto —dijo miss Gregg con franqueza—. Pero es que esa bruja me pone negra —echó una ojeada a su alrededor, para asegurarse de que Basil no podía oírla—. Me saca de quicio por completo. Ha tenido a Basil atado a sus faldas durante todos estos años… Ese sistema hace que luego los hombres parezcan tontos. Basil no es tonto en realidad. Además, es tan sumamente respetable…

—Eso no es una cosa tan mala. Lo que pasa es que resulta «anticuado» por el momento.

A Betty Gregg le chispearon los ojos.

—¿Quiere usted decir que es como subir al desván en la época victoriana unas sillas Chippendale? Luego las vuelve uno a bajar y dice: ¿verdad que son maravillosas?

—Algo así.

Betty Gregg consideró la cuestión.

—Puede que tenga usted razón. Voy a ser sincera. Fue Basil el que me puso negra… ¡Estaba tan preocupado con la impresión que pudiera causarle a su madre! Eso me hizo exagerar las cosas. Creo que incluso ahora sería capaz de alejarme… si su madre se lo propusiera.

—Puede que lo hiciera —dijo Parker Pyne— si su madre supiera cómo llevar el asunto.

—¿Va usted a decirle cómo llevarlo? Porque ella por sí sola no sabría. Lo único que hará será seguir censurando, y eso no servirá de nada. Pero si usted le aconseja…

Se mordió los labios y alzó hacia él sus ojos azules y francos.

—He oído hablar de usted, míster Parker Pyne. Se dice que conoce usted la naturaleza humana. ¿Cree usted que Basil y yo podríamos llevarnos bien…, o no?

—Me gustaría que contestara usted a tres preguntas.

—¿Un *test* de compatibilidad? Muy bien, adelante.

—¿Duerme usted con la ventana abierta o cerrada?

—Abierta. Me gusta que entre mucho aire.

—¿Tienen Basil y usted los mismos gustos sobre comida?

—Sí.

—¿Le gusta acostarse tarde o temprano?

—Le diré en confianza que temprano. A las diez y media me

pongo a bostezar y por la mañana me siento llena de vida…; claro que nunca lo admitiría.

—Creo que podrían llevarse ustedes muy bien —dijo Parker Pyne.

—Un *test* un poco superficial.

—Nada de eso. He conocido por lo menos siete matrimonios que fracasaron por completo porque al marido le gustaba estar levantado hasta las doce y la mujer se quedaba dormida a las nueve y media, y viceversa.

—Es una lástima que no pueda ser feliz todo el mundo —dijo Betty—. Basil y yo juntos y su madre dándonos su bendición…

Parker Pyne soltó una tosecita.

—Creo —dijo— que eso podría arreglarse.

Ella le miró, recelosa.

—¿No me estará usted engañando? —preguntó.

El rostro de Parker Pyne permaneció inescrutable.

* * *

A mistress Chester la animó con unas cuantas vaguedades. Un noviazgo no quería decir boda precisamente. Él se marchaba una semana a Sóller. Le aconsejó que adoptara una actitud diplomática, que fingiera aceptar los hechos.

En Sóller pasó una semana muy agradable.

A su regreso se encontró con que había ocurrido algo completamente inesperado.

Al entrar en el Pin d'Or, lo primero que vio fue a mistress Chester y a Betty Gregg tomando el té juntas. Basil no estaba. Mistress Chester tenía aspecto demacrado. Betty también tenía mala cara. Apenas iba maquillada y parecía como si hubiera llorado.

Le saludaron amablemente, pero ninguna de las dos mencionó a Basil.

De pronto, Parker Pyne vio a Betty retener la respiración, como si algo le hubiera hecho daño. Parker Pyne volvió la cabeza.

Basil Chester estaba subiendo los peldaños que llevaban al mar. Con él iba una chica tan sumamente hermosa y exótica que le

dejaba a uno sin habla. Era morena y tenía una figura maravillosa. Nadie podía dejar de notarlo, porque llevaba un traje de baño azul muy reducido. Iba muy maquillada, con polvos color ocre y labios de un tono entre naranja y escarlata, pero los afeites no hacían sino acentuar su notable belleza. En cuanto a Basil, parecía incapaz de apartar de ella la vista.

—Vienes muy tarde, Basil —dijo su madre—. Tenías que llevar a Betty a Mac's.

—Fue culpa mía —dijo la hermosa desconocida, arrastrando las palabras—. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta —se volvió hacia Basil—. Encanto, tráeme algo de beber que sea fuertecito.

Se quitó los zapatos y estiró los pies, cuyas uñas llevaba pintadas de verde esmeralda, haciendo juego con las uñas de las manos.

No hizo el menor caso de las dos mujeres, pero se inclinó un poco hacia Parker Pyne.

—¡Qué isla más horrible! —dijo—. Me moría de aburrimiento antes de conocer a Basil. *Es* un ángel.

—Míster Parker Pyne, la señorita Ramona —dijo mistress Chester.

La chica respondió a la presentación con una sonrisa lánguida.

—Creo que en seguida le llamaré Parker —murmuró—. Yo me llamo Dolores.

Basil volvió con las bebidas. La señorita Ramona repartió su conversación (conversación de pocas palabras: casi todo se reducía a miradas) entre Basil y Parker Pyne. De las dos mujeres no hizo el menor caso. Betty trató una o dos veces de mezclarse en la conversación, pero la otra chica se limitó a mirarla y a bostezar.

De pronto, Dolores se levantó.

—Creo que me voy. Estoy en el otro hotel. ¿Me acompaña alguien a casa?

Basil se puso en pie de un salto.

—Voy yo contigo.

Mistress Chester dijo:

—Basil, hijo…

—Vuelvo pronto, mamá.

—Miren al niño de su mamá —dijo la señorita Ramona, sin dirigirse a nadie en particular—. Siempre pegadito a sus faldas.

Basil enrojeció y se quedó confuso. La señorita Ramona hizo una seña con la cabeza en dirección a mistress Chester, sonrió a Parker Pyne de un modo deslumbrante y se marchó con Basil.

Tras su marcha se produjo un silencio embarazoso. Parker Pyne no quería ser el primero en hablar. Betty Gregg se retorcía los dedos y miraba hacia el mar. Mistress Chester parecía confusa e indignada ante aquel proceder.

Betty dijo, con voz algo insegura:

—Bueno, ¿qué le parece nuestra última adquisición en la bahía de Pollensa?

Parker Pyne dijo con cautela:

—Un poquito…, ¡ejem!…, exótica.

—¿Exótica?

Betty soltó una sonrisita amarga.

Mistress Chester dijo:

—Es espantosa, espantosa. Basil debe de estar loco.

Betty dijo, cortante:

—Está bien cuerdo.

—¡Qué uñas! —dijo mistress Chester, estremeciéndose de repugnancia.

Betty se levantó bruscamente.

—Creo, mistress Chester, que es mejor que me vaya a casa y no me quede a cenar.

—Pero, querida…, Basil lo va a sentir mucho.

—¿Sí? —preguntó Betty, soltando una risita—. De todos modos, me voy. Me duele la cabeza.

Les dirigió una sonrisa y se marchó. Mistress Chester se volvió hacia Parker Pyne.

—¡Ojalá no hubiéramos venido nunca a este lugar! ¡Nunca!

Parker Pyne movió tristemente la cabeza.

—No debía haberse usted marchado —dijo mistress Chester—. Si usted hubiera estado aquí, esto no hubiera ocurrido.

Parker Pyne no pudo menos de contestar:

—Señora mía, le aseguro a usted que tratándose de una chica guapa no tendría influencia alguna sobre su hijo. Parece, ¡ejem!…, de un temperamento un poco impresionable.

—Nunca lo había sido —dijo mistress Chester, compungida.

—Bueno —dijo Parker Pyne, tratando de animarla—, parece que esta nueva atracción ha dado al traste con su pasión por miss Gregg. Supongo que esto le producirá satisfacción.

—No sé lo que quiere decir —dijo mistress Chester—. Betty es una chiquilla encantadora y quiere mucho a Basil. Se está portando muy bien en estas circunstancias. Mi hijo debe de estar loco.

Parker Pyne recibió este sorprendente cambio de postura sin pestañear. Conocía por experiencia la inconstancia femenina.

—Loco, no —dijo suavemente—; sólo embrujado.

—¡Esa criatura es horrible!

—Pero guapísima.

Mistress Chester dio un respingo.

Basil subió los peldaños que conducían al mar.

—Hola, mamá. Aquí estoy. ¿Dónde está Betty?

—Betty se ha marchado a su casa. Le dolía la cabeza, y no me extraña.

—Quieres decir que estaba enfadada…

—Me parece, Basil, que estás portándote sumamente mal con Betty.

—Por Dios, mamá, no me sermonees. Si Betty se va a poner así cada vez que hable con otra chica, bonita vida me espera.

—Es tu prometida.

—¡Claro que lo es! Pero eso no quiere decir que cada uno no pueda tener sus amigos propios. En estos tiempos, la gente tiene que vivir su vida y tratar de acabar con los celos.

Se calló un momento.

—Mira, si Betty no va a cenar con nosotros…, voy a volver al Mariposa. Habían insistido en que me quedara a cenar…

—Pero, Basil…

El chico le dirigió una mirada exasperada y bajó corriendo los peldaños.

Mistress Chester dirigió a Parker Pyne una mirada llena de elocuencia.

—Ya ve usted —dijo.

Sí, ya veía.

La crisis sobrevino dos días más tarde. Betty y Basil habían planeado dar un largo paseo y llevarse la merienda. Betty llegó al

Pin d'Or y se encontró con que Basil había olvidado el plan y había ido a pasar el día a Formentor con la *panda* de Dolores Ramona.

Como única demostración, Betty se limitó a apretar los labios. Sin embargo, poco después se levantó y se quedó de pie, delante de mistress Chester (estaban las dos solas en la terraza).

—Muy bien —dijo—. No importa. Pero de todos modos…, creo que lo mejor es que demos el asunto por terminado.

Se sacó del dedo el anillo que Basil le había dado, en espera de comprar el verdadero anillo de compromiso.

—¿Quiere usted devolverle esto, mistress Chester? Y dígale que está bien, que no se preocupe…

—¡Betty, querida, por favor! ¡Él te quiere, de verdad!

—Eso parece —dijo la chica con una risita—. No…, yo tengo mi orgullo. Dígale que no se preocupe y que… le deseo suerte.

Cuando Basil volvió, al atardecer, le esperaba una tormenta.

Enrojeció un poco al ver el anillo.

—Conque eso es lo que quiere, ¿verdad? Bueno, puede que sea lo mejor.

—¡Basil!

—La verdad, mamá, no parece que nos hayamos llevado muy bien últimamente.

—¿Y de quién es la culpa?

—No creo que haya sido mía precisamente. Los celos son una cosa horrible y, además, no sé por qué has de disgustarte tanto. Tú misma me has pedido que no me casara con Betty…

—Eso fue antes de conocerla bien. Basil, querido…, ¿no pensarás casarte con esa otra?

Basil Chester dijo tranquilamente:

—Me casaría con ella sin dudarlo si me quisiera…, pero me temo que no me querrá.

Mistress Chester sintió que un escalofrío le corría por la espina dorsal. Fue en busca de Parker Pyne y lo encontró en un rincón tranquilo, leyendo plácidamente un libro.

—¡Tiene usted que *hacer* algo! ¡*Tiene* usted que hacer algo! ¡La vida de mi hijo va a ser destrozada de un momento a otro!

Parker Pyne se estaba cansando un poco de la vida de Basil Chester.

—Vaya a ver a esa horrible criatura. Si es necesario, cómprela.

—Puede que resulte muy caro.

—No me importa.

—Sería una lástima. Pero puede que haya otros medios.

Ella le interrogó con la mirada, pero Parker Pyne movió la cabeza en sentido negativo.

—No prometo nada, pero veré lo que puedo hacer. Conozco el tipo. Por cierto, ni una palabra a Basil…; sería fatal.

—Claro que no.

Parker Pyne volvió del Mariposa a medianoche. Mistress Chester le esperaba levantada.

—¿Qué hay? —preguntó, impaciente, reteniendo la respiración.

Los ojos de Parker Pyne chispearon.

—Miss Dolores Ramona saldrá de Pollensa mañana por la mañana, y de la isla mañana mismo por la noche.

—¡Oh, míster Parker Pyne! ¿Cómo lo consiguió?

—No costará ni un céntimo —dijo Parker Pyne, chispeándole de nuevo los ojos—. Pensé que a lo mejor podía influir en ella…, y no me equivoqué.

—Es usted maravilloso. Nina Wycherley tenía razón. Tiene usted que decirme cuánto…, sus honorarios…, pues… deseo…

Parker Pyne levantó su mano cuidada.

—Ni un penique. Ha sido un placer. Espero que todo salga bien. Claro que al principio el chico estará muy disgustado cuando se entere de que ha desaparecido sin dejar su dirección. Tenga usted cuidado con él durante una semana o dos.

—Si Betty le perdonara…

—Claro que le perdonará. Son una pareja simpática. Por cierto, yo también me marcho mañana; necesito estar en Londres.

—Le vamos a echar de menos, míster Pyne.

—Puede que sea mejor que me vaya, antes que su hijo se encapriche de una tercera chica.

* * *

Parker Pyne se inclinó sobre la barandilla del barco y miró las

luces de Palma. A su lado estaba Dolores Ramona. Él estaba diciendo:

—Buen trabajo, Madeleine. Me alegro de haberle telegrafiado que viniera. Es extraño, siendo usted, realmente, una chica tan casera y tranquila.

Madeleine de Sara, alias Dolores Ramona, alias Maggie Sayers, dijo modosita:

—Me alegro de que esté contento, míster Parker Pyne. Ha sido un modo agradable de romper la monotonía. Bueno, me voy abajo a acostarme, antes que salga el barco. Me mareo un tanto…

Unos minutos más tarde, una mano se posó en el hombro de Parker Pyne. Al volverse éste se encontró con Basil Chester.

—He querido venir a despedirle, míster Parker Pyne, a transmitirle el afecto de Betty y a darle las gracias en su nombre y en el mío propio. Ha sido muy buena su estratagema. Ahora Betty y mamá son uña y carne. Ha sido una pena tener que engañarla a la pobrecita…, pero se estaba poniendo muy difícil. Bueno, ahora todo va bien. Sólo tengo que tener cuidado con seguir de mal humor unos días más. Nunca podremos agradecérselo bastante Betty y yo.

—Les deseo que sean muy felices —dijo Parker Pyne.

—Gracias.

Se produjo un silencio. Luego Basil dijo, con indiferencia un tanto exagerada:

—¿Está miss…, miss de Sara por ahí? Me gustaría darle las gracias también a ella.

Parker Pyne le dirigió una mirada penetrante.

—Lo siento —dijo—. Miss de Sara se ha acostado.

—Bueno, mala suerte… Puede que algún día la vea en Londres.

—A decir verdad, se marcha a América casi en seguida, a hacerme un trabajo.

—¡Ah! —dijo Basil con voz inexpresiva—. Bueno, me marcho…

Parker Pyne sonrió. De paso para su camarote dio unos golpecitos en la puerta del de Madeleine.

—¿Cómo se encuentra, querida? ¿Bien? Ha estado aquí nuestro joven amigo. Padece el ligero ataque de Madeleinitis de costumbre. Se le pasará en un par de días, pero es usted perturbadora.

MISTERIO EN LAS REGATAS

Míster Isaac Pointz se quitó el cigarro de la boca y dijo en tono de aprobación:

—Bonito lugar.

Demostrada con esta frase la aprobación que le merecía el puerto de Darmouth, puso de nuevo el cigarro entre los labios y miró a su alrededor con la expresión del hombre satisfecho de sí mismo, de su aspecto, de todo lo que le rodea y de la vida en general.

En cuanto a su aspecto, míster Isaac Pointz era un hombre de cincuenta y ocho años, saludable, quizá con cierta tendencia a padecer del hígado. No es que fuera grueso precisamente; pero sí estaba de buen año, y el traje marinero que llevaba en aquel momento no era el atuendo más adecuado para un hombre de mediana edad, con tendencia a la redondez. Pointz iba muy bien vestido —impecables la raya del pantalón, cada botón de su traje— y su rostro moreno, de rasgos un poco orientales, mostraba una amplia sonrisa bajo su gorra marinera. En cuanto a lo que le rodeaba, podía por ello entenderse sus acompañantes: su socio, míster Leo Stein, sir George y lady Marroway, míster Samuel Leathern, americano con el que tenía negocios, su hija, la colegiala Eve, mistress Rustington y Evan Llewellyn.

Acababan de bajar a tierra desde el yate de Pointz, el *Merrimaid*. Por la mañana habían presenciado la regata de yates y ahora habían bajado a tierra a disfrutar durante un rato de la alegría de la verbena —Tiro al Coco[1], Mujeres Gordas, la Araña Humana, el Tiovivo…—. Ni que decir tiene que estas delicias fueron saboreadas principalmente por Eve Leathern. Cuando por último Pointz indicó que era hora de dirigirse al hotel Royal George para cenar, la suya

fue la única voz que expresó disconformidad.

—Pero, míster Pointz, me gustaría tanto que me dijera el porvenir la Reina Gitana…

Pointz tenía sus dudas respecto a la realeza de la gitana, pero dio su indulgente autorización.

—Eve lo está pasando en grande en la verbena —dijo su padre en son de disculpa—. Pero no le hagan caso; si quieren, vayan andando hacia allá.

—Hay tiempo —dijo Pointz, benigno—. Deje que la señorita se divierta —se volvió hacia donde estaba su socio—. Te juego una partida a las flechas, Leo.

—Veinticinco puntos o más de veinticinco puntos gana premio —cantó con voz aguda y nasal el hombre encargado del puesto de las flechas.

—Te apuesto cinco libras a que el total de mis tantos supera al tuyo —dijo Pointz.

—Vale —dijo Stein con presteza.

Poco después los dos hombres estaban enfrascados animosamente en la batalla.

Marroway dijo en voz baja a Evan Llewellyn:

—Eve no es la única niña del grupo.

Llewellyn asintió sonriendo, pero algo distraído.

Todo el día había estado distraído. En algunas ocasiones, sus respuestas habían estado fuera de lugar.

Pamela Marroway se apartó de él y dijo a su marido:

—A ese chico le preocupa algo.

—¿Algo o alguien? —murmuró sir George, dirigiendo una mirada rápida a Janet Rustington.

Lady Marroway frunció ligeramente el ceño. Era una mujer alta, vestida con un gusto exquisito. El rojo de sus uñas entonaba con los pendientes de coral que llevaba en las orejas. Tenía los ojos oscuros y alertas. Sir George adoptaba la *pose* del caballero inglés cordial y campechano; pero sus ojos, de un azul claro, tenían la misma expresión vigilante que los de su esposa.

Isaac Pointz y Leo Stein eran traficantes de diamantes de Hatton Garden[2]. Sir George y lady Marroway procedían de un mundo distinto, el mundo de Antibes y Juan les Pins, del golf en San Juan

de Luz y los baños en Madeira en invierno.

Aparentemente, era como los lirios, que no se afanaban ni hilaban[3]. Pero puede que eso no fuera cierto. Hay distintos modos de afanarse y de hilar.

—Aquí viene la niña —dijo Evan Llewellyn a mistress Rustington.

Era un joven moreno, con cierto aire de lobo hambriento que algunas mujeres encontraban atractivo.

Era difícil saber si mistress Rustington lo encontraba atractivo o no. No llevaba el corazón en la mano. Se había casado joven y el matrimonio había terminado en desastre en menos de un año. Desde entonces era difícil saber lo que Janet Rustington pensaba de las personas o de las cosas; su actitud era siempre la misma: encantadora, pero completamente distante.

Eve Leathern se acercó a ellas bailando, su cabellera rubia y lisa saltando de excitación. Tenía quince años y era una chiquilla difícil, pero llena de vitalidad.

—Me voy a casar cuando tenga diecisiete años —exclamó jadeante—. Con un hombre muy rico, y vamos a tener seis niños, y los martes y los jueves son mis días de suerte, y debo ir siempre vestida de verde o de azul, y la esmeralda es la piedra que me trae suerte, y…

—Bueno, rica; creo que debemos ir andando —dijo su padre.

Leathern era un hombre alto, rubio, de aspecto dispéptico y con expresión un tanto triste.

Pointz y Stein regresaban en aquél momento del puesto de flechas. Pointz reía entre dientes y Stein parecía algo alicaído.

—Todo ha sido cuestión de suerte —decía este último.

Pointz se dio unas alegres palmaditas en el bolsillo.

—Te saqué cinco libras limpiamente. Habilidad, hijo mío, habilidad. Mi padre era un tirador de flechas de primera. Bueno, amigos, vámonos. ¿Te han dicho el porvenir, Eve? ¿Te han dicho que te cuides de un hombre moreno?

—De una mujer morena —corrigió Eve—. Es bizca, y si no tengo cuidado me hará mucho daño. Y me voy a casar a los diecisiete años…

Siguió corriendo alegremente, mientras el grupo se encaminaba

al Royal George.

Pointz había tenido la precaución de encargar con anticipación la cena. Un camarero, todo inclinaciones, los condujo escalera arriba a un comedor reservado del primer piso. En el comedor, una mesa redonda estaba dispuesta para la cena. La gran ventana saliente que daba sobre el puerto estaba abierta. Llegó hasta ellos el ruido de la verbena, del que sobresalían las agudas notas de tres tiovivos, cada uno lanzando estrepitosamente al aire una melodía distinta.

—Será mejor cerrar si queremos oírnos —observó Pointz brevemente, acompañando la acción a la palabra.

Se sentaron alrededor de la mesa y Pointz sonrió con afecto a sus invitados. Le parecía que estaba obsequiándolos por todo lo alto y a él le gustaba obsequiar así a la gente. Su mirada fue pasando de uno a otro. Lady Marroway…, una mujer refinada; no de lo mejor, claro; se daba cuenta perfecta de que lo que él había llamado toda su vida «crême de la crême» no se trataba con los Marroway, pero, después de todo, la «crême de la crême» no tenía la menor idea de su propia existencia. De todos modos, lady Marroway era una mujer elegantísima y no le importaba que le hiciera trampas jugando al *bridge*. Cuando sir George lo hacía, ya no le gustaba tanto. Tenía una mirada sospechosa. Se veía a las claras que le poseía el afán de lucro. Pero no iba a lucrarse mucho a costa de Isaac Pointz. Ya tendría él buen cuidado de evitarlo.

El viejo Leathern no era mala persona; un pesado, desde luego, como la mayoría de los americanos, que se ponen a contarle a uno historias interminables. Y tenía la desconcertante costumbre de solicitar datos exactos. ¿Cuántos habitantes tenía Darmouth? ¿En qué año se había construido el Colegio Naval? Y así sucesivamente. Creía que su anfitrión tenía que ser algo así como un *Baedeker* viviente. Eve era una chiquilla alegre y agradable. Disfrutaba metiéndose con ella. Tenía la voz muy ronca, pero de tonta no tenía un pelo. Muy despabilada.

El joven Llewellyn… parecía un poco silencioso. Como si algo le preocupara. Sin una perra, probablemente. Aquellos escritores casi nunca tenían una perra. Parecía como si le gustara Janet Rustington. Una mujer agradable, atractiva e inteligente, además.

Pero no estaba hablándole a uno todo el día de sus libros. Escribía obras muy intelectuales, pero oyéndola hablar nadie lo hubiera creído. ¡Y el bueno de Leo! Estaba poniéndose viejo y gordo. Inconsciente, afortunadamente, de que su socio estaba pensando lo mismo de él en aquel instante, Pointz hizo notar a Leathern que las sardinas tenían relación con Devon, no con Cornwall, y se dispuso a saborear su comida.

—Míster Pointz —dijo Eve una vez que los camareros hubieron salido del comedor, tras haber servido los platos de caballa caliente.

—Diga usted, señorita.

—¿Tiene usted aquí aquel diamante tan grande?… ¿Aquél que nos enseñó usted y dijo que siempre llevaba encima?

Pointz se rió entre dientes.

—Así es. Lo considero como mi mascota. Sí; claro que lo tengo aquí.

—Lo encuentro peligrosísimo. Pudo habérselo quitado alguien en la verbena entre tanta gente.

—No lo creas —dijo Pointz—. Ya me ocupo yo de eso.

—Pero *podían* habérselo robado —insistió Eve—. En Inglaterra tendrán ustedes *gangsters*, como nosotros en América, ¿verdad?

—No podrán llevarse la Estrella Matutina —dijo Pointz—. Primero, está en un bolsillo interior especial. Y además…, el viejo Pointz sabe lo que se trae entre manos. Nadie es capaz de robar la Estrella Matutina.

Eve se rió.

—¡Ja, ja! ¡Le apuesto algo a que yo puedo robarla!

—Te apuesto algo a que no —saltó Pointz, divertido.

—Bueno; yo apuesto a que sí. Estuve pensando en eso anoche en la cama, después que usted la pasara alrededor de la mesa para que la viéramos todos. Se me ocurrió un medio de robarla verdaderamente estupendo.

—¿Y en qué consistía?

Eve inclinó la cabeza y su melena rubia se agitó con la excitación.

—No se lo digo…, por ahora. ¿Qué se apuesta usted?

A Pointz le vinieron a la mente recuerdos de su juventud.

—Media docena de pares de guantes —dijo.

—¡Guantes! —exclamó Eve con desagrado—. ¿Quién se pone guantes?

—Bueno… ¿usas medias de nylon?

—¡Claro que sí! Y mi mejor par se me ha roto esta mañana.

—Muy bien, entonces. Media docena de pares de medias de nylon de las mejores.

—¡Uy! —gritó Eve, llena de contento—. ¿Y usted qué?

—Pues yo necesito una tabaquera nueva.

—Bien. De acuerdo. No es que vaya usted a conseguir su tabaquera, ¿eh? Ahora voy a decirle lo que tiene que hacer. Tiene usted que pasarnos la piedra, igual que hizo ayer.

Se calló de pronto, al tiempo que dos camareros entraban en el comedor a recoger los platos. Cuando empezaban a comer el pollo, Pointz dijo:

—Recuerda, jovencita, que si vamos a representar un robo auténtico haré llamar a la Policía para que te registren.

—Muy bien. Pero no es necesario que lo haga todo tan a lo vivo, metiendo a la Policía en el asunto. Lady Marroway y mistress Rustington pueden registrarme todo lo que usted quiera.

—Bien; entendido —dijo Pointz—. ¿Es que piensas dedicarte a ladrona de joyas?

—A lo mejor escogía esa carrera… si valiera la pena.

—Si robaras la Estrella Matutina valdría la pena. Aun después de fraccionada, esa piedra valdría más de treinta mil libras.

—¡Jesús! —dijo Eve, impresionada—. ¿Cuánto es eso en dólares?

Lady Marroway lanzó una exclamación.

—¿Y lleva usted encima una piedra de ese valor? —dijo en tono reprobatorio—. Treinta mil libras…

Sus pestañas, oscurecidas con *rimmel*, se estremecieron perceptiblemente.

Mistress Rustington dijo suavemente:

—Es mucho dinero… Y, además, la fascinación de la piedra en sí… Es hermosa.

—No es más que un trozo de carbón —dijo Evan Llewellyn.

—Siempre he oído decir que «colocar» las prendas es la mayor dificultad en los robos de joyas —dijo sir George—. El *perista* se

lleva la parte del león… es la costumbre.

—Vamos —dijo Eve, excitada—. Vamos a empezar. Saque el diamante y diga lo que dijo anoche.

Leathern dijo con voz profunda y melancólica:

—Tengo que pedirles que disculpen a mi retoño. Está muy excitada…

—Bueno ya, *papi* —dijo Eve—. A ver, míster Pointz…

Sonriendo, Pointz rebuscó en un bolsillo interior. Cogió algo y lo dejó en la palma de la mano, lanzando destellos. Un brillante…

Con cierta torpeza, Pointz repitió con toda la exactitud que su memoria le permitió su discurso de la noche anterior en el *Merrimaid*.

—Quizá, señoras y caballeros, les gustaría echar un vistazo a esto. Es una piedra de una belleza extraordinaria. La llamo la Estrella Matutina y la llevo conmigo a todas partes; es como si fuera mi mascota. ¿Quieren verla?

Se la tendió a lady Marroway. Ésta la cogió, lanzó una exclamación sobre su belleza y se la pasó a Leathern, quien dijo: «Muy bonita… sí, muy bonita», de un modo un poco artificial, pasándosela luego a su vez a Llewellyn.

Los camareros entraron en aquel momento y la sesión fue interrumpida por unos instantes. Una vez se hubieron marchado, dijo Evan: «Buena piedra», y se la pasó a Leo Stein, quien no se molestó en hacer ningún comentario, sino que se la entregó rápidamente a Eve.

—¡Es una verdadera maravilla! —exclamó con voz aguda y afectada.

—¡Oh! —lanzó un grito de espanto al caérsele de la mano—. Se me ha caído.

Echó hacia atrás su silla y se agachó, palpando con la mano bajo la mesa. Sir George, sentado a su derecha, se agachó también. En la confusión, un vaso se cayó de la mesa. Stein, Llewellyn y mistress Rustington ayudaron en la búsqueda. Por último, lady Marroway se unió a los demás. Pointz fue el único que no tomó parte en la acción. Permaneció en su asiento, bebiendo su vino a pequeños sorbos y sonriendo con expresión sardónica.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Eve, continuando con su actitud

artificial—. ¡Qué horrible! ¿Adónde *puede* haber ido a parar? No la encuentro por ninguna parte.

Uno a uno, todos los que habían ayudado en la búsqueda se pusieron en pie.

—Ha desaparecido de verdad, Pointz —dijo sir George sonriendo.

—Muy bien hecho —aprobó Pointz—. Harías una actriz estupenda, Eve. Ahora vamos a ver: ¿la has escondido en algún sitio o la tienes encima?

—Que me registren —dijo Eve en tono dramático.

La mirada de Pointz descubrió un gran biombo colocado en un rincón de la habitación. Lo señaló con un gesto, mirando luego a lady Marroway y a mistress Rustington.

—Si hacen ustedes el favor, señoras…

—Naturalmente —dijo lady Marroway sonriendo.

Las dos mujeres se levantaron. Lady Marroway dijo:

—No tenga miedo, míster Pointz. La examinaremos a fondo.

Las tres se ocultaron en el biombo.

Hacía calor en la habitación. Evan Llewellyn abrió la ventana. Un vendedor de periódicos pasaba en aquel momento. Evan echó una moneda y el hombre lanzó un periódico. Llewellyn lo desdobló.

—La situación de Hungría no es muy buena que digamos —dijo.

—¿Es el periodicucho local? —preguntó sir George—. Un caballo que me interesa tenía que correr hoy en Haldon… *Natty Boy*.

—Leo —dijo Pointz—, cierra la puerta. No interesa que esos dichosos camareros estén entrando y saliendo hasta que terminemos este asunto.

—*Natty Boy* pagó tres a uno —dijo Evan.

—Poca cosa —dijo sir George.

—Casi todo lo que trae son noticias de las regatas —dijo Evan echando una ojeada al periódico.

Las tres jóvenes salieron de detrás del biombo.

—Ni rastro del brillante —dijo Janet Rustington.

—Le aseguro que encima no lo tiene —dijo lady Marroway.

Pointz la creyó sin dificultad. En la voz de lady Marroway había una nota inflexible y no le cupo la menor duda de que el registro

había sido concienzudo.

—Oye, Eve: no te lo habrás tragado, ¿verdad? —preguntó ansioso Leathern—. Podría hacerte daño.

—La hubiera visto yo —dijo Leo Stein sencillamente—. La estuve observando y no se metió nada en la boca.

—No podía tragarme una cosa tan grande como esa y toda llena de puntas —dijo Eve. Se puso las manos en las caderas y miró a Pointz—. Bueno, ¿qué hay, señor mío? —preguntó.

—Quédate dónde estás y no te muevas —dijo Pointz.

Los hombres quitaron el mantel de la mesa y la pusieron del revés. Pointz la examinó centímetro a centímetro. Después dedicó su atención a la silla en que Eve había estado sentada y a las sillas inmediatas a la de la chica.

No podía pedirse un registro más concienzudo. Los otros cuatro hombres se unieron a Pointz y lo mismo hicieron las mujeres. Eve Leathern, de pie junto a la pared, cerca del biombo, se reía, divertidísima.

Cinco minutos más tarde, Pointz se enderezó, lanzando un gruñido, y se limpió el polvo de los pantalones con expresión melancólica. Su anterior lozanía parecía un poco malparada.

—Eve —dijo—. Me descubro ante ti. Eres lo mejor que he conocido en mi vida en materia de ladrones de joyas. No comprendo qué has hecho de la piedra. Tiene que estar en la habitación, puesto que no la tienes encima. Me declaro vencido.

—¿Son mías las medias? —preguntó Eve.

—Tuyas son, señorita.

—Eve, hijita, ¿dónde *puedes* haberlo escondido? —preguntó con curiosidad mistress Rustington.

Eve hizo una cabriola.

—Ahora lo va usted a ver. Se van a tirar de los pelos.

Se dirigió a la mesa auxiliar, donde habían sido amontonadas de cualquier modo las cosas de la comida. Cogió su pequeño bolso negro de noche…

—Delante de las narices. Delante…

Su voz, alegre y triunfante, se quebró de pronto.

—¡Oh! —dijo—. ¡Oh!

—¿Qué te ocurre, hijita? —dijo su padre.

Eve dijo en un susurro:

—Ha desaparecido…, ha *desaparecido*…

—¿Qué ocurre? —preguntó Pointz, acercándose.

Eve se volvió hacia él impetuosamente.

—La cosa era así. Este bolso mío tiene una piedra grande, artificial, en medio del cierre. Ayer se cayó y cuando estaba usted enseñándonos el diamante me di cuenta de que era de un tamaño muy parecido al de mi piedra. Y entonces, por la noche, se me ocurrió que para robar el brillante sería una idea estupenda colocarlo en el hueco de mi bolso pegándolo con un poco de plastilina. Estaba segura de que nadie lo encontraría. Eso es lo que hice esta noche. Primero dejé caer el brillante, luego me agaché a cogerlo, con el bolso en la mano, puse el brillante en el hueco, pegándolo con un poco de plastilina que tenía preparada, puse mi bolso en la mesa y seguí haciendo como que buscaba el brillante. Pensé que iba a ser como en las novelas, tenerlo ahí a la vista, delante de las narices de todos, como si fuera una piedra artificial. Y era un buen plan…, ninguno de ustedes lo notó.

—¡Quién sabe! —dijo Stein.

—¿Qué dice?

Pointz cogió el bolso, contempló el hueco, que todavía tenía adherido un poco de plastilina, y dijo lentamente:

—Puede que se haya caído. Será mejor que miremos otra vez.

El registro se repitió, pero esta vez todos estaban muy silenciosos. En la habitación se respiraba una atmósfera de tirantez.

Uno a uno, todos fueron abandonando la tarea. Se quedaron mirándose unos a otros.

—No está en la habitación —dijo Stein.

—Y nadie salió de la habitación —dijo sir George de un modo muy significativo.

Se produjo un silencio momentáneo. Eve se echó a llorar.

Su padre le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vaya, vaya —dijo torpemente.

Sir George se volvió a Leo Stein.

—Stein —dijo—. Hace un momento murmuró usted algo entre dientes. Cuando le pedí que lo repitiera, dijo usted que no era nada. Pero lo cierto es que he oído lo que dijo. Eve acababa de decir que

nadie se había dado cuenta del lugar donde había puesto el brillante. Las palabras que usted pronunció fueron éstas: «Quién sabe». Tenemos que enfrentarnos con la probabilidad de que una persona se dio cuenta, y de que esa persona está en esta habitación en este momento. Opino que lo único justo y digno que puede hacerse es que todos los presentes nos sometamos a un registro personal. El brillante no puede haber salido de la habitación.

Cuando sir George interpretaba el papel del viejo caballero inglés, nadie podía superarle. Había hablado con voz llena de sinceridad e indignación.

—Es muy desagradable todo esto —dijo Pointz, descontento.

—Todo ha sido por mi culpa —sollozó Eve—. Yo no quería…

—Anímate, pequeña —dijo Stein bondadosamente—. Nadie te echa a ti la culpa.

Leathern dijo con su voz lenta y pedante:

—Creo que la propuesta de sir George será aceptada sin reservas por todos nosotros. Yo, desde luego, la acepto.

—Estoy de acuerdo —dijo Evan Llewellyn.

Mistress Rustington miró a Lady Marroway y ésta asintió con un gesto. Las dos se retiraron detrás del biombo, acompañadas de la llorosa Eve.

Un camarero llamó a la puerta con los nudillos y le dijeron que se fuera.

Cinco minutos después se miraban todos unos a otros con expresión de incredulidad.

La Estrella Matutina se había esfumado…

* * *

Parker Pyne miró con expresión pensativa el rostro moreno y agitado del joven que se sentaba frente a él.

—Claro, míster Llewellyn —dijo—. Es usted de Gales, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver eso?

Parker Pyne agitó su mano larga y cuidada.

—Nada, lo reconozco. Me interesa la clasificación de las reacciones emocionales, tal como se manifiestan en determinados

tipos raciales. Eso es todo. Volvamos a considerar su problema personal.

—La verdad es que no sé bien por qué he acudido a usted —dijo Evan Llewellyn.

Le temblaban las manos y su rostro moreno tenía un tinte macilento. Apartaba la mirada de Parker Pyne y el escrutinio de este caballero parecía resultarle molesto.

—No sé por qué he acudido a usted —repitió—. Pero ¿adónde diablos voy a acudir? ¿Y qué diablos puedo hacer? No poder hacer nada en absoluto es lo que me desespera… He visto su anuncio en el periódico y recordé que un chico me había hablado de usted en una ocasión y había dicho que tenía éxito… Y…, bueno, he venido. Me figuro que ha sido una tontería de mi parte. En la situación en que me encuentro, nadie puede hacer nada por mí.

—Nada de eso —dijo Parker Pyne—. Yo soy la persona indicada. Soy especialista en desgracias ajenas. Es evidente que este asunto le ha proporcionado a usted muchos sufrimientos. ¿Está usted seguro de que los hechos son exactamente como usted me los ha contado?

—No creo haber olvidado nada. Pointz sacó el brillante y lo fue pasando. La maldita chica americana lo pegó en su ridículo bolso, y cuando fuimos a mirar al bolso el brillante había desaparecido. No lo tenía nadie encima; incluso el propio Pointz fue registrado…, él mismo lo propuso. ¡Y yo juraría que en la habitación no estaba! *Y nadie salió de la habitación*…

—¿Y los camareros, por ejemplo? —sugirió Parker Pyne.

Llewellyn negó con un movimiento de cabeza.

—Salieron antes que la chica empezara con el jaleo del brillante, y después Pointz cerró la puerta para que no pudieran entrar. No; tiene que haber sido uno de nosotros.

—Eso parece —dijo Parker Pyne pensativo.

—Aquel maldito periódico —dijo Evan Llewellyn con amargura —. Comprendí que todos estaban pensando en lo mismo: que aquél era el único medio…

—Repítame exactamente lo que ocurrió.

—Fue muy sencillo. Yo abrí la ventana, silbé al hombre, le tiré una moneda y él me tiró el periódico. Y así estamos…, ése fue el único camino por el que el brillante pudo salir de la habitación…,

tirándoselo yo a un cómplice que esperara en la calle.

—No fue el único camino —dijo Parker Pyne.

—¿Qué otro camino se le ocurre a usted?

—Si usted no lo tiró, tiene que haber habido otro medio.

—¡Ah, ya! Creí que se refería usted a algo más concreto. Bueno, yo lo único que puedo decir es que *no* lo he tirado por la ventana. No espero que usted me crea…, ni que nadie me crea.

—Sí, sí; yo le creo —dijo Parker Pyne.

—¿Me cree usted? ¿Por qué?

—No encaja en el tipo criminal —dijo Parker Pyne—. Es decir, no encaja en el tipo de ladrón de joyas. Naturalmente, hay crímenes que sería usted capaz de cometer, pero no vamos a meternos ahora en ese tema. En cualquier caso, no puedo imaginármelo a usted como el ladrón de la Estrella Matutina.

—Sin embargo, todo el mundo cree que lo robé —dijo Llewellyn con amargura.

—Comprendo —dijo Parker Pyne.

—En aquella ocasión me miraban de un modo extraño. Marroway cogió el periódico y se limitó a mirar hacia la ventana. No dijo nada. Pero Pointz comprendió en seguida. Comprendí lo que estaba pensando. No ha habido ninguna acusación directa; eso es lo malo.

Parker Pyne asintió, comprensivo.

—Peor que una acusación directa —dijo.

—Sí. Sospechas nada más. Ha venido a verme un tipo y me ha hecho muchas preguntas… investigación rutinaria le llamó. Supongo que sería uno de esos policías elegantes de la nueva escuela. Obró con mucho tacto, sin hacer insinuaciones. Sólo mostró interés en el hecho de que antes andaba muy mal de dinero y de pronto se me veía nadando en la abundancia.

—¿Y era cierto eso?

—Sí…; tuve suerte con unos caballos. Por desgracia, hice las apuestas en el hipódromo y nada puede demostrar que fue de ese modo como conseguí el dinero. No pueden demostrar que miento, claro; pero ésa sería la clase de mentira que diría el hombre que no quisiera decir de dónde provenía su dinero.

—Es cierto. Sin embargo, necesitarán tener mucho más en qué

fundarse.

—No; si yo no tengo miedo de que me detengan y me acusen de robo. En cierto modo, eso sería más llevadero, por lo menos sabría el terreno que pisaba. Es pensar que toda esa gente cree que lo he cogido yo.

—¿Alguien en particular?

—¿Qué quiere decir?

—Una simple ocurrencia nada más —Parker Pyne volvió a agitar su mano cuidada—. *Había* una persona en particular, ¿no es cierto? ¿Mistress Rustington, por ejemplo?

El rostro moreno de Llewellyn enrojeció.

—¿Por qué precisamente ella?

—Señor mío, está clarísimo que hay alguien cuya opinión le importa a usted mucho, probablemente una señora. ¿Qué señoras había allí? ¿La chica americana? ¿Lady Marroway? Pero probablemente no hubiera perdido usted la estimación de Lady Marroway por dar ese golpe. Conozco un poquito a esa señora. Entonces, está claro que tiene que ser mistress Rustington.

Llewellyn dijo con cierta dificultad:

—Ha…, ha pasado por una desagradable experiencia. Su marido era una bala perdida. Ahora le cuesta trabajo confiar en nadie. Si ella creyera que…

No encontró palabras para continuar.

—Comprendo —dijo Parker Pyne—. Ya veo que el asunto es importante. Hay que ponerlo en claro.

Evan soltó una risita.

—Eso es fácil de decir.

—Y muy fácil de hacer —dijo Parker Pyne.

—¿Lo cree usted así?

—Desde luego. El problema es tan sencillo… Han sido descartadas tantas posibilidades que la respuesta tiene que ser la más sencilla. Incluso parece que vislumbro algo…

Llewellyn se le quedó mirando con expresión incrédula…

Parker Pyne cogió un *block* y una pluma.

—Por favor, ¿quiere usted describirme brevemente los componentes del grupo?

—Pero ¿no lo he hecho ya?

—Una descripción de su aspecto externo, color de pelo, etcétera.

—Pero, míster Pyne, ¿qué tiene eso que ver con el asunto?

—Mucho, joven, mucho. Para la clasificación y todo eso…, importa.

Aunque sin ocultar su escepticismo, Evan describió el aspecto externo de los reunidos en el yate.

Parker Pyne tomó unas notas, apartó el *block* y dijo:

—Estupendo. A propósito: ¿dijo usted que se rompió una copa de vino?

Evan se le quedó mirando de nuevo.

—Sí; se le cayó de la mesa a alguien y luego la pisaron.

—Son peligrosos los trocitos de vidrio —dijo Parker Pyne—. ¿De quién era la copa?

—Creo que era de la chica, la de Eve.

—¡Ah! ¿Y quién estaba sentado junto a ella de ese lado?

—Sir George Marroway.

—¿No vio usted a cuál de los dos se le cayó la copa de la mesa?

—No; lo siento. ¿Tiene importancia?

—No mucha, no. Era una pregunta superflua. Bueno —se puso en pie—; buenos días, míster Llewellyn. ¿Quiere usted pasarse por aquí dentro de tres días? Creo que para entonces todo el asunto estará solucionado de modo satisfactorio.

—¿Bromea usted, míster Parker Pyne?

—Nunca bromeo con los asuntos profesionales, señor mío. Perdería la confianza de mis clientes. ¿Quedamos entonces en el viernes a las once y media? Gracias.

* * *

Evan entró el viernes por la mañana en el despacho de Parker Pyne con la mente confusa. La esperanza y el escepticismo pugnaban por adueñarse de su ánimo.

Parker Pyne se levantó para recibirle, sonriendo abiertamente.

—Buenos días, míster Llewellyn. Siéntese. ¿Un cigarrillo?

Llewellyn rechazó con un gesto la caja que le ofrecían.

—¿Bien? —dijo.

—Muy bien —dijo Parker Pyne—. La Policía detuvo anoche a la banda.

—¿A la banda? ¿Qué banda?

—La banda Amalfi. Pensé en seguida en ellos cuando me contó usted su historia. Reconocí sus métodos, y cuando me describió usted a los invitados no me quedó la menor duda.

—¿Quiénes forman la banda Amalfi?

—El padre, el hijo, la nuera…, es decir, suponiendo que Pietro y María estén casados, cosa que algunos ponen en duda.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. El nombre es italiano y su origen es italiano, sin duda; pero el viejo Amalfi nació en América. Sus métodos suelen ser siempre los mismos. Adopta la personalidad de un hombre de negocios real, se presenta a alguien de importancia en el negocio de joyas de algún país de Europa y entonces pone en práctica su truquito. En este caso, iba concretamente tras la Estrella Matutina. La personalidad de Pointz era muy conocida en el ramo. María Amalfi interpretó el papel de la hija. ¡Qué mujer más extraordinaria! Tiene por lo menos veintisiete años y casi siempre hace papeles de chica de dieciséis…

—No se referirá usted a Eve… —dijo Llewellyn entrecortadamente.

—A ella precisamente. El tercer miembro de la banda consiguió que lo admitieran en el Royal George como camarero eventual… era en verano, recuerde, y necesitaban gente extra. Puede que incluso haya sobornado a un camarero fijo para que le dejara el sitio. La escena está dispuesta. Eve desafía a Pointz y éste acepta la apuesta. Pointz enseña el brillante como la noche anterior. Los camareros entran en el comedor y Leathern retiene la piedra hasta que vuelven a salir. Cuando salen, el brillante sale también, pegado con un trozo de chicle a la parte de abajo del plato que Pietro llevaba en la mano. ¡Sencillísimo!

—Pero ¡si yo lo vi después de eso!

—No, no; usted vio una imitación lo bastante buena para engañar al que mira distraídamente. Según me dijo usted, Stein apenas la miró. Eve la deja caer, tira también una copa y pisa con firmeza en la piedra y la copa conjuntamente. El brillante

desaparece milagrosamente. Tanto Eve como Leathern pueden ser registrados todo lo que se quiera.

—Bueno…, estoy… —Evan movió la cabeza, incapaz de encontrar palabras—. Dijo usted que reconoció a la banda por la descripción que yo le hice. ¿Han empleado más veces el mismo truco?

—No era el mismo exactamente, pero era su estilo. Naturalmente, la niña Eve me llamó la atención en seguida.

—¿Por qué? Yo no sospeché de ella…, nadie sospechó de ella. Parecía tan…, tan *niña*…

—Ahí está precisamente el genio de María Amalfi. Parece más niña que cualquier niña auténtica. ¡Y lo de la plastilina! Se suponía que la apuesta había surgido espontáneamente, pero la señorita tenía la plastilina a mano. Eso indicaba premeditación. Mis sospechas se fijaron en ella inmediatamente.

Llewellyn se puso en pie.

—Bien, míster Parker Pyne; mi reconocimiento no tiene límites.

—Clasificación —murmuró Parker Pyne—. Me interesa la clasificación de los tipos criminales.

—Ya me dirá usted cuánto…, ejem…

—Mis honorarios serán muy moderados —dijo Parker Pyne—. No producirán gran merma en las…, ejem…, ganancias de las carreras de caballos. De todos modos, joven, creo que sería mejor dejar los caballos en el futuro. El caballo es un animal muy variable.

—De acuerdo —dijo Evan.

Apretó la mano de Parker Pyne y salió de su despacho.

Llamó un taxi y le dio la dirección del piso de Janet Rustington.

Se sentía con ánimos para vencer todas las dificultades.

EL MISTERIO DEL COFRE DE BAGDAD

Aquellas palabras constituían un titular atractivo y así se lo dije a mi amigo Hércules Poirot. No conocía a ninguno de los protagonistas, y mi interés por el caso era el de simple espectador. Poirot estuvo de acuerdo conmigo.

—Sí; tiene un sabor oriental, misterioso. Podría muy bien ocurrir que el cofre sea una imitación jacobina comprada en Londres; pero, de todos modos, el periodista que tuvo la idea de llamarle el Cofre de Bagdad estuvo felizmente inspirado. La palabra «misterio» ha sido añadida también con mucho acierto, aunque tengo entendido que hay muy poco misterio en el caso.

—Exacto. Es horrible y macabro, pero no tiene nada de misterioso.

—Horrible y macabro —repitió Poirot pensativo.

—Todo el asunto es repugnante —dije, levantándome y paseándome de arriba abajo por la habitación—. El asesino mata a ese hombre, que era su amigo, lo mete en el cofre y media hora después está bailando en la misma habitación con la esposa de la víctima. Imagínese si ella hubiera podido suponer por un momento…

—Cierto —dijo Poirot pensativo—. Esa cualidad tan alabada, la intuición femenina, no parece haber actuado.

—Parece que fue una reunión muy divertida —dije, sintiendo un ligero escalofrío—. Y durante todo el tiempo, mientras bailaban y jugaban al póquer, había un muerto en la misma habitación. Se podría escribir una obra de teatro con esa idea.

—Ya se ha escrito —dijo Poirot—. Pero consuélese, Hastings —añadió en tono benevolente—. Porque un tema haya sido utilizado una vez, no hay razón que impida que vuelva a ser utilizado.

Escriba usted su drama.

Había cogido el periódico y examinaba la reproducción, bastante borrosa, de una fotografía.

—Debe de ser una mujer muy guapa —dije lentamente—. Incluso por una foto como ésa puede uno hacerse una idea.

Al pie de la roto se leía lo siguiente: *Fotografía de mistress Clayton, la esposa de la víctima*.

Poirot me cogió el periódico.

—Sí —dijo—. Es muy guapa. Sin duda es una de esas mujeres nacidas para hacer sufrir los corazones de los hombres.

Me devolvió el periódico, lanzando un suspiro.

—*Dieu merci*, no soy de temperamento apasionado. Eso me ha evitado muchos sinsabores. Doy gracias al cielo por ello.

No recuerdo haber hablado más del asunto. Poirot no demostró por entonces un interés especial. Eran tan claros los hechos, dejaban tan poco lugar a dudas, que parecía inútil discutir el caso.

Míster y mistress Clayton y el comandante Rich eran amigos desde hacía bastante tiempo. El día en cuestión, diez de marzo, los Clayton habían aceptado la invitación del comandante Rich de asistir a una reunión en su casa aquella noche. Sin embargo, a eso de las siete y media, Clayton le explicó a otro amigo, el comandante Curtiss, con quien estaba tomando una copa, que acababan de llamarle inesperadamente a Escocia y que se marchaba en el tren de las ocho.

—Tengo el tiempo justo para pasar por casa de Jack y explicárselo —continuó Clayton—. Margaret va, naturalmente. Lo siento mucho, pero Jack se hará cargo.

Clayton era hombre de palabra. Llegó al piso del comandante Rich a eso de las ocho menos veinte. El comandante no estaba en casa en aquel momento, pero su criado, que conocía mucho a Clayton, le propuso que pasara y le esperase. Clayton dijo que no tenía tiempo, pero que pasaría y le escribiría una nota. Añadió que iba de paso para la estación, a coger el tren.

El criado, en consecuencia, le hizo pasar al salón.

Unos cinco minutos más tarde, el comandante Rich, que debía de haber entrado sin que el criado le oyera, abrió la puerta del salón, le llamó y le dijo que saliera a buscarle cigarrillos. Al volver,

el hombre entregó los cigarrillos a su amo, que estaba solo en el salón. El hombre, como es lógico, dio por sentado que míster Clayton se había marchado.

Los invitados llegaron poco después. Eran éstos mistress Clayton, el comandante Curtiss y el matrimonio Spence. Pasaron la noche bailando al son de un gramófono y jugando al póquer. Los invitados se marcharon poco después de medianoche.

A la mañana siguiente, al limpiar el salón, el criado se sorprendió al ver una mancha oscura, debajo y delante de un mueble que el comandante Rich había traído de Oriente años atrás y al que llamaban el Cofre de Bagdad.

Instintivamente, el criado levantó la tapa del cofre y, horrorizado, vio que dentro se hallaba el cadáver encogido de un hombre, con un puñal clavado hasta el corazón.

Aterrorizado, el hombre salió corriendo del piso y llamó al primer policía que encontró. El muerto resultó ser míster Clayton. Poco después fue arrestado el comandante Rich. La defensa del comandante, al parecer, había consistido en negarlo todo enérgicamente. No había visto a míster Clayton la noche anterior y no había sabido nada de que se marchaba a Escocia hasta que mistress Clayton se lo dijo.

Ésos eran los hechos escuetos del caso. Naturalmente, habían abundado las indirectas y las insinuaciones. Se había hecho tanto hincapié en la estrecha amistad e intimidad existentes entre el comandante Rich y mistress Clayton, que habría que ser tonto para no leer entre líneas. El motivo del crimen había sido insinuado muy claramente.

Mi larga experiencia me había enseñado a dar siempre un margen a la calumnia infundada. Podía ser que el motivo indicado no existiera en absoluto, a pesar de todas las apariencias. Pero una cosa seguía en pie: Rich era el asesino.

Como iba diciendo, el asunto podía haber terminado ahí de no haber sido invitados Poirot y yo aquella noche a una reunión que daba lady Chatterton.

A Poirot, aunque se lamentaba de tener que cumplir sus compromisos sociales y se declaraba amante de la soledad, le gustaban muchísimo todas estas cosas. El que le bailaran el agua y

le trataran como el centro de reunión le venía de perilla.

En algunas ocasiones llegaba a ronronear como un gato. Le he visto recibir tranquilamente los cumplidos más desorbitados como si se tratara de un homenaje merecido y proferir con el peor gusto frases tan engreídas que me resisto a ponerlas por escrito.

Algunas veces discutía conmigo sobre este tema.

—Pero, amigo mío, yo no soy anglosajón. ¿Por qué motivo he de hacerme el hipócrita? Sí, sí, eso es lo que hacen todos ustedes. El aviador que ha realizado un vuelo difícil, el campeón de tenis, bajan los ojos y farfullan de un modo ininteligible que «no tiene importancia». ¿Lo creen ellos así? En absoluto. Admirarían la hazaña si la hubiera realizado otro. Por tanto, lógicamente tienen que admirarla habiéndola realizado ellos. Pero su educación les impide reconocerlo. Yo no soy así. Las cualidades que yo poseo las respetaría en otro. Se da la circunstancia de que en mi terreno no hay nadie que me iguale. *C'est dommage!* Por tanto, reconozco abiertamente y sin hipocresía que soy un gran hombre. Poseo las virtudes del orden, el método y la psicología en un grado extraordinario. Soy, en una palabra, Hércules Poirot. ¿Por qué motivo tengo que ponerme colorado y tartamudear y farfullar entre dientes que verdaderamente soy muy tonto? No sería cierto.

—Realmente, sólo hay un Hércules Poirot —concedí, no sin cierta malicia, que afortunadamente Poirot no advirtió.

Lady Chatterton era de las más fervientes admiradoras de Poirot. Partiendo de la misteriosa conducta de un perro pequinés, había desenmarañado una madeja que le condujo hasta un famoso ladrón. Lady Chatterton no había dejado de alabarle desde entonces.

Poirot en una fiesta constituía un espectáculo digno de verse. Su impecable traje de etiqueta, la colocación exquisita de su corbata blanca, de su cabello, el brillo del fijador y el retorcido esplendor de sus famosos bigotes se conjugaban para lograr la imagen más acabada del inveterado *dandy*. En esos momentos era difícil tomarle en serio.

Alrededor de las once y media, lady Chatterton se acercó vivamente a nosotros, y sacando a Poirot de un grupo de admiradores, se lo llevó…, ni que decir tiene que conmigo a remolque.

—Quiero que vaya usted arriba a mi saloncito —dijo lady Chatterton jadeando cuando se halló fuera del alcance del oído de los demás invitados—. Ya sabe usted dónde está, monsieur Poirot. Encontrará usted allí a una persona que necesita mucho de su ayuda… y sé muy bien que usted la ayudará. Es una de mis amigas más queridas, conque no diga que no.

Mientras hablaba, lady Chatterton iba mostrándonos el camino, andando a paso rápido. Por último, abrió una puerta y exclamó:

—Ya lo tengo, querida Margaret. Y hará todo lo que tú quieras. Va usted a ayudar a mistress Clayton, ¿verdad, monsieur Poirot?

Y dando por sentada su aceptación, se retiró con la misma energía que caracterizaba todos sus movimientos.

Mistress Clayton estaba sentada en una silla junto a la ventana. Se levantó al llegar nosotros y se nos acercó. Iba vestida de luto riguroso y el negro hacía resaltar su cabello rubio y su tez blanca. Era una mujer de un encanto extraordinario y tenía un aire de candor que la hacía irresistible.

—¡Alice Chatterton es tan buena! —dijo—. Organizó este encuentro. Dijo que usted me ayudaría, monsieur Poirot. Claro que no sé si me ayudará usted o no, pero espero que sí.

Alargó la mano y Poirot la estrechó, reteniéndola un momento, mientras estudiaba su cara con atención. La actitud de Poirot no era nada descortés. La miraba más bien con la expresión bondadosa, pero inquisitiva, con que un famoso médico miraría a una paciente nueva, al serle presentada.

—¿Está usted segura, señora —dijo por último—, de que puedo ayudarla?

—Alice dice que sí.

—Sí, pero yo se lo pregunto a usted, señora.

Sus mejillas se colorearon ligeramente.

—No sé qué quiere usted decir.

—¿Qué quiere usted que haga?

—¿Usted…, usted… sabe quién soy yo? —preguntó.

—Desde luego.

—Entonces puede usted suponer lo que quiero que haga, monsieur Poirot… Capitán Hastings —le agradecí que me reconociera—. El comandante Rich no mató a mi marido.

—¿Por qué no?

—¿Cómo dice?

Poirot sonrió al observar su ligero desconcierto.

—He dicho: «¿Por qué no?» —repitió.

—Me parece que no entiendo.

—Sin embargo, es muy sencillo. La Policía, los abogados, todos preguntan lo mismo: ¿por qué mató el comandante Rich a míster Clayton? Yo pregunto lo contrario: ¿por qué el comandante Rich no mató a míster Clayton?

—¿Quiere usted decir… que por qué estoy tan segura? Pues porque lo sé. Conozco tan bien al comandante Rich…

—Conoce usted tan bien al comandante Rich… —repitió Poirot sin la menor entonación.

Un vivo rubor encendió las mejillas de mistress Clayton.

—¡Sí, eso es lo que dicen, lo que creen! ¡Ya lo sé, ya!

—*C'est vrai*. Eso es lo que le preguntarán a usted…, el grado de su amistad con el comandante Rich. Puede que diga usted la verdad o puede que mienta. Algunas veces la mujer tiene que mentir. Las mujeres tienen que defenderse y la mentira es una buena arma. Pero hay tres personas, señora, a las que una mujer siempre debe decir la verdad: a su confesor, a su peluquero y a su detective particular… si confía en él. ¿Confía usted en mí, señora?

Margaret Clayton exhaló un profundo suspiro.

—Sí —dijo—. Confío. Debo confiar —añadió de un modo infantil.

—Bien, entonces dígame: ¿hasta dónde llega su amistad con el comandante Rich?

Ella le miró un momento en silencio. Luego alzó la barbilla en ademán de desafío.

—Contestaré a su pregunta. Me enamoré de Jack en el mismo momento en que le conocí… hace dos años. Recientemente me pareció…, creo, que él se enamoró de mí también. Pero nunca me lo ha dicho.

—*Epatant!* —dijo Poirot—. Me ha ahorrado usted un cuarto de hora largo con ir derecho al asunto y sin andar por las ramas. Es usted sensata. ¿Y su marido sospechaba cuáles eran sus sentimientos?

—No lo sé —dijo Margaret lentamente—. Me pareció que… últimamente puede que sospechara. Su actitud había cambiado… Pero puede que eso fueran sólo imaginaciones mías.

—¿Nadie más lo sabía?

—Creo que no.

—Y… perdone, señora, pero ¿no quería usted a su esposo?

Creo que muy pocas mujeres hubieran contestado a esa pregunta con la sencillez con que lo hizo aquella mujer. Hubieran tratado de explicar sus sentimientos.

Margaret Clayton dijo sencillamente:

—No.

—Bien. Ahora ya sabemos por dónde andamos. Según usted, señora, el comandante Rich no mató a su esposo, pero se dará usted cuenta de que todas las pruebas indican que lo ha hecho. ¿Conoce usted, particularmente, algún fallo en esas pruebas?

—No. No sé nada.

—¿Cuándo le comunicó su marido que se marchaba a Escocia?

—Inmediatamente después de comer. Dijo que era una pesadez, pero que tenía que ir. Dijo que era algo relacionado con valores de tierras.

—¿Y después?

—Salió…, fue al club, creo. No…, no lo volví a ver.

—Y en cuanto al comandante Rich, ¿cuál fue su actitud aquella noche? ¿La de costumbre?

—Sí, creo que sí.

—¿No está usted segura?

Margaret frunció el ceño.

—Estaba… un poco forzado. Conmigo, no con los demás. Pero creí adivinar el motivo de esa actitud, ¿comprende? Estoy segura de que aquella actitud forzada o… distracción, puede que la describa mejor, no tenía nada que ver con Edward. Le sorprendió el saber que Edward se había ido a Escocia, pero no fue una sorpresa exagerada.

—¿Y no recuerda usted que haya ocurrido aquella noche nada fuera de lo normal?

Margaret consideró la cuestión.

—No, nada en absoluto.

—¿Se…, se fijó usted en el cofre?

Estremeciéndose ligeramente, ella negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo recuerdo, ni sé cómo era. Estuvimos jugando al póquer la mayor parte del tiempo.

—¿Quién ganó?

—El comandante Rich. Yo tuve muy mala suerte, lo mismo que el comandante Curtiss. Los Spence ganaron un poco, pero el comandante Rich fue el que más ganó.

—¿A qué hora se disolvió la reunión?

—A eso de las doce y media, creo. Nos marchamos todos juntos.

—¡Ah!

Poirot permaneció silencioso, sumido en sus pensamientos.

—Me gustaría poder ser de más ayuda para usted —dijo mistress Clayton—. No parece que pueda decirle a usted gran cosa…

—Del presente no; pero ¿y del pasado?

—¿Del pasado?

—Sí. ¿No ha habido algunos incidentes?

Ella enrojeció.

—Se refiere usted a aquel hombrecillo horrible que se pegó un tiro, ¿verdad? No fue culpa mía, monsieur Poirot. De verdad, no fue culpa mía.

—No estaba pensando precisamente en ese incidente.

—¿Aquel duelo ridículo? Es que los italianos se siguen batiendo en duelo… Me alegré tanto de que aquel hombre no resultara muerto…

—Debe de haber sido para usted un gran alivio —concedió Poirot con expresión grave.

Ella le miraba desconcertada. Poirot se puso en pie y cogió entre las suyas una de sus manos.

—Yo no me batiré en duelo por usted, señora —dijo—. Pero voy a hacer lo que me ha pedido. Descubriré la verdad. Y esperemos que su instinto no la engañe y que la verdad no la haga sufrir, sino que la conforte.

Nuestra primera visita fue al comandante Curtiss. Era un hombre de unos cuarenta años, de porte militar, de cabello muy oscuro y rostro bronceado. Hacía algunos años que conocía a los Clayton, así como al comandante Rich. Curtiss confirmó tan sólo lo publicado en

la Prensa. Clayton y él habían tomado juntos una copa en el club un poco antes de las siete y media y Clayton había anunciado su intención de pasar por casa del comandante Rich, de camino para la estación de Euston.

—¿Cuál era la actitud de míster Clayton? ¿Estaba deprimido o alegre?

El comandante se quedó pensando. Era un hombre lento en hablar.

—Parecía bastante alegre —dijo por último.

—¿No dijo nada de que estuviera en malas relaciones con el comandante Rich?

—¡Nada de eso! ¡Si eran muy buenos amigos!

—¿No ponía reparos a…, a la amistad de su esposa con el comandante Rich?

El comandante se puso muy encarnado.

—Ha estado usted leyendo esos malditos periódicos, llenos de insinuaciones y calumnias. ¡Claro que no ponía reparos! ¡Si incluso me dijo: «Margaret va a la reunión, por supuesto»!

—Comprendo. Y ahora bien: ¿fue completamente normal la actitud del comandante Rich aquella noche?

—No noté ninguna diferencia.

—¿Y la señora? ¿También se comportó como de costumbre?

—Pues —reflexionó—, ahora que pienso en ello, me parece que estaba un poco callada. Así como pensativa y distante.

—¿Quién llegó primero?

—El matrimonio Spence. Estaban ya allí cuando yo llegué. Yo pasé a recoger a mistress Clayton, pero ya había salido. De modo que llegué allí un poco tarde.

—¿Y con qué se entretuvieron ustedes? ¿Bailaron? ¿Jugaron a las cartas?

—Un poco de cada cosa. Primero bailamos.

—¿Eran ustedes cinco?

—Sí, pero no importó, porque yo no bailo. Yo ponía los discos y los demás bailaban.

—¿Con quién bailó más cada uno de ellos?

—El caso es que a los Spence les gusta bailar juntos. Les encanta hacer pasos de fantasía y todo eso.

—¿De modo que mistress Clayton bailó la mayor parte del tiempo con el comandante Rich?

—Algo así.

—¿Y luego jugaron ustedes al póquer?

—Sí.

—¿Ya qué hora se marcharon ustedes?

—Ah, bastante temprano. Poco después de las doce.

—¿Se marcharon todos juntos?

—Sí. Nos fuimos todos en un taxi, dejamos primero a mistress Clayton, luego me bajé yo y los Spence siguieron en el taxi hasta Kensington.

A continuación visitamos a los Spence. Sólo estaba en casa la señora, pero su relación de los hechos ocurridos aquella noche coincidió exactamente con la del comandante Curtiss, salvo en que mostró cierta acritud con relación a la suerte del comandante Rich en el juego.

Aquella mañana temprano, Poirot había hablado por teléfono con el inspector Japp, de Scotland Yard. Como consecuencia de aquella conversación, nos dirigimos a la casa del comandante Rich y encontramos a su criado, Burgoyne, esperándonos.

La declaración del criado fue muy clara y precisa.

Míster Clayton había llegado a las ocho menos veinte. Desgraciadamente, el comandante Rich acababa de salir en aquel instante. Míster Clayton había dicho que no podía esperar, porque tenía que coger un tren, pero que le escribiría una nota. Entonces pasó al salón a escribir la nota. Burgoyne no había oído entrar a su señor, porque estaba llenando la bañera, y el comandante Rich, por supuesto, había entrado con su llave. Calculaba que habrían pasado diez minutos cuando el comándame Rich le llamó para mandarle a buscar cigarrillos. No, no había entrado en el salón. El comandante Rich estaba en la puerta. Cinco minutos más tarde había vuelto con los cigarrillos y entonces sí había entrado en el salón, en donde estaba su señor solo, en pie junto a la ventana, fumando. Su señor le había preguntado si estaba preparado el baño, y al decirle él que sí, se fue a bañar. Él, Burgoyne, no había mencionado a míster Clayton, porque supuso que su señor lo había encontrado allí y le había acompañado él mismo a la puerta. La actitud de su señor

había sido la de costumbre. Se había bañado, se había cambiado de ropa y poco después habían llegado míster y mistress Spence, seguidos del comandante Curtiss y de mistress Clayton.

No se le había ocurrido, explicó Burgoyne, que míster Clayton se hubiera marchado antes de regresar su señor. Al salir, míster Clayton hubiera tenido que golpear la puerta y el criado estaba seguro de que lo hubiera oído caso de hacerlo.

Continuando con el mismo estilo impersonal, Burgoyne pasó a relatar el hallazgo del cadáver. Entonces fijé mi atención por vez primera en el cofre fatal. Era un mueble bastante grande, apoyado contra la pared, junto a la gramola. Era de madera oscura y estaba profusamente tachonado de clavos de metal. La tapa se abrió con facilidad. Miré dentro y me estremecí. Aunque bien fregado, quedaban algunas manchas siniestras.

De pronto, Poirot lanzó una exclamación.

—Esos agujeros… son muy extraños. Se diría que han sido hechos recientemente.

Los agujeros en cuestión se hallaban en el fondo del cofre, contra la pared. Había unos tres o cuatro. Tenían pocos milímetros de diámetro y parecía, en efecto, como si hubieran sido hechos muy recientemente.

Poirot se inclinó para examinarlos, mirando luego al criado con expresión interrogante.

—Sí que es raro, señor. No recuerdo haber visto nunca esos agujeros, aunque puede ser que no me haya fijado en ellos.

—No importa —dijo Poirot.

Cerrando la tapa del cofre, empezó a andar hacia atrás, hasta colocarse de espalda contra la ventana. De pronto, hizo una pregunta.

—Dígame —dijo—, cuando le trajo usted los cigarrillos a su señor aquella noche, ¿no había nada fuera de su sitio en la habitación?

Burgoyne titubeó un momento, contestando luego de mala gana:

—Es extraño que diga usted eso, señor. Ahora que lo menciona usted, recuerdo que aquel biombo que impide que pase al salón la corriente de aire que viene del dormitorio estaba un poco corrido hacia la izquierda.

—¿Así?

Poirot se precipitó ágilmente hacia el biombo y lo cambió de posición. Era un biombo muy bonito de cuero pintado. En su primitiva posición tapaba un poco la vista del cofre, y tal como Poirot lo colocó lo tapaba por completo.

—Eso es, señor —dijo el criado—. Así estaba.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Seguía en el mismo sitio. Recuerdo que lo corrí y fue entonces cuando vi la mancha. Hemos mandado limpiar la alfombra, señor. Por eso el suelo está desnudo.

Poirot asintió con un gesto.

—Comprendo —dijo—. Gracias.

Colocó un billete en la mano del criado.

—Gracias, señor.

—Poirot —dije al llegar a la calle—, ¿aquello del biombo es un punto a favor de Rich?

—Es un nuevo punto en contra suya —dijo Poirot con tristeza—. El biombo ocultaba el cofre a la vista de las personas que estaban en la habitación. Ocultaba también la mancha de la alfombra. Más tarde o más temprano, la sangre tenía que calar la madera y manchar la alfombra. El biombo impediría que se descubriera de momento. Sí…, pero hay algo allí que no comprendo. El criado, Hastings, el criado.

—¿Qué pasa con el criado? Parece un tipo muy inteligente.

—Exacto, muy inteligente. ¿Es verosímil, entonces, que el comandante Rich no se diera cuenta de que el criado tenía que descubrir el cadáver a la mañana siguiente? Inmediatamente después de cometido el crimen no tuvo tiempo para nada, de acuerdo. Mete el cadáver en el arca, corre el biombo de modo que la oculte, y pasa la velada confiando que no ocurra nada. Pero ¿y después de marcharse los invitados? Entonces tuvo tiempo sobrado para deshacerse del cadáver.

—Puede que confiara en que el criado no vería la mancha.

—Eso, *mon ami*, es absurdo. Una mancha en la alfombra es lo primero que vería un buen criado. Y el comandante Rich se va a la cama, se pone a roncar confortablemente y no se ocupa del asunto para nada. Es muy curioso e interesante todo eso.

—Curtiss podía haber visto la mancha cuando estaba poniendo los discos la noche anterior, ¿verdad? —apunté.

—Es improbable. El biombo proyectaba una sombra allí precisamente. No, pero ya empiezo a ver. Sí, todavía no muy claro, pero empiezo a ver.

—¿A ver qué? —pregunté con avidez.

—Digamos, las posibilidades de otra solución. Puede que nuestra próxima visita arroje alguna luz sobre el caso.

Nuestra próxima visita fue al médico que había examinado el cadáver. Su declaración fue un simple resumen de lo que había dicho en la indagación. Al finado le habían clavado hasta el corazón un cuchillo largo y delgado, semejante a un estilete. El cuchillo lo dejaron en la herida. La muerte había sido instantánea. El cuchillo era propiedad del comandante Rich y solía estar en su mesa de escribir. Al parecer, no había huellas dactilares. O bien habían sido borradas o habían cogido el cuchillo con un pañuelo. En cuanto a la hora de la muerte, parecía indicado que había ocurrido entre las siete y las nueve.

—¿No podía haber sido asesinado, por ejemplo, después de medianoche? —preguntó Poirot.

—No. Eso puedo asegurarlo. A las diez como máximo, pero la hora más probable parece ser entre las siete y media y las ocho.

—Existe una segunda posibilidad —dijo Poirot cuando llegamos a casa—. No sé si usted la ve, Hastings. Para mí es muy sencillo y sólo me falta un detalle para solucionar el asunto de una vez para siempre.

—Nada, no caigo —dije.

—Haga un esfuerzo, Hastings. Haga un esfuerzo.

—Muy bien —dije—. A las siete y cuarenta, Clayton está vivo. La última persona que le ve vivo es Rich…

—Eso es una suposición.

—Pero ¿no es cierto?

—Olvida usted, *mon ami*, que el comandante Rich lo niega. Afirma categóricamente que Clayton se había marchado cuando él entró.

—Pero el criado dice que hubiera oído salir a Clayton, por el golpe de la puerta. Y además, si Clayton se había marchado,

¿cuándo volvió? No pudo volver después de las doce, porque el médico afirma rotundamente que murió por lo menos dos horas antes. Con esto sólo queda una posibilidad.

—Siga, *mon ami* —dijo Poirot.

—Que en los cinco minutos en que Clayton estuvo solo en el salón, entró otra persona y lo mató. Pero tropezamos con el mismo inconveniente. Sólo una persona que tuviera llave del piso pudo haber entrado sin que el criado lo supiera y, de igual modo, el asesino hubiera tenido que cerrar la puerta de golpe y el criado lo hubiera oído sin duda alguna.

—Exactamente —dijo Poirot—. Por consiguiente…

—Por consiguiente…, nada —dije—. No veo otra solución.

—Es una lástima —murmuró Poirot—. En realidad, está tan claro…, tan claro como los ojos azules de mistress Clayton.

—¿Cree usted en serio que…?

—No creo nada hasta que tenga pruebas. Una pequeña prueba me convencerá.

Cogió el teléfono y llamó a Japp a Scotland Yard.

Veinte minutos más tarde nos encontrábamos ante un pequeño montón de objetos diversos, extendidos en una mesa. Era lo que el muerto llevaba en los bolsillos.

Había un pañuelo, un puñado de dinero suelto, un portamonedas con tres libras y diez chelines, un par de cuentas y una vieja foto de Margaret Clayton. Había así mismo un cortaplumas, un lapicero de oro y una herramienta de madera, muy pesada.

Poirot se inclinó sobre esta herramienta. La desatornilló y cayeron varias cuchillas pequeñas.

—¿Ve usted, Hastings? Un taladrador y todo el equipo. Con esto sería cuestión de muy pocos minutos hacer agujeros en el cofre.

—¿Los agujeros que hemos visto?

—Exacto.

—¿Quiere usted decir que fue el propio Clayton el que hizo los agujeros?

—*Mais oui, mais oui*! ¿Qué le sugieren a usted esos agujeros? No habían sido hechos para mirar por ellos, porque estaban al fondo del cofre. Entonces, ¿para qué eran? Para respirar, naturalmente.

Pero un cadáver no necesita respirar; por tanto, no fueron hechos por el asesino. Esos agujeros sólo pueden indicar una cosa…, que un hombre iba a esconderse en aquel cofre. E inmediatamente, partiendo de ese supuesto, las cosas resultan inteligibles. Míster Clayton está celoso de su mujer y de Rich. Emplea la vieja argucia de pretender que se marcha fuera. Vigila a Rich, le ve salir, entra en la casa, se queda solo para escribir la nota, hace rápidamente los agujeros y se esconde dentro del cofre. Su mujer va a ir allí aquella noche. Puede que Rich cancele su invitación a los demás, puede que ella se quede después de marcharse los otros, o que finja marcharse, para volver después. Sea lo que fuere, Clayton quiere *saber*. Cualquier cosa es preferible al tormento espantoso que está sufriendo con sus sospechas.

—¿Quiere usted decir que Rich le mató después de marcharse los demás? Pero ¡si el médico dijo que era imposible!

—Exacto. Por tanto, Hastings, Clayton tuvo que ser asesinado durante la velada.

—Pero ¡si estaban todos en la habitación!

—Precisamente —dijo Poirot con expresión grave—. ¿No ve usted qué maravilla? «Todos en la habitación». ¡Qué coartada! ¡Qué sangre fría, qué valor, qué audacia!

—Sigo sin entender.

—¿Quién estuvo detrás del biombo, dando cuerda al gramófono y poniendo los discos? No olvide que el gramófono y el cofre estaban uno junto al otro. Suena el gramófono, todos están bailando… Y el hombre que no baila levanta la tapa del cofre y clava en el cuerpo de la persona allí escondida el cuchillo que acababa de meterse disimuladamente en la manga.

—¡Imposible! Hubiera gritado el hombre.

—No, si antes había sido narcotizado.

—¿Narcotizado?

—Sí. ¿Con quién tomó Clayton una copa a las siete y media? ¡Ah! Ya lo comprende. ¡Con Curtiss! Curtiss había llenado la mente de Clayton de sospechas contra su mujer y Rich. Curtiss propone el plan, la visita a Escocia, el esconderse en el cofre, el detalle final de correr el biombo… No para que Clayton pueda levantar un poco la tapa y respirar mejor, sino para que él, Curtiss, pudiera levantar la

tapa sin ser visto. El plan es de Curtiss, y fíjese, Hastings, en lo ingenioso que era. Si Rich hubiera observado que el biombo estaba fuera de su sitio y lo hubiera corrido hacia atrás…, bueno, no pasaba nada. Podía idear otro plan. Clayton se esconde en el arca, el suave narcótico que Curtiss le había dado empieza a surgir efecto y Clayton se sumerge en la inconsciencia. Curtiss alza la tapa, clava el cuchillo y el gramófono sigue tocando *Al llevar a casa a mi niña*.

Por fin recobré el uso de la palabra.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Poirot se encogió de hombros.

—¿Por qué se pegó un tiro un hombre? ¿Por qué se batieron en duelo dos italianos? Curtís es de temperamento apasionado y sombrío. Deseaba a Margaret Clayton. Quitando de en medio al marido y a Rich, Margaret se volvería hacia él… o al menos eso creía Curtiss.

Y añadió, pensativo:

—¡Estas mujeres de aspecto infantil! ¡Son muy peligrosas! Pero, *mon Dieu*, ¡qué obra maestra! Me duele en el alma tener que mandar a la horca a un hombre como ése. Aunque yo sea un genio, soy capaz de reconocer el genio en los demás. Un crimen perfecto, *mon ami*; yo, Hércules Poirot, se lo digo a usted. Un crimen perfecto… *Epatant*!

¿CÓMO CRECE TU JARDÍN?

Hércules Poirot hizo con sus cartas un ordenado montón, colocándolo ante sí. Cogió la primera de las cartas, examinó un momento la dirección, despegando luego cuidadosamente el dorso del sobre con una pequeña plegadera que tenía siempre en la mesa del desayuno para ese fin, y extrajo el contenido. Dentro había otro sobre, sellado con lacre morado, y en el que se leían las palabras «privado y confidencial».

Hércules Poirot alzó ligeramente las cejas, murmuró *Patience! Nous allons arriver!*, y de nuevo puso en juego la pequeña plegadera. Del sobre salió entonces una carta, escrita con letra temblona y picuda. Algunas palabras estaban subrayadas de un modo muy notorio.

Hércules Poirot desdobló la carta y leyó. En la parte superior, de nuevo se leían las palabras «privado y confidencial». A la derecha iba escrita la dirección, Rosebank, Charman's Green, Bucks, y la fecha, veintiuno de marzo.

Monsieur Poirot:

Me ha recomendado a usted una antigua y buena amiga mía, que sabe lo *preocupada* y *disgustada* que he estado en estos últimos tiempos. Claro que mi amiga no conoce los *hechos*: por tratarse de un asunto *estrictamente* confidencial, no se los he confiado a nadie. Mi amiga me ha dicho que es usted la *discreción* personificada y que no tema verme envuelta con la Policía, cosa que, si mis sospechas resultan fundadas, *me desagradaría muchísimo*. Pero, por supuesto, es posible que esté equivocada *por completo*. No me considero

ya con la cabeza lo bastante despierta —padeciendo como padezco de insomnio y habiendo sufrido el pasado invierno una grave enfermedad— para investigar las cosas por mí misma. No tengo ni *medios* ni *capacidad* para hacerlo. Por otra parte, debo insistir una vez más en que se trata de un asunto de familia en extremo delicado y que por muchas razones puede que desee *echar tierra sobre el mismo*. Teniendo seguridad de los *hechos*, podré ocuparme yo misma del asunto y así lo prefiero. Espero que este punto haya quedado bien claro. Caso de aceptar usted esta investigación, le agradecería me lo comunicara a la dirección que figura al principio de la carta.

Atentamente,

AMELIA BARROWBY.

Poirot leyó la carta dos veces, del principio al fin. De nuevo alzó ligeramente las cejas. Luego la dejó a un lado y cogió el segundo sobre del montón.

A las diez en punto entró en la habitación donde miss Lemon, su secretaria particular, esperaba recibir instrucciones para la jornada. Miss Lemon tenía cuarenta y ocho años y un aspecto poco atractivo. La impresión general que producía era la de un montón de huesos colocados de cualquier modo. Su pasión por el orden casi igualaba la de Poirot, y, aunque muy capaz de pensar por sí misma, nunca lo hacía a no ser que se lo ordenaran.

Poirot le entregó el correo de la mañana.

—Tenga la bondad, señorita, de contestar todas estas cartas diciendo que no con buenas palabras.

Miss Lemon echó una ojeada a las distintas cartas, garabateando un jeroglífico en cada una de ellas. Eran signos que sólo ella podía leer, de un código suyo particular: «jabón suave», «bofetada», «ronroneo», «seco», etcétera. Hecho esto, levantó la vista hacia Poirot, solicitando más instrucciones.

Poirot le tendió la carta de Amelia Barrowby. Ella la sacó de su doble envoltura, la leyó y miró a Poirot con expresión interrogante.

—¿Bueno, monsieur Poirot?

Tenía el lapicero en alto, a punto, sobre el cuaderno de taquigrafía.

—¿Qué opina usted francamente de esta carta, miss Lemon?

Frunciendo ligeramente el ceño, miss Lemon dejó el lapicero y leyó de nuevo la carta.

El contenido de las cartas nunca tenía ningún significado para miss Lemon, salvo desde el punto de vista de redactar una respuesta adecuada. Muy de tarde en tarde solicitaba su jefe sus facultades humanas, dejando a un lado su personalidad profesional. Cuando esto ocurría, miss Lemon sentía cierta irritación. Ella era una máquina casi perfecta, total y gloriosamente desinteresada por los problemas humanos. La verdadera pasión de su vida era dar con un sistema de archivo perfecto, al lado del cual todos los demás sistemas serían olvidados. Por la noche soñaba con ese archivo. Sin embargo, como Poirot sabía muy bien, miss Lemon era muy capaz de tratar con inteligencia los asuntos puramente humanos.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Una señora de edad —dijo miss Lemon—. Está muerta de miedo.

Y añadió, echando una ojeada a los dos sobres:

—Todo muy misterioso, y no le dice nada en absoluto.

—Sí —dijo Hércules Poirot—. Ya lo he notado.

Miss Lemon posó una vez más su mano esperanzada sobre el cuaderno de taquigrafía. Por fin, Poirot respondió:

—Dígale que será para mí un honor visitarla en el día y la hora que me indique, a no ser que prefiera venir a consultarme aquí. No escriba la carta a máquina, escríbala a mano.

—Muy bien, monsieur Poirot.

Poirot mostró el resto del correo.

—Éstas son facturas.

Las manos eficientes de miss Lemon establecieron una rápida selección entre ellas.

—Las pagaré todas menos esas dos.

—¿Por qué no esas dos? No hay error en ellas.

—Son unas firmas con las que tiene usted relaciones desde hace muy poco tiempo. No hace buen efecto pagar demasiado pronto, cuando se acaba de abrir una cuenta… parece como si estuviera

usted trabajando el terreno para conseguir un crédito más tarde.

—¡Ah! —murmuró Poirot—. Me inclino ante su superior conocimiento del comerciante británico.

—Poco habrá que yo no sepa con respecto a ellos —dijo miss Lemon con expresión torva.

La carta para miss Amelia Barrowby fue escrita y echada al correo, pero no llegaba respuesta alguna. Quizá, pensaba Hércules Poirot, la anciana señora había descubierto el misterio por sí misma. Sin embargo, le sorprendía un poco que, de ser así, no hubiera escrito unas líneas corteses, diciendo que ya no necesitaba sus servicios.

Cinco días más tarde, después de recibir las instrucciones de la mañana, dijo miss Lemon:

—Esa miss Barrowby a quien escribimos… no es extraño que no haya contestado. Ha muerto.

Hércules Poirot dijo en voz muy baja:

—¡Ah! ¿Muerta?

Sus palabras, más que una pregunta, parecían una respuesta.

Miss Lemon abrió su bolso y extrajo de él un recorte de periódico.

—Lo vi en el Metro y lo arranqué.

Aprobando mentalmente el hecho de que miss Lemon, a pesar de haber empleado la palabra *arranqué*, había cortado la noticia cuidadosamente con unas tijeras, Poirot leyó el suelto, extraído de la sección de «Nacimientos, Defunciones y Enlaces», del *Morning Post*: «El 26 de marzo falleció de repente, en Rosebank, Charman's Green, Amelia Jane Barrowby, a los setenta y tres años de edad. Se ruega no envíen flores».

Poirot lo leyó y murmuró entre dientes: «De repente». Luego dijo vivamente:

—Miss Lemon, ¿tiene usted la bondad de escribir una carta?

Miss Lemon cogió el lápiz y, meditando en las complejidades del archivo, tomó la carta en rápida y correcta taquigrafía.

Distinguida miss Barrowby:

No he recibido contestación de usted; pero como estaré por

las inmediaciones de Charman's Green el viernes, la visitaré dicho día para tratar con mayor amplitud del asunto mencionado por usted en su carta.

Atentamente, etc.

—Escriba en seguida esta carta, por favor, y si la echa inmediatamente llegará a Charman's Green de seguro esta noche.

A la mañana siguiente, el segundo correo trajo una carta en un sobre de luto.

Muy señor mío:

En contestación a su carta, he de manifestarle que mi tía, miss Barrowby, falleció el día 26. En consecuencia, el asunto de que habla ya no tiene importancia.

Atentamente,

Mary Delafontaine.

Poirot sonrió para sí.

—Ya no tiene importancia… ¡Ah! Eso ya lo veremos. *En avant*…, vamos a Charman's Green.

Rosebank era una casa que parecía hacer honor a su nombre[4], lo cual no puede decirse de muchas casas de su estilo y carácter.

Hércules Poirot se detuvo en el sendero que conducía a la puerta principal y dirigió una mirada aprobatoria a los bien trazados macizos que se extendían a ambos lados. Había rosales que prometían una buena cosecha para cuando llegara la estación y, ya en flor, narcisos, tulipanes tempraneros, jacintos azules… El último macizo estaba bordeado parcialmente por conchas.

Poirot murmuró para sí:

—¿Cómo es esa cancioncita que cantan los niños ingleses?

Di, María, la obstinada:
¿cómo crece tu jardín?
Tiene conchas, campanitas,
de doncellas un sinfín. [5]

«Puede que no haya un sinfín —pensó—; pero por lo menos aquí viene una doncella, para que se cumpla la cancioncita infantil».

La puerta principal se había abierto y una pulcra doncellita, con gorro y delantal, contemplaba indecisa el espectáculo que ofrecía un señor extranjero de grandes bigotes, hablando solo en voz alta en medio del jardín. Era, según observó Poirot, una doncellita muy mona, de redondos ojos azules y mejillas sonrosadas.

Poirot se quitó el sombrero cortésmente y se dirigió a ella:

—Perdone, ¿vive aquí miss Amelia Barrowby?

La doncellita lanzó un sonido entrecortado y sus ojos se redondearon aún más.

—¡Ay, señor! ¿No lo sabía? Se ha muerto. ¡Tan de repente! El martes por la noche.

Titubeó, luchando entre dos instintos encontrados: primero, la desconfianza hacia el extranjero, y segundo, la fruición natural de su clase en explayarse en el tema de enfermedades y muertes.

—Me sorprende usted —dijo Hércules Poirot, faltando a la verdad—. Tenía una cita para hoy con la señora. Sin embargo, quizá pueda ver a la otra señora que vive en la casa.

La doncellita pareció titubear un poco.

—¿La señora? Sí, a lo mejor podría usted verla, pero no sé si querrá recibir a nadie.

—A mí me recibirá —dijo Poirot, entregándole una tarjeta.

La autoridad con que habló surtió el efecto deseado. La doncella de mejillas rosadas se hizo a un lado y condujo a Poirot hasta un salón, situado a la derecha del vestíbulo. Luego, con la tarjeta en la mano, se fue a avisar a su señora.

Hércules Poirot miró a su alrededor. El salón era completamente convencional: en las paredes, papel color de harina de avena, con friso en el borde; cretonas de color indefinido; cojines y cortinas color rosa y profusión de chucherías y adornos. No había nada en la habitación que se destacara, que indicara la presencia de una personalidad definida.

De pronto Poirot, que era muy sensible para estas cosas, sintió que unos ojos le observaban. Giró sobre sus talones. Una chica estaba en pie en el umbral de la puerta-ventana, una chica de baja estatura, cetrina, de pelo muy negro y mirada llena de

desconfianza.

Entró en la habitación y, al tiempo que Poirot se inclinaba ligeramente ante ella, saltó bruscamente:

—¿Por qué ha venido?

Poirot no respondió. Se limitó a alzar las cejas.

—Usted no es abogado, ¿verdad?

Hablaba bien el inglés, pero nadie, ni por un momento, la hubiera tomado por inglesa.

—¿Por qué había de ser yo abogado, *mademoiselle*?

La chica se le quedó mirando con expresión sombría.

—Pensé que a lo mejor lo era. Pensé que a lo mejor había venido a decir que ella no sabía lo que hacía. He oído hablar de esas cosas; la influencia indebida le llaman, ¿verdad? Pero no es cierto. Ella quiso que el dinero fuera mío y lo será. Si es necesario, tendré un abogado propio. El dinero es mío. Ella lo dejó escrito así, y así será.

Estaba muy fea, con la barbilla hacia adelante y los ojos lanzando chispas.

La puerta se abrió y entró una mujer alta.

—Katrina —dijo.

La chica retrocedió, enrojeció, y, farfullando algo ininteligible, salió por la puerta-ventana.

Poirot se volvió hacia la recién llegada, que de modo tan eficaz había zanjado la cuestión, pronunciando una sola palabra. En su voz había habido autoridad, desprecio y una nota de ironía refinada. Poirot se dio cuenta en seguida de que aquella era la dueña de la casa, Mary Delafontaine.

—¿Monsieur Poirot? Le he escrito a usted. No habrá recibido mi carta.

—He estado fuera de Londres.

—Ah, comprendo; eso lo explica. Permita que me presente. Me llamo Delafontaine. Mi marido. Miss Barrowby era tía mía.

Míster Delafontaine había entrado tan silenciosamente que su llegada había pasado inadvertida. Era un hombre alto, de cabellos grises y aspecto indeciso. Se acariciaba la barbilla con movimientos nerviosos. Con frecuencia miraba a su mujer y era evidente que dejaba que ella llevara la voz cantante en las conversaciones.

—Siento mucho molestarles en medio de su aflicción —dijo Hércules Poirot.

—Ya comprendo que no ha sido culpa suya —dijo mistress Delafontaine—. Mi tía murió la tarde del martes. Fue de lo más inesperado.

—De lo más inesperado —dijo míster Delafontaine—. Un gran golpe.

Sus ojos estaban fijos en la puerta-ventana, por donde había desaparecido la chica extranjera.

—Les pido perdón —dijo Hércules Poirot—, y me retiro.

Dio un paso en dirección a la puerta.

—Un momento —dijo míster Delafontaine—. ¿Dice usted que tenía…, ejem…, una cita con tía Amelia?

—*Parfaitement.*

—Si nos dijera usted de qué se trataba —dijo su esposa—, quizá pudiéramos ayudarle.

—Se trataba de un asunto reservado —dijo Poirot—. Soy detective —añadió sencillamente.

Míster Delafontaine tiró una figurita de porcelana que tenía en la mano. Su esposa parecía perpleja.

—¿Un detective? ¿Y tenía usted una cita con la tía? ¡Qué cosa más extraordinaria! —se quedó mirando fijamente a Poirot—. ¿No puede usted decirnos nada más, monsieur Poirot? Todo esto es… fantástico.

Poirot guardó silencio durante algunos segundos. Cuando habló, lo hizo escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Es difícil para mí, señora, saber lo que debo hacer.

—Diga —dijo míster Delafontaine—. No mencionó a los rusos, ¿verdad?

—¿A los rusos?

—Sí, ya me entiende…, bolcheviques, rojos, etcétera.

—No seas absurdo, Henry —dijo su mujer.

Delafontaine se disculpó muy turbado:

—Perdón…, perdón… Tenía curiosidad.

Mary Delafontaine miró abiertamente a Poirot. Sus ojos eran muy azules, del color de las miosotis.

—Si puede usted decirnos algo, monsieur Poirot, le agradecería

mucho que lo hiciera. Le aseguro que tengo…, tengo motivos para pedírselo.

Míster Delafontaine se mostró alarmado.

—Ten cuidado…, ya sabes que a lo mejor no hay nada cierto en todo ello.

De nuevo la esposa le detuvo con una mirada.

—¿Qué dice usted, monsieur Poirot?

Lentamente, con gravedad, Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo. Lo hizo con gran pesar, pero lo hizo.

—Por el momento, señora —dijo—, lamento no poder decir nada.

Se inclinó, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta. Mary Delafontaine le acompañó al vestíbulo. En el peldaño, Poirot se detuvo y la miró.

—Parece que tiene usted gran afición a su jardín, ¿no es así, señora?

—¿Al jardín? Sí, le dedico mucho tiempo.

—*Je vous fait mes compliments*.

Se inclinó de nuevo y se dirigió a la verja a grandes pasos. Al cruzar la verja y torcer hacia la derecha, miró hacia atrás y su mente anotó dos impresiones: un rostro cetrino que le observaba desde una ventana del primer piso y un hombre erguido, de porte militar, que se paseaba de arriba abajo por el otro lado de la calle.

Hércules Poirot se dijo para sus adentros:

«Decididamente, aquí hay gato encerrado. ¿Qué haremos para cogerlo?».

Después de considerar la cuestión, se dirigió a la oficina de Correos más próxima. Desde allí hizo dos llamadas telefónicas, cuyo resultado pareció satisfacerle. Dirigió sus pasos al cuartelillo de Policía de Charman's Green, donde preguntó por el inspector Sims.

El inspector Sims era un hombre cordial, alto y corpulento.

—¿Monsieur Poirot? —preguntó—. Me lo pareció. Me acaba de llamar el jefe hace un momento para hablarme de usted. Dijo que se pasaría usted por aquí. Venga a mi despacho.

Una vez cerrada la puerta, el inspector señaló una butaca a Poirot, se acomodó en otra y volvió hacia su visitante una mirada llena de curiosidad.

—¡No pierde usted el tiempo, monsieur Poirot! Viene usted a vernos acerca del caso de Rosebank casi antes de que sepamos que existe semejante caso. ¿Qué fue lo que le metió a usted en esto?

Poirot sacó la carta que había recibido y se la entregó al inspector. Este último la leyó con cierto interés.

—Interesante —dijo—. Lo malo es que puede significar tantas cosas… Es una pena que no haya sido un poco más explícita. Nos hubiera ayudado ahora.

—O quizá no hubiera habido necesidad de su ayuda.

—¿Quiere usted decir…?

—Puede que hubiera estado viva.

—Va usted tan lejos como todo eso, ¿eh? ¡Hum! No digo que no tenga usted razón.

—Le ruego, inspector, que me haga usted una relación de los hechos. No sé nada en absoluto.

—Muy fácil. La vieja señora se puso mala el martes por la noche, después de cenar. Muy alarmante: convulsiones, espasmos y todas esas cosas. Llamaron al médico. Cuando llegó, estaba muerta. Parecía que había muerto de un ataque. Bueno, al médico no le gustó mucho el aspecto que presentaban las cosas. Tartamudeó un poco y doró la píldora lo que pudo, pero dio a entender muy claramente que no podía extender un certificado de defunción. Y en cuanto respecta a la familia, esto es todo lo que hay. Están esperando el resultado de la autopsia. Nosotros hemos llegado un poco más lejos. El médico nos informó confidencialmente en seguida (él y el cirujano de la Policía hicieron juntos la autopsia) y el resultado no deja lugar a dudas. La señora murió a consecuencia de una fuerte dosis de estricnina.

—¡Ah!

—Eso es. Un asunto muy feo. El caso es saber quién le dio la estricnina. Deben de habérsela dado muy poco antes de su muerte. Al principio creímos que se la habían suministrado con la cena, pero, francamente, parece que hay que desechar esa idea. Comieron sopa de alcachofas, servida de una sopera, pastelón de pescado y tarta de manzana. Una cena frugal.

—¿Quiénes eran los comensales?

—Miss Barrowby y míster y mistress Delafontaine. Miss

Barrowby tenía una especie de enfermera y señorita de compañía, una chica medio rusa, pero no comía con la familia. Después de retirar la comida de la mesa, la chica comió de lo mismo. Tienen una muchacha, pero era su noche libre. Dejó en el horno la sopa y el pastelón de pescado. La tarta de manzana era fría. Los tres comieron lo mismo y, aparte de eso, no creo que sea posible hacer tragar estricnina a nadie de ese modo. La estricnina es amarga como la hiel. Me dijo el médico que puede notarse su sabor en una solución de uno por mil, o algo por el estilo.

—¿Y con café?

—Con café es más fácil, pero la señora no tomaba nunca café.

—Ya comprendo. Sí, parece un punto muy difícil de aclarar. ¿Qué bebió con la comida?

—Agua.

—Vamos de mal en peor.

—Sí, es un verdadero lío.

—¿Tenía dinero la señora?

—Creo que estaba muy bien. Claro que todavía no conocemos los detalles concretos. Tengo entendido que los Delafontaine están bastante mal de dinero. La señora ayudaba a sostener la casa.

Poirot sonrió.

—¿De modo que sospecha usted de los Delafontaine? —preguntó —. ¿De cuál de ellos?

—No quiero decir precisamente que sospeche de ninguno de los dos en particular. Pero ahí tiene usted, son sus únicos parientes cercanos y su muerte les proporciona una bonita cantidad de dinero, estoy seguro. ¡Ya sabe cómo es la naturaleza humana!

—Algunas veces, inhumana; sí, muy cierto. ¿Y no tomó ni bebió nada más la anciana?

—Bueno, a decir verdad…

—¡Ah, *voilá*! Me parecía que tenía usted algo dentro de la manga, como dicen ustedes los ingleses…, la sopa, el pastel de pescado, la tarta de manzana… a *betise!* Ahora llegamos al centro de la cuestión.

—No lo sé. Pero lo cierto es que la anciana tomaba unos sellos antes de las comidas. Ya me entiende, no eran píldoras, ni tabletas, sino unas de esas cajitas de papel de arroz con unos polvos dentro.

Era una medicina completamente inofensiva, para la digestión.

—Admirable. Nada más fácil que llenar uno de los sellos con estricnina y sustituirlo por uno de los otros. Pasa por la garganta con un poco de agua y no se nota el sabor.

—Eso es. Lo malo es que fue la chica la que se lo dio.

—¿La chica rusa?

—Sí. Katrina Rieger. Era una especie de criada, enfermera y señorita de compañía de miss Barrowby. Creo que no la dejaba en paz: tráeme esto, tráeme lo otro, tráeme lo de más allá; frótame la espalda, sírveme la medicina, vete corriendo a la farmacia…, ese plan. Ya sabe usted lo que son esas señoras mayores, tienen buenas intenciones, pero lo que necesitan en realidad es una esclava negra.

Poirot sonrió.

—Y así estamos —continuó el inspector Sims—. No encaja muy bien que digamos. ¿Por qué iba a envenenarla la chica? Muerta miss Barrowby, se queda sin trabajo, y no es tan fácil encontrar empleo; no tiene preparación especial, ni nada de eso.

—Sin embargo —sugirió Poirot—, si la caja de los sellos no estaba guardada, cualquiera de la casa pudo tener oportunidad de realizar la sustitución.

—Naturalmente, estamos en eso, monsieur Poirot. No tengo reparo en confesarle que estamos haciendo averiguaciones… discretamente, claro. Cuándo fue preparada la medicina, dónde la guardaban de costumbre… Con paciencia y mucho trabajo pesado y oscuro conseguiremos lo que buscamos. Luego está también el abogado de miss Barrowby. Mañana tengo una entrevista con él. Y el director del Banco. Todavía hay mucho que hacer.

Poirot se levantó.

—Voy a pedirle un favor, inspector Sims: que me tenga al corriente de cómo marcha el asunto. Lo consideraré como un gran favor. Éste es mi teléfono.

—¡No faltaba más, monsieur Poirot! Cuatro ojos ven más que dos; además, habiendo recibido la carta, tenía usted que estar en el asunto.

—Me abruma usted, inspector.

Cortésmente, Poirot estrechó la mano del inspector y se marchó.

* * *

Al día siguiente por la tarde le llamaron por teléfono.

—¿Es usted, monsieur Poirot? Le habla el inspector Sims. Parece que aquel asuntillo que sabemos usted y yo se va animando.

—¿De verdad? Cuénteme, se lo ruego…

—Bueno, ahí va el artículo número uno…, y bastante importante, por cierto. Miss B dejó un pequeño legado a su sobrina y todo lo demás a K. En consideración a su gran bondad y atenciones para con ella…, así es como se expresa. Eso cambia el aspecto de las cosas totalmente, a mi juicio.

Ante la mente de Poirot se presentó una escena: un rostro sombrío y una voz apasionada que decía:

«El dinero es mío. Ella lo ha escrito así, y así será».

El legado no iba a constituir una sorpresa para Katrina; tenía conocimiento de él con anticipación.

—Artículo número dos —continuó la voz del inspector Sims—. Nadie más que K anduvo con el sello.

—¿Está usted seguro de eso?

—La propia chica no lo niega. ¿Qué opina usted de eso?…

—Es sumamente interesante.

—Sólo necesitamos una cosa más…, pruebas de cómo llegó a sus manos la estricnina. No creo que sea difícil.

—Pero ¿hasta ahora no ha tenido éxito?

—Acabo de empezar, como quien dice. La encuesta tuvo lugar esta mañana.

—¿Qué ocurrió en ella?

—Se aplazó por una semana.

—¿Y la señorita… K?

—Voy a detenerla por sospechosa. No quiero correr riesgos. Puede que tenga amigos en el país que traten de sacarla de esto.

—No —dijo Poirot—. No creo que tenga ningún amigo.

—¿De verdad? ¿Qué le hace decir a usted eso, monsieur Poirot?

—Es sólo una idea mía. ¿No hay más «artículos», como usted los llama?

—Nada que tenga mucha relación con el caso. Parece que miss B

había hecho algunas tonterías últimamente con sus valores…, debe de haber perdido una suma bastante elevada. Es un asunto un poco raro, pero no veo que tenga mucho que ver con el problema principal…, por el momento, al menos.

—No, puede que esté usted en lo cierto. Bueno, muchas gracias. Ha sido usted muy amable en telefonearme.

—Nada de eso. Soy un hombre de palabra y comprendí que estaba usted interesado. Quién sabe, puede que me eche usted una mano antes de terminar este asunto.

—Eso sería para mí un gran placer. Por ejemplo, podría ayudarle a usted si consiguiera dar con un amigo de Katrina.

—¿No había dicho usted que no tenía amigos? —preguntó el inspector Sims, sorprendido.

—Estaba equivocado —dijo Hércules Poirot—. Tiene un amigo.

Antes que el inspector pudiera hacer más preguntas, Poirot colgó.

Con expresión grave se encaminó a la habitación donde miss Lemon escribía a máquina. Al acercarse su jefe, miss Lemon levantó las manos del teclado y le miró interrogante.

—Quiero que se imagine usted una pequeña historia —dijo Poirot.

Miss Lemon dejó caer las manos en su regazo, en actitud resignada. Le gustaba escribir a máquina, pagar cuentas, archivar y anotar los compromisos de su jefe. Que le pidieran que se imaginase en situaciones hipotéticas le aburría mucho, pero lo aceptaba como parte desagradable de su trabajo.

—Es usted una muchacha rusa —empezó Poirot.

—Sí —dijo miss Lemon con aire sumamente británico.

—Está usted sola y sin amigos en este país. Tiene usted razones para no desear volver a Rusia. Está usted empleada como una especie de esclava enfermera y señorita de compañía de una señora de edad. Es usted humilde y paciente.

—Sí —dijo miss Lemon, obediente, pero completamente incapaz de imaginarse a sí misma en actitud humilde ante ninguna señora.

—La anciana le coge cariño a usted. Decide dejarle su dinero y así se lo comunica.

Poirot hizo una pausa.

Miss Lemon dijo «sí» una vez más.

—Y entonces, la anciana descubre algo. Puede que sea un asunto de dinero; que se haya dado cuenta de que usted no ha sido honrada con ella. O puede que sea más grave todavía: una medicina que tenía un gusto raro, una comida que sienta mal… Bueno, el caso es que empieza a sospechar de usted y escribe a un detective muy famoso…, *en fin*, el más famoso de todos los detectives, ¡a mí! Tengo que ir a visitarla poco después. Y entonces, como dicen ustedes los ingleses, la grasa está en el fuego, el peligro es inminente. Hay que obrar con rapidez. Y así, cuando el gran detective llega la anciana está muerta. Y el dinero va a parar a usted… Dígame ¿le parece razonable?

—Muy razonable —dijo miss Lemon—. Quiero decir, muy razonable para una rusa. Yo, personalmente, nunca me emplearía de señorita de compañía. Me gusta que mis obligaciones estén bien definidas. Y, naturalmente, nunca se me ocurriría asesinar a nadie.

Poirot suspiró.

—¡Cómo echo de menos a mi amigo Hastings! ¡Tenía tanta imaginación y una mentalidad tan romántica! Bien es verdad que siempre se equivocaba, pero eso en sí mismo era una guía.

Miss Lemon permaneció en silencio. Ya había oído hablar otras veces del capitán Hastings y no le interesaba el tema. Dirigió una mirada melancólica a la hoja mecanografiada que tenía ante ella.

—¡De modo que le parece a usted razonable! —murmuró Poirot.

—¿A usted no?

—Me temo que sí —suspiró Poirot.

Sonó el teléfono y miss Lemon salió de la habitación para contestarlo. Cuando volvió, dijo:

—Otra vez el inspector Sims.

Poirot corrió al aparato. Escuchó lo que decía el inspector y exclamó:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Sims repitió su declaración.

—Hemos encontrado un paquete de estricnina en la habitación de la chica, escondido debajo del colchón. Acaba de llegar el sargento con la noticia. Podemos decir que esto liquida la cuestión.

—Sí —dijo Poirot—. Creo que el asunto está liquidado.

Su voz había cambiado; parecía de pronto llena de confianza.

—Había algo que estaba mal —murmuró para sí—. Lo sentí… no, no lo sentí. Debe de haber sido algo que vi. *En avant*, pequeñas células grises. Meditad, reflexionad. ¿Era todo lógico, estaba todo en orden? La chica, su ansiedad respecto al dinero; mistress Delafontaine; su marido…, su referencia a los rusos…, una imbecilidad, pero bueno, él es un imbécil; la habitación, el jardín… ¡Ah! Sí, el jardín.

Se enderezó, muy rígido. En sus ojos apareció la luz verde. Se puso en pie de un salto y se dirigió a la habitación contigua.

—Miss Lemon, ¿tiene usted la bondad de dejar lo que está haciendo y hacer una investigación?

—¿Una investigación, monsieur Poirot? No creo que valga…

Poirot la interrumpió.

—Dijo usted un día que conocía muy bien a los comerciantes.

—Desde luego que sí —dijo miss Lemon con seguridad en sí misma.

—Entonces el asunto es sencillo. Tiene usted que ir a Charman's Green y encontrar a un pescadero.

—¿A un pescadero? —preguntó miss Lemon, sorprendida.

—Exacto. El pescadero que servía el pescado a Rosebank. Cuando lo encuentre usted, le preguntará una cosa.

Poirot le entregó un papel. Miss Lemon lo cogió, leyó lo que había escrito en él sin mostrar interés, hizo una señal de asentimiento y cubrió la máquina con su funda.

—Iremos juntos a Charman's Green —dijo Poirot—. Usted al pescadero, y yo al cuartelillo de Policía. Tardaremos una media hora desde Baker Street.

Al llegar a su destino fue recibido por el sorprendido inspector Sims.

—Vaya, trabaja usted deprisa, monsieur Poirot. No hace más de una hora que le hablé por teléfono.

—Tengo que pedirle una cosa: que me deje ver a esa chica, Katrina… ¿Cómo dice que se llama?

—Katrina Rieger. Bueno; no creo que haya nada que lo impida.

Katrina parecía más cetrina y sombría que nunca. Poirot le habló muy amablemente.

—*Mademoiselle*, quiero que se convenza de que no soy enemigo suyo. Quiero que me diga usted la verdad y toda la verdad.

Los ojos de Katrina chispearon, retadores.

—He dicho la verdad. ¡He dicho la verdad a todo el mundo! ¡Si a la señora la envenenaron, yo no he sido! Todo esto es una equivocación. Usted quiere quitarme el dinero.

Hablaba con voz ronca. Parecía, pensó Poirot, una pobre ratita acorralada.

—Háblame del sello, *mademoiselle* —continuó Poirot—. ¿Nadie salvo usted anduvo con él?

—Ya lo he dicho, ¿no? Los habían preparado aquella tarde en la farmacia. Los llevé a casa en mi bolso…, muy poco antes de la cena. Abrí la caja y le di uno a mistress Barrowby, con un vaso de agua.

—¿Nadie los tocó salvo usted?

—Nadie.

¿Una rata acorralada…, pero valiente quizá?

—Y miss Barrowby cenó únicamente lo que nos han dicho: la sopa, el pastel de pescado y la tarta, ¿verdad?

—Sí.

Fue un «sí» desesperado. Sus ojos oscuros no veían luz en ninguna parte.

Poirot le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tenga valor, *mademoiselle*. Todavía puede usted ser libre…, sí, y rica…, una vida cómoda.

Ella le miró con desconfianza.

Al salir, Sims le dijo:

—No entendí bien lo que me dijo por teléfono…, algo sobre un amigo que tenía la chica.

—Tiene uno. ¡Yo! —dijo Hércules Poirot, y antes que el inspector pudiera recobrarse, había salido del cuartelillo de Policía.

En el salón de té del Gato Verde, miss Lemon no hizo esperar a su jefe, sino que fue directamente al asunto.

—El hombre se llama Rudge y tiene la pescadería en Hing Street. Tenía usted razón: exactamente docena y media. He tomado nota de lo que dijo.

Y le entregó la nota.

Poirot lanzó un sonido profundo, semejante al ronroneo de un

gato.

* * *

Hércules Poirot se encaminó a Rosebank. Estaba parado en el jardín, con el sol poniéndose a su espalda, cuando Mary Delafontaine se le acercó.

—¿Monsieur Poirot? —su voz denotaba sorpresa—. ¿Ha vuelto usted?

—Sí; he vuelto —Poirot hizo una pausa y luego dijo—: Cuando vine aquí por primera vez, señora, me vino a la mente la rima infantil:

Di, María, la obstinada:
¿cómo crece tu jardín?
Tiene conchas, campanitas,
de doncellas un sinfín.

—Sí; tiene conchas, conchas de ostras, ¿verdad, madame?

Señaló con la mano en determinada dirección.

Ella contuvo la respiración, quedándose luego muy quieta. Sus ojos miraron a Poirot con expresión interrogante.

Él asintió.

—*Mais oui*! ¡Lo sé todo! La muchacha dejó la comida preparada. Ella, lo mismo que Katrina, jurará que no comieron ustedes otra cosa. Sólo usted y su esposo saben que le trajeron una docena y media de ostras, un regalito *pour la bonne tante*. ¡Es tan fácil poner estricnina en una ostra! Se traga, *comme ça*! Pero quedan las conchas. No deben echarse al cubo. La criada las hubiera visto. Y entonces pensó usted en bordear con ellas uno de los macizos. Pero no había las suficientes; el borde no está completo. Hace mal efecto, estropea la simetría del jardín, encantador, a no ser por ese detalle. Esas pocas conchas de ostras producen una nota discordante… Me desagradaron cuando vine aquí por vez primera.

Mary Delafontaine dijo:

—Supongo que lo habrá adivinado usted por la carta. Sabía que

había escrito, pero no sabía cuánto había dicho.

Poirot contestó evasivo:

—Sabía por lo menos que se trataba de un asunto de familia. Si se hubiera tratado de Katrina, no habría motivo para echar tierra al asunto. Me figuro que usted o su esposo negociaron los valores de miss Barrowby en provecho propio y que ella lo descubrió…

Mary Delafontaine asintió.

—Hacía años que lo veníamos haciendo…, un poco de aquí y otro poco de allá. Nunca me di cuenta de que fuera lo bastante lista para enterarse. Y entonces me enteré de que había mandado llamar a un detective y de que le dejaba el dinero a Katrina…, ¡esa miserable!

—Y entonces puso la estricnina en el cuarto de Katrina. Comprendo. Se salvaba usted y salvaba a su marido de lo que yo pudiera descubrir y cargaba a una chiquilla inocente con la culpa de un asesinato. ¿No tiene usted piedad, señora?

Mary Delafontaine se encogió de hombros… Sus ojos color miosotis miraban a Poirot. Él recordó su primera visita, la perfecta actuación de Mary Delafontaine y las torpes intervenciones de su marido. Una mujer superior…, pero inhumana.

—¿Piedad? ¿Por esa miserable intrigante? —dijo ella, dando rienda suelta a su odio.

Hércules Poirot dijo lentamente:

—Creo, señora que sólo ha tenido usted dos afectos en su vida. Uno es su marido.

Los labios de Mary Delafontaine temblaron.

—Y el otro…, su jardín.

Poirot miró en torno suyo. Su mirada parecía pedir perdón a las flores por lo que había hecho y por lo que iba a hacer.

IRIS AMARILLO

Hércules Poirot extendió los pies hacia el radiador eléctrico empotrado en la pared. La correcta disposición de sus barras al rojo vivo complacía a su mente ordenada.

«Los fuegos de carbón —murmuró para sí— eran irregulares y desordenados. No había en ellos la menor simetría».

Sonó el timbre del teléfono. Poirot se levantó, echando al hacerlo una ojeada al reloj. Eran casi las once y media. Se preguntó quién podría llamarle a aquellas horas. Podía ser una equivocación, desde luego.

«Y también —murmuró para sí, sonriendo de modo extraño— podría tratarse de un millonario, propietario de un periódico, que ha sido encontrado muerto en la biblioteca de su casa de campo, agarrando con la mano izquierda una orquídea morada y con una página de un libro de cocina prendida en el pecho».

Sonriendo ante la agradable idea, descolgó el auricular.

Por el hilo llegó una voz de mujer, áspera y contenida, que hablaba con urgencia desesperada.

—¿Es usted monsieur Poirot? ¿Es usted monsieur Hércules Poirot?

—Hércules Poirot al habla.

—Monsieur Poirot, ¿puede usted venir en seguida, en seguida? Estoy en peligro, en un gran peligro…, lo sé…

Poirot dijo vivamente:

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde habla?

La voz se oyó aún más débil, pero con mayor urgencia.

—En seguida…, es cuestión de vida o muerte… El Jardín des Cygnes…, en seguida…, la mesa de los iris amarillos.

Luego una pausa, una especie de sonido entrecortado, y la línea

se cortó. Hércules Poirot colgó. Estaba desconcertado.

—Aquí hay algo muy extraño —murmuró entre dientes.

* * *

En el umbral del Jardín des Cygnes, el obeso Luigi se le acercó apresuradamente.

—*Buona sera*, monsieur Poirot. ¿Quiere usted una mesa? ¿Sí?

—No, no, amigo Luigi. Estoy buscando a unos amigos. Echaré un vistazo. Puede que no hayan llegado todavía. Ah, espere, aquella mesa del rincón, la de los iris amarillos… Entre paréntesis, una pregunta, si no es indiscreción. En todas las demás mesas hay tulipanes, tulipanes rosas; ¿por qué tiene usted iris amarillos en aquella mesa?

—¡Una orden, *monsieur*! ¡Una orden especial! Sin duda alguna, serán las flores favoritas de alguna de las señoras. Aquella mesa es la de míster Barton Russell, un norteamericano inmensamente rico.

—¡Aja! Hay que tener en cuenta los caprichos de las damas, ¿no es así, Luigi?

—*Monsieur* lo ha dicho —dijo Luigi.

—Veo en aquella mesa un conocido mío. Tengo que ir a saludarle.

Poirot bordeó con cuidado la pista, en la que giraban las parejas. La mesa en cuestión estaba dispuesta para seis, pero en aquel momento la ocupaba una sola persona, un joven pensativo, y al parecer deprimido, que estaba bebiendo champaña.

Poirot nunca hubiera pensado en encontrar allí a esa persona. Parecía imposible asociar la idea de peligro y melodrama con ninguna reunión en la que Tony Chapell se hallara presente.

Poirot se detuvo discretamente junto a la mesa.

—¡Vaya! ¿No es mi amigo Anthony Chapell?

—Pero ¡qué sorpresa más estupenda! ¡Poirot, el sabueso! —exclamó el joven—. ¡Anthony no, querido Poirot; Tony para los amigos! Le acercó una silla.

—Venga, siéntese conmigo. Disertemos sobre el crimen. Vayamos aún más lejos, y bebamos en honor del crimen —llenó de

champaña una copa vacía—. Pero ¿qué hace usted en este nido de cante, baile y esparcimiento, mi querido Poirot? No tenemos cadáveres aquí; decididamente, no podemos ofrecerle ni un solo cadáver.

Poirot bebía el champaña a pequeños sorbos.

—Parece usted muy alegre, *mon cher*.

—¿Alegre? Estoy hundido en la desgracia, sumido en la melancolía. Dígame, ¿reconoce esa canción que están tocando?

Poirot aventuró con cautela:

—¿Algo relacionado con que su chica le ha dejado?

—No está mal —dijo el joven—. Pero se ha equivocado por esta vez. «No hay nada como el amor para hacerle a uno desgraciado». Así se llama.

—¡Ah!

—Mi canción preferida —dijo Tony Chapell en tono lastimero—. Y mi restaurante preferido, y mi orquesta preferida… Y mi chica preferida está aquí bailando con otro.

—¿Y de ahí proviene la melancolía? —preguntó Hércules Poirot.

—Exacto. Pauline y yo hemos tenido lo que el vulgo llama «unas palabras». Es decir, de cada cien palabras, ella ha dicho noventa y cinco y yo cinco. Las cinco mías eran: «Pero, ¡querida, yo te explicaré!». Luego empezaba ella con sus noventa y cinco y no adelantamos nada. Creo —añadió Tony tristemente— que me voy a envenenar.

—¿Pauline? —preguntó Poirot.

—Pauline Weatherby, la cuñada de Barton Russell. Es joven, encantadora y repugnantemente rica. Esta noche nos ha invitado a cenar Barton Russell. ¿Le conoce usted? Un gran hombre de negocios, un norteamericano muy pulido, muy activo y con mucha personalidad. Su mujer era hermana de Pauline.

—¿Y quiénes más están invitados?

—Los conocerá usted dentro de un momento, cuando pare la música. Está Lola Valdez…, ya sabe, la bailarina sudamericana del nuevo espectáculo del Metropole, y Stephen Carter. ¿Conoce a Carter? Pertenece al grupo diplomático. Muy misterioso. Le llaman Stephen el Silencioso. Uno de esos hombres que dicen: «No estoy autorizado a declarar, etcétera». Vaya, aquí vienen.

Poirot se puso en pie. Le presentaron a Barton Russell, a Stephen Carter, a Lola Valdez, una mujer morena y melosa, y a Pauline Weatherby, muy joven, muy rubia y con ojos muy azules.

Barton Russell dijo:

—Vaya; pero ¿es usted el gran Hércules Poirot? Me siento verdaderamente satisfecho de conocerle, señor. ¿No se quiere sentar con nosotros? Es decir, a menos que…

Tony Chapell interrumpió:

—Creo que tiene una cita con un cadáver, ¿o se trata del financiero fugitivo o del gran rubí del raja de Borrioboolagah?

—Pero, amigo mío, ¿cree usted que siempre estoy de servicio? ¿No puedo tratar de divertirme por una vez en mi vida?

—Quizá tenga usted una cita con Carter. Últimas noticias de las Naciones Unidas. La situación internacional es muy crítica. ¡Hay que encontrar los planos robados, o mañana será declarada la guerra!

Pauline Weatherby dijo cortante:

—¿Es necesario que hagas el idiota de ese modo, Tony?

—Lo siento, Pauline.

Tony Chapell, cabizbajo, se hundió de nuevo en el silencio.

—Qué severa es usted, *mademoiselle*.

—Me revienta la gente que se pasa la vida haciendo el tonto.

—Tengo que tener cuidado, ya lo veo. Debo conversar únicamente sobre asuntos serios.

—¡Oh, no, monsieur Poirot! No me refería a usted.

Volvió hacia él su rostro sonriente y preguntó:

—¿Es usted en realidad una especie de Sherlock Holmes que hace deducciones maravillosas?

—¡Ah, las deducciones! No es tan fácil hacerlas en la vida real. Pero lo intentaré. Vamos a ver, deduzco… que los iris amarillos son sus flores favoritas.

—Se ha equivocado, monsieur Poirot. Mis flores favoritas son los lirios del valle y las rosas.

Poirot suspiró.

—Fracasé. Lo intentaré otra vez. Esta noche, no hace mucho tiempo, telefoneó usted a alguien.

Pauline aplaudió, riéndose.

—Cierto.

—No fue mucho después de haber llegado aquí, ¿verdad, *mademoiselle*?

—Cierto también. Telefoneé nada más llegar al restaurante.

—¡Ah, eso ya no está tan bien! ¿Telefoneó usted *antes* de venir a la mesa?

—Sí.

—Muy mal, decididamente.

—No, no; ha sido muy hábil por su parte. ¿Cómo supo usted que había telefoneado?

—Eso, *mademoiselle,* es el gran secreto del detective. Y el nombre de la persona a quien telefoneó, ¿empieza con P… o quizá con H?

Pauline se rió.

—Completamente falso. Telefoneé a mi doncella para que echara al correo unas cartas particularmente importantes que me había olvidado de echar yo. Se llama Louise.

—Estoy abochornado, completamente abochornado.

La música empezó a sonar de nuevo.

—¿Vamos, Pauline? —preguntó Tony.

—No quiero volver a bailar tan pronto, Tony.

—¿No es una lástima? —dijo Tony amargamente, sin dirigirse a nadie en particular.

Poirot murmuró a la joven sudamericana sentada a su otro lado:

—Señora, no me atrevo a pedirle que baile conmigo. Soy una antigualla.

Lola Valdez dijo, con notorio acento extranjero:

—¡No diga usted tonterías! Es usted joven todavía. No tiene usted canas.

Poirot hizo una mueca de escepticismo.

—Pauline, como cuñado tuyo y tu tutor —dijo Barton Russell lentamente—, te voy a obligar a salir a la pista. Están tocando un vals, y el vals es lo único que sé bailar.

—Claro, Barton; vamos en seguida.

—Así me gusta, Pauline; eres una chica estupenda.

Se marcharon juntos. Tony echó hacia atrás su silla y miró a Stephen Carter.

—¡Cómo te gusta hablar, amiguito! —observó—. Eres un buen

elemento para animar una fiesta con tu alegre charloteo, ¿eh?

—La verdad, Chapell, no sé qué quieres decir.

—Ah, ¿conque no lo sabes? —Tony se puso a remedarlo.

—Bueno, amigo…

—Bebe, hombre, bebe, ya que no hablas.

—No; gracias.

—Entonces beberé yo.

Stephen Carter se encogió de hombros.

—Perdonen, voy a hablar con un conocido que veo allí. Uno que estaba conmigo en Eton[6].

Stephen Carter se levantó, dirigiéndose a una mesa un poco más lejos.

Tony dijo, sombrío:

—Debían ahogar al nacer a todos los ex etonianos.

Hércules Poirot seguía galanteando a la belleza morena que tenía a su lado.

—¿Puedo preguntar —murmuró— cuáles son las flores preferidas de *mademoiselle*?

Lola, traviesa, preguntó con su inconfundible acento extranjero:

—Vaya, ¿para qué quiere saberlo?

—*Mademoiselle*, cuando envío flores a una dama tengo mucho interés en que le gusten.

—Es usted encantador, monsieur Poirot. Se lo diré…: me encantan los claveles grandes, color rojo oscuro, o las rosas del mismo color.

—¡Soberbio, sí, soberbio! ¿De modo que no le gustan los iris amarillos?

—¿Flores amarillas?… No; no están de acuerdo con mi temperamento.

—Muy inteligente… Dígame, *mademoiselle*, ¿telefoneó usted a algún amigo esta noche después de llegar aquí?

—¿Yo? ¿Que si telefoneé a un amigo? No. ¡Qué pregunta más curiosa!

—¡Ah, es que yo soy un hombre muy curioso!

—Estoy segura de que lo es —giró hacia él sus ojos oscuros—. Y muy peligroso.

—No, no; peligroso, no. Digamos mejor un hombre que puede

ser útil… en el peligro. ¿Entiende?

—No, no —dijo sin dejar de reír—. Es usted peligroso.

Hércules Poirot suspiró.

—Ya veo que no comprende usted. Todo esto es muy extraño.

Tony salió de su abstracción, y dijo de pronto:

—Lola, ¿qué te parece un poco de balanceo? Vamos.

—Sí, vamos. Ya que a monsieur Poirot le falta valor.

Tony pasó un brazo alrededor de Lola y, alejándose, dijo a Poirot por encima del hombro:

—Puede usted meditar en un crimen que todavía no ha sido cometido.

Poirot dijo:

—Muy profundo lo que acaba de decir. Sí, muy profundo…

Permaneció pensativo un minuto o dos; luego hizo una seña con la mano. Luigi se acercó presuroso, su ancho rostro italiano todo sonrisas.

—*Mon vieux* —dijo Poirot—. Necesito cierta información.

—Siempre a su disposición, *monsieur*.

—Deseo saber cuántas personas, de las que ocupan esta mesa, utilizaron el teléfono esta noche.

—Se lo voy a decir, *monsieur*. La señorita, la de blanco, telefoneó en seguida que llegó. Luego fue a dejar su abrigo, y mientras tanto la otra señora salió del guardarropa y fue a la cabina del teléfono.

—¿De modo que la señora telefoneó? ¿*Antes* de entrar en el restaurante?

—Sí, *monsieur*.

—¿Alguien más telefoneó?

—No, *monsieur*.

—Todo esto, Luigi, me da muchísimo que pensar.

—¿De verdad, *monsieur*?

—Sí. Creo, Luigi, que *esta noche precisamente* tengo que estar muy alerta. *Algo* va a ocurrir, Luigi, y no sé bien lo que es.

—Si puedo hacer algo, *monsieur*…

Poirot hizo una seña y Luigi se marchó discretamente. Stephen Carter regresaba a la mesa.

—Seguimos abandonados, míster Carter —dijo Poirot.

—¡Ah…, sí, bien! —dijo el otro.

—¿Conoce usted mucho a míster Barton Russell?

—Sí; lo conozco mucho.

—Su cuñada, la pequeña miss Weatherby, es encantadora.

—Sí; muy bonita.

—¿También la conoce bien?

—Muy bien.

—Bien, bien —dijo Poirot.

Carter se le quedó mirando.

La orquesta dejó de tocar y los demás volvieron a la mesa.

Barton Russell pidió al camarero:

—Otra botella de champaña, pronto.

Luego alzó su copa.

—Escuchen todos. Voy a pedirles que brinden conmigo. A decir verdad, tenía un motivo para reunirles a ustedes esta noche. Como saben, pedí mesa para seis. Sólo éramos cinco. Quedaba un sitio vacío. Entonces, por una coincidencia muy extraña, monsieur Hércules Poirot acertó a pasar por aquí y le pedí que se sentara con nosotros. No saben ustedes todavía lo afortunada que ha sido esta coincidencia. Este asiento vacío representa esta noche a una señora, la señora en cuya memoria se celebra esta reunión. Esta reunión, señoras y caballeros, se celebra en memoria de mi querida esposa, Iris, muerta tal día como hoy, hace exactamente cuatro años.

Alrededor de la mesa hubo un movimiento de sorpresa. Barton Russell, con el rostro impasible, alzó su copa.

—Les ruego que beban en memoria de ella. ¡Por Iris!

—¿Iris? —dijo Poirot vivamente.

Miró a las flores. Barton Russell sorprendió su mirada y asintió con un movimiento de cabeza.

Se oyeron varios murmullos.

—¡Por Iris! ¡Por Iris!

Todos parecían sorprendidos y molestos.

Barton Russell continuó hablando con su entonación americana, lenta y monótona, en la que cada palabra adquiría gran importancia.

—Puede que les parezca extraño a todos ustedes que celebre el aniversario de una muerte de este modo, cenando en un restaurante elegante. Pero tengo una razón para hacerlo… Sí; tengo una razón.

En atención a monsieur Poirot, me explicaré.

Se volvió hacia Poirot.

—Hace cuatro años, monsieur Poirot, celebramos una cena en Nueva York. Nos habíamos reunido mi mujer, yo, Stephen Carter, que era agregado de la Embajada inglesa en Washington; Anthony Chapell, que llevaba en casa, con nosotros, varias semanas, y la señora Valdez, que por entonces entusiasmaba a Nueva York con su baile. La pequeña Pauline —le dio unas palmaditas en el hombro— sólo tenía dieciséis años, pero se le permitió asistir a la cena como un favor especial. ¿Te acuerdas, Pauline?

—Me acuerdo, sí.

Su voz tembló un poco.

—Monsieur Poirot, aquella noche ocurrió una tragedia. Sonaron unos tambores y empezó el espectáculo. Se apagaron las luces…, todas menos un foco en el centro de la pista. Cuando se encendieron de nuevo las luces, vimos que mi esposa se había caído hacia adelante, sobre la mesa. Estaba muerta. Los posos de su copa de vino contenían cianuro potásico y en su bolso apareció el resto.

—¿Se había suicidado? —dijo Poirot.

—Ése fue el veredicto aceptado… Fue para mí un golpe terrible, monsieur Poirot. Había, quizá, un posible motivo para tal acción…, la Policía lo creyó así. Yo acepté su decisión.

De pronto, dio un puñetazo en la mesa.

—Pero no me quedé satisfecho… No; durante cuatro años he estado pensando, dándole vueltas al asunto, y no estoy satisfecho. No creo que Iris se haya suicidado. Creo, monsieur Poirot, que fue asesinada… por una de las personas que se sentaban en la mesa.

—Un momento, señor…

—Calle, Tony —dijo Russell—. No he terminado. Uno de ellos la mató… ahora estoy seguro. Alguien que, al amparo de la oscuridad, deslizó en su bolso el paquete de cianuro. Creo saber quién fue. Me propongo descubrir la verdad…

La voz de Lola se alzó, aguda:

—¡Está usted loco…, loco! ¿Quién iba a querer hacerle daño? No; desde luego, está usted loco. Y yo me voy…

Se calló de pronto. En la sala se oyó un redoblar de tambores. Barton Russell dijo:

—El espectáculo. Después continuaremos con esto. Quédense todos ustedes donde están. Tengo que ir a hablar con los músicos. Tengo con ellos un pequeño trato.

Se levantó, alejándose.

—Extraordinario —comentó Carter—. Está loco.

—Está loco, sí —dijo Lola.

La iluminación fue amortiguada.

—Estoy tentado de marcharme —dijo Tony.

—¡No! —dijo Pauline con voz aguda. Luego murmuró—: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué ocurre, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

Ella respondió con voz que apenas era un susurro:

—¡Es horrible! ¡Es igual que aquella noche…!

—¡Ssss! ¡Ssss! —dijeron varias personas.

Poirot bajó la voz.

—Una palabrita al oído.

Susurró algo, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Todo irá bien —le aseguró.

—¡Dios mío! ¡Escuchen! —exclamó Lola.

—¿Qué ocurre, señora?

—Es la misma melodía, la misma canción que tocaron aquella noche en Nueva York. Barton debe de haberlo organizado. No me gusta esto.

—Valor…, valor…

Los siseos se repitieron.

Una muchacha salió al centro de la pista, una muchacha negra como el carbón. En su rostro oscuro resaltaban el blanco de sus ojos y los relucientes dientes. Se puso a cantar con voz profunda y áspera, una voz que resultaba extremadamente conmovedora:

Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti,
en cómo andabas,
en cómo hablabas,
en lo que decías.
Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti.

No sé de seguro
si tus ojos son claros u oscuros.
Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti.
Todo ha terminado,
ya no pienso en ti.
En ti…, en ti…, en ti…

La melancolía de la canción, la profunda voz de la joven negra, produjo en los oyentes una intensa impresión. Los hipnotizó, los embrujó. Incluso los camareros sintieron el hechizo. Todos tenían la vista fija en ella, hipnotizados por la emoción que su voz llena producía.

Un camarero pasó sin hacer ruido junto a la mesa, llenando las copas y diciendo «¿champaña?» en voz baja, pero todos concentraban su atención en el deslumbrante foco de luz, en la mujer negra cuyos antepasados procedían de África, que cantaba con su voz profunda:

Me olvidé de ti,
ya no pienso en ti.
¡Ay, qué mentira!
Pensaré en ti, en ti,
en ti, toda la vida.

Sonaron frenéticos aplausos. Las luces se encendieron. Barton Russell volvió a la mesa y se deslizó en su asiento.

—Es imponente esa chica —exclamó Tony.

Pero un grito de Lola le interrumpió.

—*Miren… Miren…*

Todos miraron y vieron a Pauline Weatherby caída hacia adelante sobre la mesa.

Lola exclamó:

—Está muerta… Igual que Iris, igual que Iris en Nueva York.

Poirot se puso en pie de un salto, haciendo señas a los demás de que se apartaran. Se inclinó sobre el cuerpo encogido, cogió una de

las manos, fláccida, y buscó el pulso.

Su rostro, muy pálido, tenía una expresión severa. Los demás le observaban paralizados.

Lentamente, Poirot movió la cabeza.

—Sí; está muerta, *la pauvre petite*. ¡Y yo sentado aquí a su lado! ¡Ah, pero esta vez el asesino no se escapará!

Barton Russell, con el rostro demudado, murmuró:

—Igual que Iris… Había visto algo… Pauline había visto algo aquella noche… Pero no estaba segura, me dijo que no estaba segura… Tenemos que llamar a la Policía… ¡Dios mío, la pequeña Pauline!…

Poirot dijo:

—¿Dónde está su copa? —se la acercó a la nariz—. Sí; noto el olor del cianuro, un olor a almendras amargas…; el mismo método, el mismo veneno…

Cogió el bolso de Pauline.

—Vamos a mirar en su bolso.

Barton Russell gritó:

—¿No creerá que se ha suicidado también? Sería absurdo.

—Espere —ordenó Poirot—. No, aquí no hay nada. Las luces se encendieron demasiado repentinamente y el asesino no tuvo tiempo. Por consiguiente, tiene todavía el veneno encima.

—El asesino o la asesina —dijo Carter.

Estaba mirando a Lola Valdez.

Ella saltó:

—¿Qué quiere decir? ¿Qué está usted diciendo? ¿Que yo la maté? ¡No es cierto, no es cierto! ¿Por qué iba yo a hacer semejante cosa?

—En Nueva York se encaprichó usted de Barton Russell. Lo he oído comentar. Las bellezas argentinas tienen fama de celosas.

—Eso es una sarta de mentiras. Y no soy argentina, sino peruana. Le escupiría, le… —y continuó en español.

—Les ruego guarden silencio —exclamó Poirot—. Soy yo el que tiene que hablar.

Barton Russell dijo en tono grandilocuente:

—Hay que registrar a todo el mundo.

Poirot dijo con calma:

—*Non, non*; no es necesario.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que no es necesario?

—Yo, Hércules Poirot, lo sé todo. Veo con los ojos de la inteligencia. ¡Y voy a hablar! Señor Carter, *¿tiene la bondad de mostrarnos el paquete que tiene en el bolsillo superior de la chaqueta?*

—No tengo nada en el bolsillo. ¿Qué diablos…?

—Tony, amigo mío, si hace usted el favor…

Carter gritó:

—¡Maldito…!

Tony obró tan rápidamente, que antes que Carter pudiera defenderse le había sacado el paquete del bolsillo.

—¡Ahí tiene, monsieur Poirot; tal como usted dijo!

—¡Todo esto es una maldita calumnia! —gritó Carter desesperado.

Poirot cogió el paquete y leyó la etiqueta.

—Cianuro potásico. El caso está liquidado.

Barton Russell habló con voz ronca:

—¡Carter! Siempre lo sospeché. Iris estaba enamorada de usted. Usted no quería que un escándalo perjudicara su preciosa carrera y la envenenó. Le ahorcarán por eso, ¡perro cochino!

—¡Silencio! —la voz de Poirot se elevó firme y autoritaria—. Todavía no ha terminado esto. Yo, Hércules Poirot, tengo algo que decir. Mi amigo Tony Chapell, aquí presente, me dijo cuando llegué a este lugar que había venido buscando un crimen. Eso, en parte, era cierto. Estaba pensando en un crimen…, pero había venido a evitarlo. Y lo he evitado. El asesino lo tenía todo muy bien planeado, pero Hércules Poirot le tomó la delantera. Tuvo que pensar muy deprisa y murmurar algo rápidamente al oído de *mademoiselle* cuando las luces se apagaron. Es muy lista e inteligente mademoiselle Pauline; interpretó muy bien su papel. *Mademoiselle*, ¿quiere tener la bondad de demostrarnos que no está muerta, al fin y al cabo?

Pauline se enderezó.

—La resurrección de Pauline —dijo con risa un poco insegura.

—¡Pauline, mi vida!

—¡Tony!

—¡Cielo!

Barton Russell balbució:

—No…, no comprendo.

—Yo le ayudaré a comprender, míster Barton Russell. Su plan ha fracasado.

—¿Mi plan?

—Sí; su plan. De todos los presentes, ¿quién era el único que tenía una coartada mientras las luces permanecieron apagadas? El hombre que se alejó de la mesa… usted, míster Barton Russell. Pero volvió usted a la mesa, al amparo de la oscuridad, y dio una vuelta alrededor de ella, con una botella de champaña, llenando las copas, echando el cianuro en la copa de Pauline y dejando caer el paquete con el resto del veneno en el bolsillo de Carter al inclinarse hacia él para retirar una copa. Sí, sí; es muy fácil interpretar el papel de camarero en la oscuridad, cuando todo el mundo fija su atención en otra parte. Ése fue el verdadero motivo de esta cena. El lugar más seguro para cometer un asesinato es en medio de una multitud.

—¿Qué…? ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a Pauline?

—Puede que sea cuestión de dinero. Su esposa le nombró a usted tutor de su hermana. Mencionó usted el hecho esta noche. Pauline tiene veinte años. A los veintiuno, o en caso de contraer matrimonio, tendría usted que rendir cuentas de su administración. Creo que no le sería a usted posible hacerlo. Ha especulado usted con el dinero. Yo no sé, míster Barton Russell, si mató usted a su mujer del mismo modo o si su suicidio le dio la idea de este crimen; pero sí sé que es usted culpable de intento de asesinato. A mademoiselle Pauline le toca decidir si ha de ser procesado o no por ello.

—No —dijo Pauline—. Que se marche a donde yo no lo vea y que salga del país. No quiero escándalo.

Barton Russell se levantó, con el rostro agitado.

—Que el diablo le lleve, entremetido mequetrefe…

Se marchó, furioso, dando grandes zancadas.

Pauline suspiró.

—Monsieur Poirot, ha estado usted maravilloso…

—Usted, *mademoiselle*, usted sí que ha estado maravillosa. Tirar el champaña, hacerse tan bien la muerta…

—¡Huy! —se estremeció Pauline—. Me pone piel de gallina.

Poirot dijo suavemente.

—Fue usted quien me telefoneó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé. Estaba preocupada y… asustada, sin saber exactamente por qué. Barton me dijo que iba a dar esta cena para conmemorar la muerte de Iris. Comprendí que tenía algún plan, pero no me dijo en qué consistía. Estaba tan… tan raro y tan nervioso, que me pareció que podía ocurrir algo horrible, sólo que nunca hubiera sospechado que quisiera… deshacerse de *mí*.

—Continúe, *mademoiselle*.

—Yo había oído hablar de usted. Pensé que si pudiera traerle aquí quizá evitara que ocurriera lo que temía. Me pareció que siendo… extranjero, si le llamaba por teléfono, fingiendo estar en peligro, y… le daba un aire de misterio…

—¿Creyó usted que el melodrama me atraería? Eso fue lo que me desconcertó. El mensaje en sí era decididamente lo que ustedes llaman «camelo», sonaba a falso. Pero el miedo de la voz…, ése sí era real. Entonces vine…, y usted negó categóricamente que me hubiera llamado.

—Tuve que hacerlo. Además, no quería que usted supiera que había sido yo.

—¡Ah, pero yo suponía que había sido usted! No al principio. Pero pronto caí en la cuenta de que las dos únicas personas que podían saber de antemano que en la mesa iba a haber iris amarillos eran usted y míster Barton Russell.

Pauline asintió con un gesto.

—Le oí cuando encargaba que los pusieran en la mesa —explicó —. Eso y que pidiera mesa para seis, cuando sabía que sólo seríamos cinco, me hizo sospechar.

Se calló de pronto, mordiéndose los labios.

—¿Qué sospechó usted, *mademoiselle*?

Ella dijo lentamente:

—Tenía miedo… de que algo le ocurriera… a Carter.

Stephen Carter se aclaró la garganta. Sin prisas, pero con decisión, se puso en pie.

—Ejem…, tengo que… darle las gracias, monsieur Poirot. He

contraído una gran deuda con usted. Me perdonarán que les deje, los acontecimientos de esta noche han sido bastante… desagradables.

Viéndole alejarse, Pauline dijo con violencia:

—Le odio. Siempre creí que fue… por su culpa por lo que Iris se mató. O puede que…, que Barton la haya matado. ¡Ay, es horrible…!

Poirot dijo suavemente:

—Olvide, *mademoiselle*…, olvide… No piense en el pasado… Piense sólo en el presente…

Pauline murmuró:

—Sí; tiene usted razón.

Poirot se volvió hacia Lola Valdez.

—Señora, según va avanzando la noche, mi valor aumenta. Si quisiera bailar ahora conmigo…

—¡Claro que sí! Es usted…, es usted la *vedette* de la reunión. Insisto en bailar con usted.

—Es usted muy amable, señora.

Tony y Pauline quedaron solos. A través de la mesa se acercaron uno al otro.

—¡Pauline, mi vida!

—¡Ay, Tony, he estado tan odiosa todo el día, metiéndome contigo constantemente!… ¿Me perdonas?

—¡Corazón! Otra vez nuestra canción. Vamos a bailar.

Se alejaron bailando y canturreando en voz baja:

Nada como el amor puede ponerte melancólico.
Nada como el amor puede hacerte desgraciado.
Nada como el amor puede ponerte triste,
deprimido,
poseído,
sentimental,
temperamental.
Nada como el amor puede ponerte melancólico.

Nada como el amor puede volverte loco.
Nada como el amor para sentirte furioso,

ofensivo,
insolente
suicida,
homicida.
Nada como el amor.
Nada como el amor…

MISS MARPLE CUENTA UNA HISTORIA

No creo, querido Raymond, querida Joan, que os haya contado nunca un suceso algo extraño que tuvo lugar hace ya algunos años. No quiero parecer *presuntuosa*; sé muy bien que, comparada con vosotros, los jóvenes, no soy nada inteligente; tú, Raymond, escribes esos libros tan modernos sobre desagradables jóvenes de uno y otro sexo, y tú, Joan, pintas esos cuadros tan notables, de personas cuadradas, llenas de bultos extraños… Valéis mucho los dos, queridos; pero según Raymond no se cansa de decir (claro que muy amablemente, porque es el mejor de los sobrinos), soy una victoriana empedernida. Siento admiración por míster Alma-Tadema y míster Frederic Leighton, y seguro que a vosotros os parecen terriblemente *vieux jeu*. Pero, vamos a ver, ¿qué estaba diciendo? ¡Ah!, sí, que no quiero parecer presuntuosa; pero no pude menos de sentirme una miajita satisfecha conmigo misma porque tan sólo con emplear un poquito de sentido común, creo que resolví un problema que había desconcertado a cabezas más inteligentes que la mía. Claro que en realidad debí comprender desde el principio que la solución era *obvia*…

Bueno, os contaré mi pequeña historia, y si os parece que estoy un poco engreída con ella, tened en cuenta que, por lo menos, ayudé a una persona que estaba muy acongojada.

Oí hablar por primera vez de este asunto una noche a eso de las nueve. Esa noche, Gwen (¿os acordáis de Gwen? Aquella criadita que tuve, la pelirroja); bueno, pues Gwen vino a decirme que míster Petherick y un caballero querían verme. Gwen los había pasado al salón, muy acertadamente. Yo estaba sentada en el comedor, porque cuando empieza la primavera me parece un derroche tener dos fuegos encendidos.

Di instrucciones a Gwen de que nos pasara el *cherry brandy* y unas copas, y me dirigí apresuradamente al salón. No sé si os acordáis de míster Petherick. Murió hace dos años, pero había sido muy buen amigo mío durante muchos años, además de ocuparse de todos mis asuntos legales. Un hombre muy agudo y un abogado inteligente de verdad. Su hijo me lleva ahora los asuntos, un muchacho muy agradable y muy moderno; pero, no sé por qué, no tengo tanta *confianza* en él como tenía en míster Petherick.

Le expliqué a míster Petherick lo de los fuegos y dijo en seguida que él y su amigo pasarían al comedor…, y entonces me presentó a su amigo, un tal míster Rhodes. Era un hombre bastante joven, no pasaría mucho de los cuarenta, y en seguida comprendí que algo grave le pasaba. Su actitud era muy extraña. Hubiera parecido descortés, si no comprendiera uno que el pobre hombre estaba en tensión.

Una vez instalados en el comedor, y después que Gwen hubo traído el *cherry brandy*, míster Petherick explicó el motivo de su visita.

—Miss Marple —dijo—, perdone usted a este viejo amigo que se haya tomado la libertad de venir a consultarle un asunto.

No comprendí lo que quería decir, y él continuó:

—Cuando está uno enfermo, le gusta conocer dos puntos de vista: el de un especialista y el del médico de cabecera. Está de moda considerar más valioso el parecer del especialista, pero yo no creo que esté de acuerdo con ello. El especialista sólo tiene experiencia en su campo; el médico de familia puede que tenga menos ciencia, pero su experiencia es más amplia.

Comprendí perfectamente lo que quería decir, porque una sobrina mía no hacía mucho había llevado corriendo a su niño a un famoso especialista de enfermedades de la piel sin consultar a su médico, al que consideraba un viejo inútil, y el especialista había recetado un tratamiento muy caro, para luego resultar que lo que tenía el niño no era ni más ni menos que un sarampión que presentaba síntomas un poco raros.

Os digo esto, aunque odio las *divagaciones*, para demostrar que comprendí la idea de míster Petherick, aunque seguía sin tener la menor noción de adonde iría a parar.

—Si míster Rhodes está enfermo… —dije, y me callé, porque el pobre hombre soltó una carcajada espantosa.

—Espero morir dentro de unos meses con el cuello roto —dijo.

Y entonces salió todo a relucir. Había habido recientemente un caso de asesinato en Barnchester, una ciudad a unos treinta y cinco kilómetros de aquí. Yo no había prestado mucha atención al caso, porque en el pueblo habíamos estado todos muy excitados por motivo de la enfermera del distrito, y los acontecimientos del exterior, como un terremoto en la India o un asesinato en Barnchester, aunque mucho más importantes, naturalmente, habían cedido el terreno a nuestras pequeñas perturbaciones locales. Ya se sabe cómo son los pueblos. Sin embargo, recordaba haber leído algo sobre una mujer apuñalada en un hotel, aunque no recordaba su nombre. Esa mujer, al parecer, había sido la esposa de míster Rhodes, y como si ello no fuera ya bastante triste, se sospechaba que él la había asesinado.

Míster Petherick me explicó todo esto muy claramente y dijo que, aunque el veredicto emitido por el Jurado había sido «asesinato cometido por persona o personas desconocidas», míster Rhodes tenía motivos para creer que, probablemente, lo detendrían dentro de unos días y había ido a ver a míster Petherick, poniéndose en sus manos. Míster Petherick continuó diciendo que aquella tarde había consultado a sir Malcolm Olde y que, si el caso llegaba a los tribunales, sir Malcolm se haría cargo de la defensa de míster Rhodes.

Sir Malcolm era un hombre joven, dijo míster Petherick, muy moderno en sus métodos, y había indicado un curso a seguir en la defensa. Pero míster Petherick no estaba del todo satisfecho con esa línea general de defensa.

—Es que mire usted, mi querida señorita —dijo—, está viciado por lo que yo llamo el punto de vista del especialista. A sir Malcolm se le entrega un caso y él sólo lo ve desde un ángulo: desde el ángulo de la mejor defensa posible. Pero incluso la mejor defensa puede ignorar por completo lo que, a mi modo de ver, es lo fundamental: no tiene en cuenta lo que realmente ocurrió en el caso que tratamos.

Luego continuó con frases muy amables y halagüeñas sobre mi

sagacidad, mi buen juicio y mi conocimiento de la naturaleza humana y me pidió permiso para contarme la historia, en la esperanza de que quizá podría sugerir alguna explicación.

Comprendí que míster Rhodes no creía que yo pudiera ser útil en absoluto y que le molestaba haber venido aquí. Pero míster Petherick hizo de ello caso omiso y pasó a relatarme los hechos ocurridos en la noche del ocho de marzo.

Míster y mistress Rhodes se alojaban en el Crown Hotel, en Barnchester. Mistress Rhodes, que, según pude colegir de las medias palabras de míster Petherick, debía de ser un poco hipocondríaca, se había ido a la cama inmediatamente después de cenar. Ella y su esposo ocupaban habitaciones contiguas, con una puerta de comunicación. Míster Rhodes, que estaba escribiendo un libro sobre pedernales prehistóricos, se puso a trabajar en el cuarto contiguo. A las once, ordenó sus papeles y se dispuso a ir a la cama. Antes de acostarse, pasó un momento al cuarto de su esposa, para asegurarse de que no necesitaba nada. La luz estaba encendida y su esposa yacía en la cama, con un puñal clavado en el corazón. Llevaba muerta una hora por lo menos, probablemente más. Los detalles más importantes fueron los siguientes: Había otra puerta en el cuarto de mistress Rhodes, que conducía al pasillo. Esta puerta estaba cerrada con llave por dentro. La única ventana de la habitación estaba cerrada y tenía el cerrojo corrido. Según míster Rhodes, nadie había pasado por la habitación en la que estaba trabajando, salvo la camarera, que había llevado las bolsas de agua caliente. El arma encontrada en la herida era un estilete que solía estar en el tocador de mistress Rhodes. Tenía costumbre de utilizarlo como plegadora. No había huellas en el arma.

Me interesé por la camarera.

—Por ahí fueron nuestras primeras pesquisas —dijo míster Petherick—. Mary Hill es una mujer de la localidad. Lleva diez años de camarera en el Crown Hotel. No parece que exista el menor motivo que la indujera a atacar de pronto a una huésped. Además, es bastante tonta, casi deficiente mental. Su relación de los hechos ha permanecido inalterable. Le llevó a mistress Rhodes su bolsa de agua caliente y dijo que la señora estaba adormilada, a punto de conciliar el sueño. Francamente, no puedo creer, y estoy seguro de

que ningún Jurado lo creería, que ella haya cometido el asesinato.

Míster Petherick mencionó luego algunos detalles complementarios. En lo alto de la escalera del Crown Hotel hay una especie de salón en miniatura, donde suelen sentarse algunas personas a tomar café. De él arranca un pasillo hacia la derecha. La última puerta de ese pasillo es la de la habitación ocupada por míster Rhodes. Luego, el pasillo tuerce bruscamente hacia la derecha, y la primera puerta, después de dar la vuelta a la esquina, es la del cuarto de mistress Rhodes. Se dio la circunstancia de que ambas puertas podían ser vistas por testigos. La primera puerta, la del cuarto de míster Rhodes, a la que llamaré A, podía ser vista por cuatro personas: dos viajantes de comercio y un matrimonio de cierta edad, que estaban tomando café. Según ellos, nadie entró ni salió por la puerta A, a excepción de míster Rhodes y de la camarera. En cuanto a la otra puerta, la del pasillo B, un electricista estaba trabajando allí y jura que nadie entró ni salió por la puerta B, salvo la camarera.

El caso era verdaderamente curioso e interesante. Según todas las apariencias, míster Rhodes *tenía* que haber asesinado a su esposa. Pero comprendí que míster Petherick estaba totalmente convencido de la inocencia de su cliente, y míster Petherick era un hombre muy agudo.

En la pesquisa judicial, míster Rhodes había dicho, de modo vacilante y confuso, que una mujer había estado escribiendo cartas amenazadoras a su esposa. Pude colegir que su historia no había sido nada convincente. A requerimiento de Petherick, Rhodes explicó:

—Francamente, yo nunca creí en tal historia. Creí que Amy la habría inventado en su mayor parte.

Saqué la conclusión de que mistress Rhodes era una de esas mentirosas románticas que se pasan la vida fantaseando sobre todo lo que les ocurre. La cantidad de aventuras que, según ella, le ocurrían en un año era completamente increíble. Si resbalaba en una cáscara de plátano, había faltado muy poco para que se matara. Si se incendiaba la pantalla de una lámpara, la sacaban de una casa en llamas, con riesgo de su vida. Su marido se había acostumbrado a no hacer mucho caso de sus declaraciones. Cuando le contó la

historia de una mujer a cuyo hijo había herido con el coche y que juró vengarse…, bueno, Rhodes no le prestó la menor atención. El incidente había ocurrido antes de casarse con ella, y aunque Rhodes leyó cartas llenas de insensateces, sospechó que ella misma las había redactado. Ya había hecho algo parecido otras veces. Era una mujer con tendencia al histerismo, con un ansia de emociones constantes.

Todo esto me pareció muy verosímil; nosotros tenemos en el pueblo una joven que hace cosas muy por el estilo. Lo que ocurre con estas personas es que, cuando les pasa de verdad algo extraordinario, nadie cree lo que dicen. Me pareció que eso era lo que había ocurrido en este caso. Saqué la conclusión de que la Policía había creído que Rhodes había inventado aquella historia tan poco convincente con objeto de alejar de sí las sospechas.

Pregunté si en el hotel se alojaba por entonces alguna mujer sola. Al parecer, había dos, una tal mistress Granby, viuda angloindia, y miss Carruthers, una señorita con el aire inconfundible que da el trato asiduo con caballos y que no pronunciaba las ges finales. Petherick añadió que las minuciosas investigaciones llevadas a cabo habían sido infructuosas: nadie había visto a ninguna de ellas cerca del lugar del crimen, y no había nada que las relacionara con el mismo, en ningún sentido. Le pedí que me describiera su aspecto personal. Dijo que mistress Granby tenía el pelo rojo, que solía llevar bastante despeinado; rostro macilento y unos cincuenta años de edad.

Sus vestidos eran bastante pintorescos, confeccionados casi todos ellos con sedas indias, etcétera. Miss Carruthers tendría unos cuarenta años, usaba quevedos, tenía el pelo cortado como un hombre y vestía trajes hechura sastre de estilo masculino.

—¡Dios mío —dije—, eso lo hace muy difícil!

Petherick me dirigió una mirada interrogante, pero no quise decir nada más por entonces; de modo que le pregunté qué había dicho sir Malcolm Olde.

Sir Malcolm Olde, al parecer, estaba decidido por la teoría del suicidio. Petherick dijo que el informe médico lo había negado de un modo tajante, y que, además, no había huellas dactilares, pero sir Malcolm confiaba en poder presentar informes médicos

contradictorios y salvar de algún modo el escollo de las huellas. Le pregunté a Rhodes su opinión y dijo que los médicos eran todos unos estúpidos, pero que él no podía creer que su mujer se hubiese suicidado.

—No era una mujer de ese tipo —dijo sencillamente.

Y le creí. Las personas histéricas no suelen suicidarse.

Me quedé pensando un momento y luego pregunté si la puerta de la habitación de mistress Rhodes daba directamente al pasillo. Rhodes dijo que no, que había una especie de vestíbulo, con un cuarto de baño y un servicio. Era la puerta que comunicaba el dormitorio con el vestíbulo la que estaba cerrada con llave por dentro.

—Entonces —dije— todo el asunto está clarísimo.

Y es verdad que lo estaba… La cosa más sencilla del mundo. Y, sin embargo, nadie parecía haberla visto así.

Rhodes y Petherick tenían la mirada fija en mí, y me sentí un poco violenta.

—Puede que miss Marple no haya comprendido del todo las dificultades… —dijo Rhodes.

—Sí —dije—, creo que sí. Existen cuatro posibilidades. Mistress Rhodes fue asesinada por su esposo, o por la camarera, o se suicidó o la mató un extraño a quien nadie vio entrar ni salir.

—Y eso es imposible —interrumpió Rhodes—. Nadie pudo entrar o salir por mi cuarto sin que yo lo viera, y aun en el caso de que alguien se las arreglara para entrar en la habitación de mi esposa sin que el electricista le viera, ¿cómo diablos iba a volver a salir, dejando la puerta cerrada por dentro con llave?

Petherick me miró y dijo, animándome:

—Diga, miss Marple.

—Me gustaría —dije— hacer una pregunta. Míster Rhodes, ¿qué aspecto tenía la camarera?

Dijo que no estaba seguro, que le parecía que era más bien alta…, no recordaba si era rubia o morena. Me volví hacia Petherick y le hice la misma pregunta.

Dijo que era de estatura mediana, tenía el cabello más bien rubio, ojos azules y color de cara bastante subido.

Rhodes dijo:

—Es usted mejor observador que yo, Petherick.

Me permití contradecirle. Luego le pregunté a Rhodes si podía describir a la muchacha de mi casa. Ni él ni Petherick pudieron hacerlo.

—¿No se dan cuenta de lo que esto significa? —dije—. Vinieron ustedes aquí preocupados con sus problemas particulares, y la persona que les abrió la puerta era sólo una *doncella*. Lo mismo le ocurrió a míster Rhodes en el hotel. Sólo vio a la *camarera*. Vio su uniforme y su delantal. Estaba enfrascado en su trabajo. Pero Petherick se ha entrevistado con la misma mujer en otro aspecto. La consideró como una *persona*. Con eso, precisamente, contaba la asesina.

Como seguían sin comprender, tuve que explicar con más claridad:

—Creo que esto fue lo que ocurrió —dije—. La camarera entró por la puerta A, llevando la bolsa de agua caliente, pasó por el cuarto de míster Rhodes al de mistress Rhodes y salió por el vestíbulo al pasillo B. X, como llamaremos a nuestra asesina, entró por la puerta B en el pequeño vestíbulo, se escondió en…, bueno, en cierto lugar, ¡ejem!, y esperó a que la camarera pasara. Entonces entró en la habitación de mistress Rhodes, cogió el estilete del tocador (no cabe duda de que había examinado antes el cuarto), se dirigió a la cama, apuñaló a mistress Rhodes, que estaba adormilada, borró las huellas del estilete, echó el cerrojo y la llave de la puerta por donde había entrado y pasó luego por el cuarto donde míster Rhodes estaba trabajando.

Rhodes gritó:

—Pero la hubiera visto. El electricista tuvo que haberla visto entrar.

—No —dije—; en eso es en lo que se equivoca usted. Usted no la vería… *si iba vestida de camarera*.

Les dejé asimilar esto y continué:

—Estaba usted enfrascado en su trabajo, con el rabillo del ojo vio entrar a una camarera, pasar al cuarto de su esposa, volver sobre sus pasos y salir. Era el mismo *traje*…, pero no era la misma mujer. Esto es lo que vieron las personas que estaban tomando café: una camarera que entraba y una camarera que salía. El electricista,

igual. Me figuro que si la camarera fuera muy bonita, un caballero se hubiera fijado en su cara…, siendo como es la naturaleza humana, pero tratándose de una mujer vulgar, de mediana edad…, lo único que vería usted sería el *traje* de la camarera, no la mujer.

Rhodes exclamó:

—¿Quién fue?

—Bueno, eso va a ser un poquito difícil —dije—. Puede haber sido mistress Granby o miss Carruthers. Por la descripción que me han hecho, parece como si mistress Granby llevara peluca; por tanto, como camarera podía llevar su propio pelo. Por otra parte, miss Carruthers, con su pelo tan corto, podía muy bien ponerse una peluca para interpretar el papel de camarera. Me figuro que no les será difícil saber cuál de las dos fue. Yo, personalmente, me inclino por miss Carruthers.

Y así, queridos, termina la historia. La asesina era miss Carruthers, aunque éste era un nombre falso. Había en su familia casos de locura. Mistress Rhodes, que conducía de un modo muy temerario, había atropellado a su hijita y la pobre mujer había perdido la razón. Disimuló la locura con mucha astucia, salvo en las cartas que escribía a su futura víctima, cartas características de una demente. Hacía cierto tiempo que la andaba siguiendo y trazó sus planes con mucha habilidad. Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue echar al correo en un paquete la peluca y el uniforme de camarera. Cuando la acusaron, perdió el control y confesó en seguida. La pobre mujer está ahora en Broadmoor[7]. Estaba completamente desequilibrada, por supuesto; pero fue un asesinato muy bien planeado.

Petherick vino a verme más tarde y me trajo una carta muy agradable de Rhodes…, me sacó los colores de verdad. Luego, mi amigo me dijo:

—Una cosa quiero preguntarle: ¿por qué creyó usted que era más probable que fuera miss Carruthers que mistress Granby? No había visto usted a ninguna de las dos.

—Fue por lo de las ges —dije—. Dijo usted que no pronunciaba las ges. Eso lo hacen muchos cazadores en los libros, pero conozco muy poca gente que lo haga en realidad, y, desde luego, nadie de menos de sesenta años. Dijo usted que esa mujer tenía cuarenta. Eso

de no pronunciar las ges finales me pareció propio de una persona que estuviera interpretando un papel y se pasara un poco de la raya.

No voy a deciros lo que dijo Petherick cuando oyó esto, pero fue muy halagüeño, y no pude evitar sentirme un poquitín satisfecha de mí misma.

¡Y hay que ver cómo se arreglan las cosas en este mundo!… Rhodes se volvió a casar —una chica tan agradable, tan inteligente…— y tienen un niñito muy mono, y… ¿podéis creer que me han pedido que sea la madrina? ¿Verdad que es de agradecer?

Bueno, supongo que no me habré extendido demasiado…

EL SUEÑO

Hércules Poirot fijó en la casa una mirada apreciativa. Sus ojos vagaron un momento por los edificios vecinos, las tiendas, la gran fábrica a la derecha, los bloques de pisos baratos en la acera de enfrente. Luego volvió de nuevo sus ojos a Northway House, reliquia de otros tiempos, de unos tiempos de espacios amplios y de ociosidad, cuando verdes campos circundaban su señorial arrogancia. En la actualidad, Northway House era un anacronismo, sumergida y olvidada en el torbellino febril del Londres moderno, y ni un hombre de entre cien podría decir dónde se encontraba.

Aún es más, muy pocos sabrían a quién pertenecía, aunque su dueño figurara entre los diez hombres más ricos del mundo. Pero el dinero, del mismo modo que puede conseguir publicidad, puede hacerla callar. Benedict Farley, el excéntrico millonario, había preferido no anunciar su residencia. A él mismo se le veía pocas veces, ya que muy raramente aparecía en público. De cuando en cuando se le veía en reuniones de Consejos de Administración, dominando fácilmente a los demás consejeros con su figura enjuta, su nariz aguileña y su voz áspera. Aparte de esto, no era sino una famosa figura de leyenda. Se hablaba de sus extrañas mezquindades, de sus generosidades increíbles, así como de otros detalles más íntimos, como su famosa bata de trozos de distintos colores, a la que se le calculaban veintiocho años, su invariable régimen de sopa de col y caviar, su odio a los gatos. Todas estas cosas las sabía el público.

Hércules Poirot también las sabía. Era todo lo que sabía del hombre a quien iba a visitar en aquel momento. La carta que llevaba en el bolsillo de su abrigo decía poco más.

Después de contemplar en silencio durante uno o dos minutos

aquella melancólica reliquia del pasado, subió los peldaños que conducían a la puerta principal y pulsó el timbre, mirando la hora en su pulcro reloj de pulsera, que había acabado por sustituir al voluminoso reloj de cadena, compañero suyo durante tantos años. Sí, eran exactamente las nueve y media. Como siempre, Hércules Poirot llegaba exactamente en punto.

La puerta se abrió, después de un intervalo prudencial. Contra el iluminado vestíbulo se recortaba la silueta de un ejemplar perfecto del género de los concienzudos mayordomos.

—¿Míster Benedict Farley? —preguntó Hércules Poirot.

La mirada impersonal del mayordomo le miró de pies a cabeza, sin intención ofensiva, pero de un modo eficaz.

«*En gros et en detail*» aprobó Poirot para sus adentros.

—¿Ha sido usted citado, señor? —preguntó la suave voz del mayordomo.

—Sí.

—¿Su nombre, señor?

—Monsieur Hércules Poirot.

El mayordomo se inclinó, haciéndose a un lado. Hércules Poirot entró en la casa y el mayordomo cerró la puerta tras sí.

Pero todavía faltaba cumplir otra formalidad antes que las diestras manos del mayordomo cogieran el sombrero y el bastón del visitante.

—Le ruego me perdone, señor. Tengo que pedirle la carta.

Con parsimonia, Poirot sacó de su bolsillo la carta doblada y se la tendió al mayordomo. Éste se limitó a pasarle la vista por encima, devolviéndosela luego con una inclinación. Hércules Poirot la guardó de nuevo en el bolsillo. Su texto era muy sencillo:

Northway House, W. 8.

Monsieur Hércules Poirot:

Muy señor mío: Míster Benedict Farley quisiera entrevistarse con usted para pedirle su valioso consejo. Le agradecería que se sirviera pasar por la dirección arriba indicada a las 9,30 de la noche, mañana (jueves), si ello no supone molestia para usted.

Atentamente.

Hugo Cornworthy
Secretario.

P. S.: Tenga la bondad de traer consigo esta carta.

Con ademanes diestros, el mayordomo liberó a Poirot de su sombrero, bastón y abrigo.

—¿Quiere tener la bondad de subir al despacho de míster Cornworthy? —dijo.

Le condujo por la ancha escalera. Poirot le siguió, dirigiendo miradas de admiración a los *objets d'art* de estilo rico y recargado. Sus gustos en arte siempre habían sido un poco burgueses.

En el primer piso, el mayordomo llamó con los nudillos a una puerta.

Poirot alzó las cejas muy ligeramente. Aquella era la primera nota discordante. ¡Porque los mejores mayordomos no llaman a las puertas con los nudillos y aquél era, sin duda alguna, un mayordomo de primera!

Era, por decirlo así, el primer contacto con las excentricidades de un millonario.

Una voz gritó algo desde el interior. El mayordomo abrió la puerta y anunció (de nuevo Poirot percibió una deliberada ausencia de protocolo):

—El caballero que usted esperaba, señor.

Poirot entró en la habitación. Era bastante grande, amueblada muy sencillamente en un estilo funcional. Archivadores, libros de consulta, un par de butacones y una gran mesa de aspecto imponente, llena de papeles convenientemente ordenados. Los rincones de la habitación permanecían en la penumbra, porque la única luz provenía de una gran lámpara de mesa con pantalla verde, colocada en una mesita, junto al brazo de uno de los sillones. Estaba colocada de modo que la luz daba de lleno en las personas que se acercaban desde la puerta. Hércules Poirot pestañeó un poco, calculando que la bombilla debía de ser por lo menos de ciento cincuenta vatios o más. En el sillón se sentaba una persona, vestida con una bata hecha de trocitos de distintos colores… Benedict Farley. Tenía la cabeza echada hacia adelante, en una postura

característica, sobresaliéndole su nariz ganchuda como si fuera el pico de un pájaro. Un penacho de pelo blanco, semejante a la cresta de una cacatúa, le salía de la frente. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas le relucían los ojos, que escudriñaban con desconfianza a su visitante.

—¡Je! —dijo por último, con voz áspera y chillona—. Conque es usted Hércules Poirot, el famoso detective, ¿verdad?

—A su disposición —dijo Poirot cortésmente, inclinándose, con una mano en el respaldo de la silla.

—Siéntese, siéntese —dijo el anciano, irritado.

Hércules Poirot se sentó, dándole de lleno el resplandor de la lámpara. Desde la penumbra, el anciano parecía estudiarle atentamente.

—¿Cómo sé yo que es usted Hércules Poirot? —preguntó malhumorado—. Contésteme.

De nuevo extrajo Poirot la carta de su bolsillo y se la tendió a Farley.

—Sí —concedió de mala gana el millonario—. Eso es. Eso es lo que le dije a Cornworthy que escribiera —la dobló y se la tiró—. Conque es usted el hombre, ¿verdad?

Con una ligera ondulación de la mano, Poirot dijo:

—Le aseguro que no hay trampa.

De pronto, Benedict Farley se rió entre dientes.

—¡Eso es lo que dice el prestidigitador antes de sacar la paloma del sombrero! Decirlo es parte del truco, ¿sabe?

Poirot no contestó. Farley dijo de pronto:

—Está pensando que soy un viejo desconfiado, ¿verdad? Sí, lo soy. ¡No confíes en nadie! Ésa es mi divisa. No puede uno fiarse de nadie cuando se es rico. No, no, no conviene.

—¿Quería usted —insinuó Poirot suavemente— consultarme algo?

El anciano asintió.

—Eso es. Compra siempre lo mejor. Ésa es mi divisa. Vete al experto y no mires el precio. Habrá notado usted, monsieur Poirot, que no le he preguntado cuáles son sus honorarios. ¡Y no pienso preguntárselo! Luego me envía usted la cuenta… Por eso no vamos a reñir. Los idiotas esos de la lechería se creían que podían

cobrarme los huevos a dos chelines con nueve peniques, cuando el precio del mercado es de dos con siete, ¡pandilla de bandoleros! No consiento que me engañen. Pero tratándose del hombre que está en la cumbre, es otra cosa. Ese hombre vale el dinero que cuesta. Yo también estoy en la cumbre y lo sé.

Hércules Poirot no respondió. Le escuchaba con atención, inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

A pesar de su rostro impasible, en su interior se sentía desilusionado. No podía decir exactamente por qué. Hasta aquel momento, Benedict Farley había parecido muy auténtico, es decir, se había ajustado a la idea general que de él se tenía, y, sin embargo…, Poirot estaba desilusionado.

«Este hombre —dijo para sus adentros con profundo desagrado — es un charlatán… ¡nada más que un charlatán!».

Había conocido otros millonarios, también excéntricos, pero en casi todos ellos había encontrado una especie de fuerza, una energía interior que había merecido su respeto. Si hubieran llevado una bata de retazos de colores hubiera sido porque les gustaba llevar una bata así. Pero la bata de Benedict Farley, o al menos así se lo parecía a Poirot, era fundamentalmente un objeto de guardarropía. Así como el hombre era fundamentalmente teatral. Poirot estaba seguro de que cada palabra pronunciada por Farley era dicha para causar impresión.

—¿Quería usted consultarme algo, míster Farley? —repitió con voz desprovista de entonación.

La actitud del millonario cambió bruscamente.

Se inclinó hacia delante. Su voz se convirtió en un gruñido.

—Sí. Sí… Quiero ver qué dice usted, saber lo que piensa… ¡Ir siempre a la cumbre! ¡Ése es mi sistema! El mejor médico…, el mejor detective…, entre los dos está la cosa.

—Hasta ahora, *monsieur*, no comprendo.

—Claro que no —saltó Farley—. No he empezado todavía a contarle nada.

De nuevo se inclinó hacia adelante y espetó bruscamente una pregunta:

—¿Qué sabe usted, monsieur Poirot, de los sueños?

El detective alzó las cejas. Esperaba cualquier cosa menos

aquello.

—Para eso, monsieur Farley, le recomiendo el «libro de los Sueños», de Napoleón…, o la moderna psiquiatría.

Benedict Farley dijo escuetamente:

—He probado ambas cosas…

Se produjo una pausa. Luego, el millonario empezó a hablar, primero con voz que era casi un susurro y que fue subiendo gradualmente de tono.

—Siempre es el mismo sueño, noche tras noche. Y tengo miedo, se lo aseguro; tengo miedo… Siempre igual. Estoy sentado en mi despacho, al lado de éste. Sentado ante mi mesa, escribiendo, hay allí un reloj, lo miro y veo la hora…, exactamente las tres y veintiocho minutos. Siempre la misma hora, ¿entiende? *Y cuando veo la hora, monsieur Poirot, se que tengo que hacerlo*. No quiero hacerlo, odio hacerlo, pero tengo que hacerlo…

Su voz se había convertido en un chillido.

Imperturbable, Poirot dijo:

—¿Y qué tiene usted que hacer?

—A las tres y veintiocho minutos —dijo Benedict Farley con voz ronca— abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana. Y entonces… y entonces…

—¿Sí?

Benedict Farley dijo en un susurro:

—Entonces me pego un tiro…

Se produjo un silencio. Luego Poirot dijo:

—¿Ése es su sueño?

—Sí.

—¿El mismo todas las noches?

—Sí.

—¿Qué ocurre después de pegarse usted el tiro?

—Me despierto.

Poirot movió lentamente la cabeza, pensativo.

—Por simple curiosidad, ¿tiene usted un revólver en ese determinado cajón?

—Sí.

—¿Por qué?

—Siempre lo he tenido. Es mejor estar preparado.

—¿Preparado para qué?

Farley dijo, irritado:

—Un hombre de mi posición tiene que estar en guardia. Todos los ricos tienen enemigos.

Poirot no continuó con el tema. Permaneció en silencio durante un momento y luego dijo:

—¿Cuál es el verdadero motivo que le hizo llamarme?

—Se lo voy a decir. Primeramente consulté a un médico…, a tres médicos, para ser exacto.

—Siga usted.

—El primero me dijo que todo era culpa de mi régimen alimenticio. Era un hombre mayor. El segundo era un joven de la moderna escuela. Aseguró que todo dependía de cierto hecho que había tenido lugar en mi infancia a aquella hora, a las tres y veintiocho. Dijo que estoy tan decidido a no recordar aquel hecho, que lo simbolizo matándome. Ésa fue su explicación.

—¿Y el tercer médico? —preguntó Poirot.

Benedict Farley, furioso, alzó la voz, que se convirtió en un chillido.

—Es un hombre joven también. ¡Tiene una teoría ridícula! ¡Sostiene que estoy cansado de la vida, que mi vida me resulta tan insufrible que quiero terminar con ella! Pero como reconocer este hecho sería reconocer que soy un fracasado, cuando estoy despierto me niego a aceptar la verdad. Pero estando dormido, todas las inhibiciones son eliminadas y hago lo que realmente deseo hacer: matarme.

—Su punto de vista es que usted, aunque sin saberlo, desea suicidarse, ¿no? —dijo Poirot.

Benedict Farley chilló:

—Y eso es imposible, ¡imposible! ¡Soy completamente feliz! ¡Tengo todo lo que quiero, todo lo que el dinero puede comprar! ¡Es fantástico, es increíble que a alguien se le ocurra mencionar siquiera semejante cosa!

Poirot le miró con interés. El temblor de las manos, la estridencia vacilante de la voz, parecían indicar que quizá la negativa fuera demasiado vehemente, que la misma insistencia en

negar era sospechosa. Pero se limitó a decir:

—¿Y cuándo intervengo yo, *monsieur*?

Benedict Farley se calmó de pronto y se puso a dar golpecitos enérgicos en la mesa que tenía al lado.

—Existe otra posibilidad. Y, si es cierta, usted es el hombre indicado. ¡Es usted famoso, ha tenido usted cientos de casos fantásticos, inverosímiles! Si alguien puede saberlo, ese alguien es usted.

—¿Saber el qué?

Farley bajó la voz, hasta convertirla en un susurro.

—Supongamos que alguien quisiera matarme… ¿Podría hacerlo de esta manera? ¿Podría hacerme soñar ese sueño, noche tras noche?

—¿Quiere usted decir por hipnotismo?

—Sí.

Hércules Poirot estudió la cuestión.

—Me figuro que sería posible —dijo por fin—. Es más bien asunto para un médico.

—¿No ha encontrado usted ningún caso así en su vida profesional?

—De ese tipo precisamente, no.

—¿Comprende usted adonde quiero ir a parar? Me obligan a que sueñe siempre lo mismo, noche tras noche, noche tras noche…, hasta que un día la sugestión sea demasiado fuerte… y la siga. Haga lo que tantas veces he soñado: matarme.

Hércules Poirot movió la cabeza lentamente.

—¿No lo cree usted posible? —preguntó Farley.

—¿Posible? —Poirot movió de nuevo la cabeza—. Ésa es una palabra que no me gusta.

—Pero ¿lo cree usted improbable?

—Sumamente improbable.

Benedict Farley murmuró:

—El médico dijo lo mismo…

Luego, alzando de nuevo la voz, chilló:

—Pero ¿por qué tengo ese sueño? ¿Por qué? ¿Por qué?

Hércules Poirot movió la cabeza, pensativo. Benedict Farley dijo bruscamente:

—¿Está usted seguro de que nunca ha tropezado con un caso como éste?

—Nunca.

—Eso es lo que quería saber.

Con delicadeza, Poirot se aclaró la garganta.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —dijo.

—¿Qué pregunta? ¿Qué pregunta? Diga lo que quiera.

—¿De quién sospecha usted que quiere matarle?

Farley saltó:

—De nadie. De nadie en absoluto.

—Pero ¿se le pasó la idea por la imaginación? —insistió Poirot.

—Quería saber… si existía la posibilidad.

—Hablando según mi experiencia personal, yo diría *no*. Por cierto, ¿le han hipnotizado alguna vez?

—Por supuesto que no. ¿Cree usted que me prestaría a semejante payasada?

—Entonces creo que podemos decir que su teoría es decididamente improbable.

—Pero ¿y el sueño, hombre, y el sueño?

—El sueño es muy extraño, ciertamente —dijo Poirot pensativo. Permaneció en silencio un instante y luego dijo—: Me gustaría ver la escena de este drama, la mesa, el reloj y el revólver.

—Naturalmente; vamos a la habitación de al lado.

Recogiendo los pliegues de su bata, el anciano se enderezó a medias en su sillón. Luego, de súbito, como si una idea le hubiera asaltado de pronto, volvió a sentarse.

—No —dijo—. No hay nada que ver allí. Le he contado todo lo que hay que contar.

—Pero me gustaría verlo por mí mismo…

—No hace falta —saltó Farley—. Me ha dado usted su opinión. Eso es todo.

Poirot se encogió de hombros.

—Como guste —dijo levantándose—. Siento, míster Farley, no haberle podido ayudar.

Benedict Farley tenía la vista fija enfrente de él.

—No quiero rollos ni tonterías —gruñó—. Le he dicho a usted los hechos, usted no puede sacar nada en limpio de ellos…, asunto

liquidado. Puede usted enviarme la cuenta por la consulta.

—No dejaré de hacerlo —dijo el detective secamente, encaminándose luego hacia la puerta.

—Espere un momento —llamó el millonario—. La carta…, démela.

—¿La carta de su secretario?

—Sí.

Poirot alzó las cejas. Metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja doblada y se la tendió al anciano. Éste la examinó detenidamente, poniéndola luego en la mesita, con un gesto de asentimiento.

Hércules Poirot se dirigió de nuevo a la puerta. Estaba desconcertado. En su imaginación le daba vueltas y más vueltas a la historia que le acababan de contar. Sin embargo, en medio de su preocupación mental, le molestaba la sensación de algo mal hecho, y no por Benedict Farley, sino por él.

Con la mano en el tirador de la puerta, se hizo la luz en su mente. ¡Él, Hércules Poirot, había cometido un error! Entró de nuevo en la habitación.

—¡Mil perdones! ¡Interesado por su problema, he cometido una tontería! La carta que le di…, por error, metí la mano en el bolsillo de la derecha, en vez de hacerlo en el de la izquierda…

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—La carta que acabo de darle…, una disculpa de mi lavandera con respecto al trato que da a mis cuellos…

Sonriendo en son de disculpa, Poirot hundió la mano en el bolsillo izquierdo.

—Ésta es su carta —dijo.

Benedict Farley se la arrebató gruñendo.

—¿Por qué diablos no se fija en lo que hace?

Poirot recobró la comunicación de su lavandera, se disculpó cortésmente una vez más y salió de la habitación.

Durante un momento se detuvo en el descansillo de la escalera. Era de buen tamaño. Directamente enfrente de él había un gran banco de roble, de respaldo alto, y una mesa larga. En la mesa había revistas. Había también dos butacas y una mesa con flores. Le recordó un poco la sala de espera de un dentista.

El mayordomo estaba abajo, en el vestíbulo, esperando para

abrirle la puerta.

—¿Le busco un taxi, señor?

—No; gracias. Hace buena noche. Iré andando.

Hércules Poirot se detuvo en la acera, esperando un momento en que el tráfico fuera menos intenso para cruzar la calle.

Una arruga surcaba su frente.

«No —dijo para sí—. No entiendo nada. Nada tiene sentido. Es lamentable tener que reconocerlo; pero yo, Hércules Poirot, estoy completamente desconcertado».

Eso fue lo que podríamos llamar el primer acto de drama. El segundo acto tuvo lugar una semana después. Empezó con una llamada telefónica de un tal doctor John Stillingfleet.

El doctor dijo, con notable falta de decoro profesional:

—¿Es usted, Poirot, viejo zorro? Le habla Stillingfleet.

—Sí, amigo mío. ¿De qué se trata?

—Le hablo desde Northway House, la casa de Benedict Farley.

—¡Ah!, ¿sí? —la voz de Poirot se animó—. ¿Y qué tal está… míster Farley?

—Farley ha muerto. Se pegó un tiro esta tarde.

Permanecieron un momento en silencio. Luego Poirot dijo:

—Siga.

—Ya veo que no le ha sorprendido mucho. Sabe usted algo del asunto, ¿eh, viejo zorro?

—¿Qué le hace a usted pensarlo así?

—Bueno; no se trata de ninguna deducción brillante de telepatía, ni de nada por el estilo. Encontramos una nota de Farley dirigida a usted, citándole para hace cosa de una semana.

—Comprendo.

—Tenemos aquí un inspector de Policía inofensivo; hay que andarse con cuidado cuando uno de estos millonarios se quita de en medio. Pensé que a lo mejor nos aclararía usted algo. ¿Podría dejarse caer por aquí?

—Voy inmediatamente.

—Así se habla, viejo. Un trabajito sucio, ¿verdad?

Poirot se limitó a repetir que iba inmediatamente para allá.

—¿No quiere usted levantar la liebre en el teléfono? Muy bien. Hasta ahora.

Un cuarto de hora más tarde Poirot estaba sentado en la biblioteca, en una habitación larga, baja de techo, situada en la parte de atrás del piso bajo del Northway House. En la habitación había otras cinco personas: el inspector Barnett, el doctor Stillingfleet, mistress Farley, viuda del millonario; Joanna Farley, su única hija, y Hugo Cornworthy, su secretario particular.

El inspector Barnett era un hombre discreto, de aspecto militar. El doctor Stillingfleet, cuyos modales profesionales eran completamente distintos de su estilo telefónico, era un joven de treinta años, alto y de rostro alargado.

Mistress Farley, evidentemente mucho más joven que su marido, era una mujer hermosa y morena. Ni su boca dura ni sus ojos negros dejaban traslucir la menor emoción. Parecía completamente dueña de sí. Joanna Farley era rubia y pecosa. Había heredado de su padre la nariz ganchuda y la barbilla saliente. Tenía una mirada inteligente y aguda. Hugo Cornworthy era un hombre un poco anodino, vestido muy correctamente. Parecía inteligente y eficiente.

Tras los saludos y las presentaciones de rigor Poirot relató sencilla y claramente los incidentes de su visita a Northway House y la historia que le había contado Benedict Farley. No pudo quejarse de falta de interés por parte de sus oyentes.

—¡La historia más extraordinaria que he oído en mi vida! —dijo el inspector—. Un sueño, ¿verdad? ¿Sabía usted algo de esto, mistress Farley?

Ella hizo un ademán de afirmación.

—Mi marido me habló de ello. Le tenía muy disgustado. Yo…, yo le dije que era mala digestión…, su régimen alimenticio, ¿sabe? Era muy raro, y le propuse que llamara al doctor Stillingfleet.

El joven negó con la cabeza.

—No me consultó a mí —dijo—. Según lo que cuenta monsieur Poirot, presumo que fue a Harley Street[8].

—Me gustaría conocer su opinión al respecto, doctor —dijo Poirot—. Míster Farley me dijo que había consultado a tres especialistas. ¿Qué opina usted de las teorías que expusieron?

Stillingfleet frunció el ceño.

—Es difícil decirlo. Tiene usted que tener en cuenta que lo que él le dijo a usted no fue exactamente lo que le dijeron a él. Era la

interpretación de un profano.

—¿Quiere usted decir que cambió la terminología?

—No precisamente eso. Quiero decir que le habrán dado su parecer en términos técnicos, él habrá tergiversado un poco el sentido y luego lo refunde con sus propias palabras.

—¿De modo que lo que me dijo a mí no fue exactamente lo que los médicos le dijeron?…

—Sí; eso viene a ser. Lo interpretó todo un poco mal, no sé si me entiende.

Poirot asintió pensativo.

—¿Se sabe a quién ha consultado? —preguntó.

Mistress Farley negó con la cabeza, y Joanna Farley observó:

—Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que hubiera consultado a nadie.

—¿Le habló a *usted* de su sueño? —preguntó Poirot.

La chica negó con la cabeza.

—¿Y a usted, míster Cornworthy?

—No; no me dijo ni una palabra. Yo tomé una carta que me dictó para usted, pero no tenía la menor idea de por qué quería consultarle. Creí que podría tener relación con alguna irregularidad de algún negocio.

Poirot preguntó:

—¿Y ahora puedo saber los detalles de la muerte de míster Farley?

El inspector Barnett interrogó con la mirada a mistress Farley y al doctor Stillingfleet, tomando luego la palabra.

—Míster Farley tenía costumbre de trabajar en su despacho del primer piso todas las tardes. Tengo entendido que se proyectaba una fusión de negocios muy importante.

Miró a Hugo Cornworthy, quien dijo:

—Autobuses de Línea Unidos.

—En relación con ese acuerdo —continuó el inspector—, míster Farley había accedido a conceder una entrevista a dos periodistas. Muy pocas veces concedía entrevistas; aproximadamente una vez cada cinco años, según tengo entendido. En consecuencia, dos periodistas, uno de Asociación de la Prensa y otro de Periódicos Unidos, llegaron aquí a las tres y cuarto, hora para la que habían

sido citados. Esperaron en el primer piso, a la puerta del despacho de míster Farley, que era donde solían esperar las personas citadas por él. A las tres y veinte llegó un mensajero de las oficinas de Autobuses de Línea Unidos con unos papeles urgentes. Fue introducido en el despacho de míster Farley, donde entregó los documentos. Míster Farley le acompañó a la puerta y desde allí dijo a los dos periodistas: «Siento hacerles esperar, señores, pero tengo que ocuparme de un asunto urgente. Haré lo posible por terminar pronto». Los dos periodistas, míster Adams y míster Stoddart, manifestaron que esperarían lo que hiciera falta. El volvió a su despacho, cerró la puerta… y nadie volvió a verle vivo.

—Continúe —dijo Poirot.

—Un poco después de las cuatro —prosiguió el inspector—, míster Cornworthy salió de su despacho, contiguo al de míster Farley, y se sorprendió al ver que los dos periodistas aún seguían allí. Quería que míster Farley firmara algunas cartas y le pareció conveniente recordarle también que aquellos dos señores estaban esperando. Por consiguiente, entró en el despacho de míster Farley. Con gran sorpresa por su parte, al principio no pudo ver a míster Farley y creyó que la habitación estaba vacía. Entonces vio una bota que salía de debajo de la mesa (la mesa está colocada frente a la ventana). Se dirigió rápidamente a la mesa y encontró a míster Farley en el suelo, muerto, con un revólver al lado. Míster Cornworthy salió corriendo de la habitación y dio instrucciones al mayordomo para que telefoneara al doctor Stillingfleet. Aconsejado por éste, míster Cornworthy informó también a la Policía.

—¿Oyó alguien el disparo? —preguntó Poirot.

—No. El tránsito es muy ruidoso aquí y la ventana del descansillo de la escalera estaba abierta. Con todos los camiones que pasan y con las bocinas hubiera sido muy improbable que alguien lo hubiera oído.

Poirot asintió pensativo.

—¿A qué hora se supone que murió? —preguntó.

Stillingfleet dijo:

—Examiné el cadáver tan pronto llegué aquí, es decir, a las cuatro y treinta y dos minutos. Míster Farley llevaba muerto por lo menos una hora.

Poirot tenía una expresión muy grave.

—Entonces parece posible que su muerte haya ocurrido a la hora que me dijo…, es decir, a las tres y veintiocho minutos.

—Exacto —dijo Stillingfleet.

—¿Había huellas en el revólver?

—Sí; las suyas.

—¿Y el revólver?

El inspector cogió la palabra.

—Era el que guardaba en el segundo cajón de la derecha de su mesa, tal y como le dijo a usted. Mistress Farley lo ha identificado. Además, la habitación sólo tiene una puerta, la que da al descansillo. Los dos periodistas estaban sentados exactamente enfrente de la puerta y juran que nadie entró en la habitación desde que míster Farley les habló hasta que míster Cornworthy entró, un poco después de las cuatro.

—¿De modo que todo parece indicar que míster Farley se ha suicidado?

El inspector Barnett sonrió.

—No habría la menor duda, a no ser por un detalle.

—¿Qué es…?

—La carta que le escribió a usted.

Poirot sonrió a su vez.

—¡Comprendo!… ¡Donde interviene Hércules Poirot surge inmediatamente la idea de asesinato!

—Exacto —dijo el inspector brevemente—. Sin embargo, después de haber aclarado usted la situación…

Poirot le interrumpió.

—Un momentito —se volvió hacia mistress Farley—. ¿Había sido hipnotizado alguna vez su marido?

—Nunca.

—¿Había estudiado hipnotismo? ¿Estaba interesado en el asunto?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No lo creo.

De pronto su autodominio pareció venirse abajo.

—¡Aquel sueño tan horrible! ¡Es tan extraño! ¡Eso de que haya soñado lo mismo noche tras noche…, y luego…, es como si…, como

si hubiera sido acosado, empujado a la muerte!

Poirot recordó lo que Benedict Farley le había dicho: «*Hago lo que realmente deseo hacer: matarme*».

—¿Se le había ocurrido alguna vez —preguntó Poirot— que su marido tuviera deseos de suicidarse?

—No… bueno, algunas veces estaba un poco raro…

Intervino airada Joanna Farley, con voz clara y despectiva:

—Papá nunca se hubiera suicidado. Tenía demasiado cuidado de su persona.

El doctor Stillingfleet dijo:

—La gente que amenaza suicidarse, miss Farley, no suele ser la que realmente se suicida. Por eso muchos suicidios parecen inexplicables.

Poirot se puso en pie.

—¿Se me autoriza ver la habitación donde ocurrió la tragedia? —preguntó.

—Por supuesto. Doctor Stillingfleet…

El doctor acompañó a Poirot escalera arriba.

El despacho de Benedict Farley era mucho más grande que el de su secretario. Estaba lujosamente amueblado con amplios butacones tapizados de cuero, una gruesa alfombra de lana y una mesa espléndida, de tamaño extraordinario.

Pasando detrás de la mesa, Poirot se dirigió al lugar, delante de la ventana, en que la alfombra mostraba una mancha oscura. Recordó las palabras del millonario: «A las tres y veintiocho minutos abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana… Y entonces…, y entonces me pego un tiro».

Movió la cabeza pensativo. Luego dijo:

—¿Estaba abierta la ventana como ahora?

—Sí; pero nadie pudo entrar por ahí.

Poirot asomó la cabeza. No había antepecho alguno, ni balaustrada ni cañería. Ni siquiera un gato hubiera podido entrar por aquel lado. Enfrente se alzaba la desnuda pared de la fábrica, una pared sin ventanas.

Stillingfleet dijo:

—¡Vaya habitación para despacho de un millonario, con esa

vista! Es como mirar a la pared de una cárcel.

—Sí —dijo Poirot. Retiró la cabeza y se quedó mirando a la masa de sólido ladrillo—. Creo que esa pared es importante.

Stillingfleet le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted decir… psicológicamente?

Poirot se había acercado a la mesa. Sin propósito definido, al parecer, cogió un par de pinzas extensibles. Apretó las asas y las pinzas se extendieron en toda su longitud. Con cuidado, Poirot cogió una cerilla usada que había junto a un butacón, a cierta distancia, y la depositó en el cesto de los papeles.

—Cuando haya terminado usted de jugar con eso… —dijo Stillingfleet irritado.

Hércules Poirot murmuró:

—Un invento ingenioso.

Y colocó de nuevo las pinzas en la mesa. Luego preguntó:

—¿Dónde estaban mistress y miss Farley a la hora de… la muerte?

—Mistress Farley estaba descansando en su habitación, en el piso de encima de éste. Miss Farley estaba pintando en su estudio, en el último piso de la casa.

Distraídamente, Hércules Poirot tamborileó con los dos dedos en la mesa durante un minuto o dos. Luego dijo:

—Me gustaría ver a miss Farley. ¿Podría usted decirle que viniera aquí un momento?

—Si usted quiere…

Stillingfleet le miró con curiosidad, saliendo luego de la habitación. Transcurridos unos dos minutos la puerta se abrió y entró Joanna Farley.

—¿Tiene usted inconveniente, *mademoiselle*, en que le haga unas cuantas preguntas?

Ella le miró con serenidad.

—Pregunte todo lo que guste.

—¿Sabía usted que su padre tenía un revólver en su mesa escritorio?

—No.

—¿Dónde estaban usted y su madre…, es decir, su madrastra, no es así?

—Sí; Louise es la segunda mujer de mi padre. Sólo es ocho años mayor que yo. ¿Iba usted a decir?

—¿Dónde estaban ustedes el jueves de la semana pasada? El jueves por la noche, quiero decir.

Ella pensó un momento.

—¿El jueves? Espere que piense. ¡Ah, sí! Habíamos ido al teatro. A ver *El perrito que se rió*.

—¿No mostró su padre deseos de acompañarlas?

—Nunca iba al teatro.

—¿Qué solía hacer por las tardes?

—Se sentaba aquí y leía.

—¿No era hombre muy sociable?

La chica le miró directamente a los ojos.

—Mi padre —dijo— era una persona sumamente desagradable. Nadie que viviera en estrecho contacto con él podría tenerle el menor cariño.

—Eso, *mademoiselle*, es hablar con claridad.

—Le estoy ahorrando tiempo, monsieur Poirot. Me doy perfecta cuenta de lo que busca usted. Mi madrastra se casó con mi padre por el dinero. Yo vivo aquí porque no tengo dinero para vivir en otro sitio. Hay un chico con el que me quiero casar, un chico pobre; mi padre le hizo perder su empleo. Quería, ¿comprende?, que me casara bien…, cosa muy fácil, porque voy a ser su heredera.

—¿Pasa a usted la fortuna de su padre?

—Sí. Es decir, dejó a Louise, mi madrastra, un cuarto de millón de libras, exentas de impuestos, y hay algunos otros legados; pero el resto viene a parar a mí —sonrió de pronto—. Conque ya ve usted, monsieur Poirot, que tenía muchos motivos para desear la muerte de mi padre.

—Ya veo, *mademoiselle*, que ha heredado usted su inteligencia.

Ella dijo, pensativa:

—Mi padre era inteligente… Sentía uno su poder, su fuerza conductora…; pero se había vuelto amargo, áspero…, no le quedaba nada de humanidad…

Hércules Poirot dijo en voz baja:

—*Gran Dieu*, pero ¡qué imbécil soy!…

Joanna Farley se volvió hacia la puerta.

—¿Algo más?

—Dos preguntitas. Estas pinzas —cogió las pinzas extensibles—, ¿estaban siempre en la mesa?

—Sí. Papá las usaba para coger cosas. No le gustaba agacharse.

—Otra pregunta. ¿Tenía su padre buena vista?

Ella se le quedó mirando.

—No…; no podía ver nada, es decir, no podía ver sin las gafas. Había tenido mala vista desde que era un chiquillo.

—Pero ¿veía bien con sus gafas?

—¡Ah!, sí; con las gafas veía muy bien, naturalmente.

—¿Podía leer periódicos y letra pequeña?

—Sí, sí.

—Eso es todo, señorita.

Joanna Farley salió de la habitación.

Poirot murmuró:

—He sido un estúpido. He tenido la solución todo el tiempo delante de las narices. Y, como estaba tan cerca, no pude verla.

Una vez más se asomó a la ventana. Abajo, en el estrecho espacio que separaba la casa de la fábrica, vio un pequeño objeto oscuro.

Hércules Poirot movió la cabeza, satisfecho, y bajó de nuevo la escalera.

Los demás seguían en la biblioteca. Poirot se dirigió al secretario.

—Míster Cornworthy, quiero que me relate usted con detalle todas las circunstancias relacionadas con la carta que me escribió míster Farley. Por ejemplo, ¿cuándo la dictó?

—El miércoles por la tarde, a las cinco y media, si no recuerdo mal.

—¿Le dio instrucciones especiales para echarla al correo?

—Me dijo que la llevara yo mismo.

—¿Y lo hizo usted así?

—Sí.

—¿Le dio instrucciones especiales al mayordomo respecto al modo de recibirme?

—Sí. Me dijo que le dijera a Holmes (Holmes es el mayordomo) que iba a venir un señor a las nueve y media. Tenía que preguntarle

el nombre y pedirle que le enseñara la carta.

—Unas precauciones un poco extrañas, ¿no le parece?

Cornworthy se encogió de hombros.

—Míster Farley —dijo, escogiendo las palabras— era un hombre bastante raro.

—¿No dio más instrucciones?

—Sí. Me dijo que podía salir, que tenía el resto de la tarde libre.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí. En seguida de cenar me fui al cine.

—¿Cuándo regresó usted?

—Volví a las once menos cuarto.

—¿Volvió usted a ver a míster Farley aquella noche?

—No.

—¿Y no mencionó el asunto a la mañana siguiente?

—No.

Poirot hizo una pausa; luego prosiguió:

—Cuando vine no me pasaron al despacho de míster Farley.

—No. Me dijo que le dijera a Holmes que le pasara a usted a mi despacho.

—¿Por qué? ¿Lo sabe usted?

Cornworthy negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca discutía las órdenes de míster Farley —dijo fríamente —. Le hubiera molestado que lo hiciera.

—¿Solía recibir a sus visitas en su propio despacho?

—De costumbre, sí; pero no siempre. Algunas veces las recibía en mi despacho.

—¿Había alguna razón para ello?

Hugo Cornworthy consideró la cuestión.

—No…, no lo creo…; nunca me paré a pensar en ello.

Volviéndose hacia mistress Farley, Poirot preguntó:

—¿Me permite usted que llame a su mayordomo?

—Desde luego, monsieur Poirot.

Muy correcto, muy cortés, Holmes acudió a la llamada.

—¿Llamaba la señora?

Mistress Farley señaló a Poirot con un gesto. Holmes se volvió hacia él muy atento.

—Usted dirá, señor.

—¿Qué instrucciones recibió usted, Holmes, la noche del jueves en que vine yo aquí?

Holmes se aclaró la garganta y luego dijo:

—Después de cenar, míster Cornworthy me comunicó que míster Farley esperaba a monsieur Hércules Poirot a las nueve y media. Yo tenía que averiguar el nombre del señor y comprobarlo mirando una carta. Luego tenía que conducirlo al despacho del secretario míster Cornworthy.

—¿También le dijeron que llamara a la puerta con los nudillos?

Al rostro del mayordomo asomó una expresión de desagrado.

—Ésa era orden de míster Farley. Tenía que llamar a la puerta siempre que introdujera alguna visita…, alguna visita de negocios, se entiende —añadió.

—¡Ah, eso me tenía perplejo! ¿Recibió usted alguna otra instrucción con respecto a mí?

—No, señor. Cuando míster Cornworthy me dijo lo que acabo de repetirle a usted, salió a la calle.

—¿Qué hora era?

—Las nueve menos diez, señor.

—¿Vio usted a míster Farley después de eso?

—Sí, señor. Le llevé un vaso de agua caliente a las nueve, como de costumbre.

—¿Estaba entonces en su despacho o en el de míster Cornworthy?

—En su despacho, señor.

—¿No observó usted nada fuera de lo normal en la habitación?

—¿Fuera de lo normal? No, señor.

—¿Dónde estaban mistress y miss Farley?

—Habían ido al teatro, señor.

—Gracias, Holmes. Eso es todo.

Holmes se inclinó y salió de la habitación. Poirot se volvió hacia la viuda del millonario.

—Otra pregunta, mistress Farley. ¿Veía bien su esposo?

—No. Sin gafas, no.

—¿Era muy corto de vista?

—¡Oh!, sí; no podía valerse sin sus gafas.

—¿Tenía varios pares de gafas?

—Sí.

—¡Ah! —dijo Poirot. Y se echó hacia atrás—. Creo que con esto concluye el caso…

Se hizo el silencio en la habitación. Todos miraban al hombrecillo, que se acariciaba el bigote con expresión complacida. El rostro del inspector mostraba perplejidad, el doctor Stillingfleet fruncía el ceño, Cornworthy se limitaba a mirar sin comprender, mistress Farley parecía atónita y Joanna Farley anhelante.

Mistress Farley rompió el silencio.

—No comprendo, monsieur Poirot —dijo irritada—. El sueño…

—Sí —dijo Poirot—. El sueño era muy importante.

Mistress Farley se estremeció.

—Nunca creí en nada sobrenatural —dijo—; pero ahora… soñarlo noche tras noche…

—Es extraordinario —dijo Stillingfleet—. ¡Extraordinario! Si no fuera usted quien lo dice, Poirot, y si no lo supiera de buena tinta… —tosió turbado, volviendo a adoptar su actitud profesional—. Perdón, mistress Farley; si el propio míster Farley no le hubiera contado a usted la historia…

—Exacto —dijo Poirot. Sus ojos, que había tenido entornados, se abrieron de pronto. Parecían muy verdes—. *Si Benedict Farley no me lo hubiera dicho*…

Hizo una pausa, dirigiendo una mirada al círculo de rostros atónitos que le rodeaba.

—Algunas de las cosas que ocurrieron aquella noche me parecían completamente inexplicables. Primero, ¿por qué insistir tanto en que trajera conmigo la carta en que me citaron?

—Identificación —sugirió Cornworthy.

—No, no, querido joven. Esa idea es ridícula. Tiene que haber alguna otra razón de mucho más peso. Porque míster Farley no se limitó a pedir que yo presentara la carta, sino que de modo tajante me pidió que la dejara aquí. Y aún es más, ¡ni siquiera la destruyó! La encontraron esta tarde entre sus papeles. *¿Por qué la conservó?*

La voz de Joanna Farley interrumpió, diciendo:

—Quería que, si le pasaba algo, se conocieran los detalles de su extraño sueño.

Poirot hizo un ademán de aprobación.

—Es usted sagaz, *mademoiselle*. Ése debe ser, no tiene más remedio que ser, el motivo de haber guardado la carta. Cuando míster Farley muriera tenía que conocerse la historia de aquel extraño sueño. Aquel sueño era muy importante. Aquel sueño, *mademoiselle*, era *vital*. Voy a ocuparme ahora —continuó— del segundo extremo. Después de escuchar su historia le pedí a míster Farley que me mostrara la mesa y el revólver. Parecía a punto de levantarse para hacerlo, y de pronto se niega. ¿Por qué se niega?

Esta vez nadie anticipó la respuesta.

—Haré la pregunta de otra manera. *¿Qué había en el cuarto contiguo que míster Farley no quería que yo viera?*

Todos continuaron en silencio.

—Sí —dijo Poirot—; es difícil contestar a esta pregunta. Y, sin embargo, había una razón, una razón muy importante, para que míster Farley me recibiera en el despacho de su secretario y se negara en redondo a llevarme a su propio despacho. *Algo había en aquel cuarto que no podía dejarme ver*. Y ahora llego a la tercera cosa inexplicable que ocurrió aquella noche. Míster Farley, en el momento en que me marchaba, me pidió que le entregara la carta que me había escrito. Inadvertidamente le di una comunicación de mi lavandera. La miró y la puso en la mesa que tenía al lado. Ya en la puerta, me di cuenta de mi error y lo rectifiqué. Después de hacerlo salí de la casa y, lo confieso, estaba completamente desconcertado. Todo aquel asunto, y especialmente el último incidente, me resultaba del todo inexplicable.

Pasó la mirada de uno a otro.

—¿No comprenden?

Stillingfleet dijo:

—No veo qué tiene que ver su lavandera con el asunto, Poirot.

—Mi lavandera —dijo Poirot— tuvo mucha importancia. Esa desgraciada que estropea los cuellos de mis camisas, por primera vez en su vida fue útil a alguien. Pero tienen que verlo ustedes…, ¡es tan claro! Míster Farley echó una mirada a aquella comunicación; *una mirada* debía haberle bastado para ver que aquélla no era la carta que quería…, y no se enteró. ¿Por qué? *¡Porque no pudo verla bien!*

El inspector Barnett dijo vivamente:

—¿No tenía puestas las gafas?

Hércules Poirot sonrió.

—Sí —dijo—. Tenía puestas las gafas. Por eso precisamente es tan interesante este punto.

Se inclinó hacia adelante.

—El sueño de míster Farley era muy importante. Soñó que se suicidaba, y poco después se suicidó. Es decir, estaba solo en una habitación y fue encontrado allí con un revólver a su lado, y nadie entró en la habitación ni salió de ella a la hora en que se produjo el disparo. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que *tiene* que tratarse de un suicidio, ¿verdad?

—Sí —dijo Stillingfleet.

Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo.

—Por el contrario —dijo—. Se trata de un asesinato. Un asesinato fuera de lo corriente y planeado con gran habilidad.

De nuevo se inclinó hacia adelante, dando golpecitos en la mesa y con los ojos muy verdes y muy brillantes.

—¿Por qué no me permitió míster Farley que pasara a su despacho aquella noche? ¿Qué había allí que no debía dejárseme ver? Creo, amigos míos, que allí estaba… ¡Benedict Farley en persona!

Poirot sonrió a los rostros atónitos que le circundaban.

—Sí, sí; no digo ninguna tontería. ¿Por qué míster Farley, con el que yo había estado hablando, no se dio cuenta de la diferencia entre dos cartas completamente distintas? Porque, *mes amis*, era un hombre de *vista normal*, que llevaba puestas unas gafas de cristales muy gruesos. Esas gafas dejarían prácticamente ciego a un hombre de vista normal. ¿No es así, doctor?

Stillingfleet murmuró:

—Así es…, naturalmente.

—¿Por qué tuve la impresión al hablar con míster Farley de estar hablando con un charlatán, con un actor que estuviera representando un papel? ¡Porque estaba representando un papel! Imaginen la escena. El cuarto en penumbra; la luz, bajo la pantalla verde, vuelta en sentido contrario a la figura de la butaca. ¿Qué vi yo? La famosa bata de retazos de colores, la nariz ganchuda (fabricada con esa sustancia tan útil, la masilla), el mechón de

cabellos blancos, los gruesos cristales que ocultaban los ojos… ¿Qué pruebas tenemos de que míster Farley tuviera aquel sueño? Sólo la historia que se me contó a mí y las palabras de *mistress Farley*. ¿Qué pruebas tenemos de que Benedict Farley guardara un revólver en su mesa? Igual que antes, sólo lo que se me dijo a mí y la palabra de mistress Farley. Dos personas llevaron a cabo esta superchería, mistress Farley y Hugo Cornworthy. Cornworthy me escribió la carta, dio instrucciones al mayordomo, salió aparentando ir al cine, pero volvió en seguida, entrando con su llave; se fue a su cuarto, se caracterizó y representó el papel de Benedict Farley. Y con esto llegamos a esta tarde. Llega por fin la oportunidad que había estado esperando míster Cornworthy. En el descansillo hay dos testigos que podrán jurar que nadie entró ni salió del despacho de Benedict Farley. Cornworthy espera hasta que está a punto de pasar una gran cantidad de coches. Entonces se asoma a su ventana, y con las pinzas extensibles que ha cogido de la mesa del despacho contiguo sostiene un objeto contra la ventana de este cuarto. Benedict Farley se acerca a la ventana. Cornworthy retira rápidamente las pinzas, y mientras Farley se echa hacia fuera y por la calle pasan los camiones y coches, dispara contra él el revólver que tiene dispuesto. No puede haber testigos del crimen. Cornworthy espera más de media hora, luego coge unos papeles, esconde entre ellos las pinzas extensibles y el revólver y sale al descansillo, dirigiéndose a la habitación contigua. Coloca de nuevo las pinzas en la mesa, deja el revólver en el suelo, después de apretar contra él los dedos del muerto, y sale corriendo con la noticia del «suicidio» de míster Farley. Dispone las cosas de modo que aparezca la carta dirigida a mí y que llegue yo con mi historia, la historia oída *de labios de míster Farley*, sobre su extraordinario «sueño» y la extraña fuerza que le arrastraba al suicidio. Algunos crédulos discutirían la teoría del hipnotismo, pero la consecuencia primordial de la historia sería probar sin lugar a dudas que la mano que había disparado el revólver había sido la de Benedict Farley.

Hércules Poirot dirigió sus ojos al rostro de la viuda, un rostro ceniciento, abatido, aterrorizado…

—Y a su debido tiempo —terminó suavemente— hubiera llegado el final feliz. Un cuarto de millón de libras y dos corazones

latiendo al unísono…

* * *

John Stillingfleet y Hércules Poirot iban andando por el costado de Northway House. A su derecha se alzaba la elevada pared de la fábrica. Sobre ellos, a su izquierda, las ventanas de los despachos de Benedict Farley y Hugo Cornworthy. Hércules Poirot se agachó y cogió un pequeño objeto, un gato negro de peluche.

—*Voila!* —dijo—. Esto es lo que Cornworthy sostuvo con las pinzas extensibles contra la ventana de Farley. ¿Recuerda usted que odiaba los gatos? Naturalmente, corrió a la ventana.

—¿Por qué diablos no salió Cornworthy a recogerlo después de haberlo tirado?

—¿Cómo iba a hacerlo? Hubiera sido muy sospechoso. Después de todo, si alguien encontraba este objeto, ¿qué creería? Que algún niño había estado jugando por aquí y se le había caído.

—Sí —dijo Stillingfleet suspirando—. Eso es probablemente lo que hubiera pensado una persona corriente. Pero el bueno de Poirot, no. ¿Sabe usted, viejo zorro, que hasta el último minuto pensé que iba usted a ir a parar a alguna teoría muy sutil sobre un asesinato «sugerido», psicológico y retumbante? Apuesto algo a que esos dos pensaban lo mismo. ¡Buena pieza la Farley! ¡Qué barbaridad, cómo estalló! Cornworthy pudo haberse salvado si ella no se hubiera puesto nerviosa, abalanzándose sobre usted y tratando de estropear su bello físico con las uñas. ¡Le libré de ella en el momento justo!

Hizo una pausa y luego dijo:

—Me gusta la chica. Es valiente y tiene cabeza. Me figuro que me tomarían por un cazadotes si hiciera alguna tentativa…

—Llega usted tarde, amigo. Ya hay alguien *sur le tapis*. La muerte de su padre ha allanado para ella el camino de la felicidad.

—Pensándolo bien, tenía un buen motivo para quitar de en medio a su desagradable padre.

—El motivo y la oportunidad no bastan —dijo Poirot—. ¡Hay que tener también mentalidad criminal!

—Me gustaría saber si sería usted capaz de cometer un crimen, Poirot —dijo Stillingfleet—. Apuesto algo a que saldría muy bien parado. En realidad, sería demasiado fácil para usted, quiero decir, sería completamente antideportivo.

—Ésa —dijo Poirot— es una idea típicamente inglesa.

EN UN ESPEJO

No puedo explicar esta historia. No tengo ninguna teoría respecto al cómo y al porqué de ella. Sencillamente… sucedió.

De todos modos, me pregunto algunas veces cómo se hubieran desarrollado las cosas si hubiera notado entonces aquel detalle esencial que no observé hasta muchos años más tarde. Si lo hubiera notado… bueno, creo que el rumbo de tres vidas hubiera cambiado por completo. En cierto sentido, es ésta una idea sobrecogedora.

Para relatar el principio de la historia tengo que retroceder al verano de 1914, inmediatamente antes de la guerra, cuando fui con Neil Carslake a Badgeworthy. Creo que Neil era mi mejor amigo. Conocía también a su hermano Alan, pero no tanto. A Sylvia, su hermana, no la conocía. Era dos años más joven que Alan y tres más que Neil. En dos ocasiones, cuando estábamos juntos en el colegio, debía haber ido a pasar parte de las vacaciones a Badgeworthy con Neil; pero en las dos ocasiones algo lo había impedido. Y así se dio el caso de que hasta los veintitrés años no llegué a ver la casa de Neil y de Alan.

Íbamos a reunimos muchos. Sylvia, la hermana de Neil, acababa de formalizar su compromiso con un individuo llamado Charles Crawley. Crawley era, según me había dicho Neil, mucho mayor que ella, pero un hombre honrado a carta cabal y bastante adinerado.

Recuerdo que llegamos a eso de las siete de la tarde. Todos estaban en sus habitaciones, vistiéndose para la cena. Neil me llevó a mi cuarto. Badgeworthy era una casa antigua, atractiva y de construcción irregular. Durante los últimos tres siglos la habían ido ampliando y estaba llena de peldaños que subían o bajaban y de escaleras inesperadas. Era una de esas casas en las que no es muy

fácil orientarse. Recuerdo que Neil me prometió pasar a recogerme al bajar al comedor. Me sentía un poco tímido ante la idea de conocer a su familia. Recuerdo que dije, riendo, que aquella era una casa donde uno esperaba encontrarse con fantasmas en los pasillos, y él contestó, sin darle importancia, que se decía que los había, pero que ninguno de ellos los había visto y que ni siquiera sabía qué forma se le atribuía a los fantasmas de Badgeworthy.

Luego salió y yo me puse a revolver en las maletas en busca de mi ropa de etiqueta. Los Carslake no eran ricos; se aferraban a su vieja casa, pero no había criados que sirvieran a los invitados y deshicieran sus equipajes.

Pues bien: había llegado a la fase de hacerme la corbata. De pie, frente al espejo, podía verme la cara y los hombros, y detrás de ellos la pared de la habitación (un trozo liso de pared, interrumpido en el centro por una puerta), y en el momento en que había logrado hacer el nudo observé que la puerta estaba abriéndose.

No sé por qué no giré en redondo; creo que eso hubiera sido lo natural; pero el caso es que no lo hice. Me quedé mirando cómo la puerta se abría lentamente y, al irse abriendo, pude ver el cuarto contiguo al que yo ocupaba.

Era un dormitorio mayor que el mío, con dos camas, y, de pronto, contuve la respiración.

Porque al pie de una de las camas había una chica y alrededor de su cuello un par de manos de hombre, y el hombre la iba echando hacia atrás, poco a poco, apretándole la garganta al hacerlo, de modo que la chica estaba asfixiándose lentamente.

No había la menor posibilidad de error. Lo que veía era clarísimo. Se estaba cometiendo un asesinato. Podía ver con claridad la cabeza de la chica; su cabello, de un dorado intenso; el terror agonizante de su hermoso rostro, que lentamente se iba inundando de sangre. Al hombre sólo podía verle la espalda, las manos y una cicatriz que le bajaba por el lado izquierdo de la cara hacia el cuello.

Se tarda algo en contarlo, pero, en realidad, sólo pasé unos segundos contemplando atónito la escena. Luego giré en redondo para salvarla…

Y en la pared que había a mi espalda, en la pared reflejada en el

espejo, no había más que un gran armario antiguo de caoba. Ni puerta abierta, ni escena violenta. Giré de nuevo hacia el espejo. El espejo reflejaba tan sólo el armario…

Me pasé las manos por los ojos. Luego crucé la habitación en dos zancadas y traté de empujar el armario. Y en aquel momento entró Neil por la otra puerta, la del pasillo, y me preguntó qué diablos intentaba hacer.

Debió de creer que estaba un poco chiflado cuando me volví hacia él y le pregunté si había una puerta detrás del armario. Dijo que sí, que había una puerta que conducía al cuarto contiguo. Le pregunté quién ocupaba el cuarto, y dijo que un matrimonio llamado Oldham, el comandante Oldham y su esposa. Le pregunté entonces si mistress Oldham era muy rubia, y al contestarme él secamente que era morena, empecé a darme cuenta de que debía de estar haciendo el ridículo. Me rehice, di una explicación poco convincente y bajamos la escalera juntos. Me dije que debía de haber sufrido una especie de alucinación y me sentí avergonzado y un poco tonto.

Y entonces…, entonces… Neil dijo: «Mi hermana Sylvia», y vi delante de mí el rostro encantador de la chica a quien estaban asfixiando…, y me presentaron a su novio, un hombre alto, moreno, con una cicatriz en el lado izquierdo de la cara.

Bueno; ahí lo tienen ustedes. Me gustaría que meditaran la cuestión y me dijeran qué hubieran hecho en mi lugar. Allí estaba la chica, exactamente la misma chica, y allí estaba el hombre a quien yo había visto estrangularla, y se iban a casar dentro de un mes aproximadamente…

¿Sería o no aquello una visión profética del futuro? ¿Volverían allí Sylvia y su marido algún día, les darían aquella habitación (la mejor habitación de invitados), y la escena que yo acababa de presenciar tendría lugar en la realidad?

¿Qué iba a hacer yo? ¿Podía hacer algo? ¿Podría alguien creer mi historia? ¿Me creería Neil, la chica misma?

Durante la semana que pasé allí le estuve dando vueltas al asunto una y otra vez. ¿Hablaría o no hablaría? Y casi en seguida surgió otra complicación. Porque me enamoré de Sylvia Carslake en el mismo momento en que la vi por primera vez… La quería más

que nada en el mundo… Y eso, en cierto modo, ataba mis manos.

Y, sin embargo, si no decía nada, Sylvia se casaría con Charles Crawley y Crawley la mataría…

Por fin, el día antes de marcharme se lo conté todo bruscamente. Le dije que suponía que me iba a creer mal de la cabeza o algo por el estilo, pero le juré solemnemente que había visto la escena tal y como se la había contado, y que estando decidida a casarse con Crawley debía conocer mi extraña visión.

Me escuchó en silencio. En sus ojos había una expresión que no comprendí. No se enfadó en absoluto. Cuando terminé, se limitó a darme gravemente las gracias. Yo repetía una y otra vez, como un idiota:

—Lo he visto. De verdad, lo he visto.

Y ella dijo:

—Estoy segura de que lo has visto, si tú lo dices. Te creo.

Bien; el resultado fue que me marché sin saber si había obrado bien o si había hecho el tonto, y una semana después Sylvia rompía su compromiso con Charles Crawley.

Después de eso vino la guerra y no hubo mucho tiempo para pensar en nada más. Una o dos veces, estando de permiso, encontré casualmente a Sylvia, pero la evité en la medida de lo posible.

La quería y la necesitaba tanto como antes, pero me parecía que no sería jugar limpio. Había sido por mí por lo que había roto su compromiso con Crawley y no dejaba de repetirme a mí mismo que para justificar tal acción tenía que mantener una actitud puramente desinteresada.

En 1916 murió Neil y me tocó a mí relatarle a Sylvia sus últimos momentos. Después de eso no podíamos continuar tratándonos con cumplidos. Sylvia había querido muchísimo a su hermano y Neil había sido mi mejor amigo. Estaba encantadora, adorable en su dolor. Me costó gran esfuerzo callar y me marché, deseando que una bala acabara con todo. La vida sin Sylvia no valía la pena de ser vivida.

Pero ninguna bala llevaba mi nombre. Una me pasó rozando por debajo de la oreja derecha y a otra la desvió una pitillera que tenía en el bolsillo, pero salí incólume. Charles Crawley murió en acción a principios de 1915.

En cierto modo, eso cambió algo las circunstancias. Volví a Inglaterra en el otoño de 1918, cuando iba a firmarse el Armisticio; fui inmediatamente a ver a Sylvia y le dije que la quería. No tenía muchas esperanzas de que me quisiera en seguida, y cuando me preguntó por qué no se lo había dicho antes, me quedé que si me pinchan no sangro. Farfullé algo sobre Crawley y ella dijo:

—Pero ¿por qué crees que terminé con él?

Y me contó que, igual que me había pasado a mí con ella, se había enamorado de mí en el momento de conocerme.

Le dije que había creído que había roto su compromiso a causa de la historia que le había contado, y ella se rió y dijo que si una mujer quería a un hombre no iba a ser tan cobarde. Volvimos a hablar de aquella visión mía y estuvimos de acuerdo en que era muy extraña y nada más.

No hay mucho que contar de la temporada siguiente. Sylvia y yo nos casamos y éramos felices. Pero no tardé en darme cuenta de que yo no estaba hecho para ser un marido modelo. Quería muchísimo a Sylvia, pero tenía celos, unos celos absurdos, de cualquiera a quien ella le sonriera simplemente. Al principio, eso la divertía. Hasta creo que le gustaba. Demostraba, por lo menos, cuánto la quería.

En cuanto a mí, me daba perfecta cuenta de que no sólo estaba haciendo el ridículo, sino poniendo en peligro la paz y la felicidad de nuestra vida en común. Ya digo que lo comprendía, pero no podía cambiar. Siempre que Sylvia recibía una carta y no me la mostraba, me preguntaba de quién sería. Si reía hablando con un hombre, quienquiera que fuese, me ponía sombrío y en guardia acto seguido.

Como ya he dicho, al principio Sylvia se reía de mí. Le parecía una cosa muy graciosa. Después ya no le hacía tanta gracia. Y, por último, no le hacía gracia ninguna.

Y lentamente empezó a alejarse de mí. Me cerró las puertas de su espíritu. Ya no sabía cuáles eran sus pensamientos. Estaba cariñosa conmigo, pero triste, como si se hallara muy lejos.

Poco a poco comprendí que ya no me quería. Su amor por mí había muerto y yo lo había matado…

Entonces apareció Derek Wainwright. Él tenía todo lo que a mí me faltaba. Era inteligente y hablaba con agudeza. Era apuesto,

además, y, no tengo más remedio que reconocerlo, un chico excelente. En seguida que lo vi, me dije:

«Este nombre parece hecho para Sylvia…».

Ella luchó. Sé que luchaba…, pero no la ayudé. No podía. Me había atrincherado en mi sombría y melancólica reserva. Sufría lo indecible y no podía mover un dedo para salvarme. No la ayudé. Incluso empeoré las cosas. Un día me desaté con ella, le dije una serie de barbaridades injustificables. Estaba como loco de celos y de dolor. Las cosas que dije eran crueles y falsas y las decía a sabiendas de que lo eran. Experimentaba un placer feroz en decirlas…

Recuerdo cómo Sylvia enrojeció, retrocedió…

La llevé al límite de su resistencia.

Recuerdo que dijo:

—Esto no puede continuar…

Cuando volví a casa aquella noche, la casa estaba vacía…, vacía. Había dejado una nota, al modo clásico.

En ella me decía que me dejaba para siempre. Se marchaba a Badgeworthy, a pasar allí uno o dos días. Después se iba junto a la persona que la quería y la necesitaba. Tenía que considerar aquello como el fin.

Creo que hasta entonces no había creído realmente mis propias sospechas. El ver por escrito la confirmación de mis temores me volvió completamente loco. Salí corriendo tras ella a la máxima velocidad que pude sacar al coche.

Recuerdo que acababa de cambiarse para cenar cuando entré en su habitación como una tromba. Todavía puedo ver su cara, sorprendida, asustada, hermosa…, sus ojos brillantes.

—Nadie te conseguirá —dije yo—. Nadie.

Y cogí su garganta y apreté, echándola hacia atrás lentamente.

Y de pronto vi reflejada nuestra imagen en el espejo. Yo estrangulando a Sylvia, que se asfixiaba, y la cicatriz de mi mejilla, donde la bala la había rozado, debajo de la oreja derecha.

No, no la maté. Aquella revelación repentina me paralizó y mis manos aflojaron la presión y la dejé caer al suelo…

Y entonces me vine abajo y ella me consoló… Sí, me consoló…

Le conté todo y ella me dijo que con la frase «la persona que me quiere y me necesita», a quien se refería era a su hermano Alan…

Aquella noche nos comprendimos y desde aquel momento nunca volvimos a distanciarnos en discusiones.

Es muy aleccionador ir por la vida con el pensamiento de que, de no haber sido por la gracia de Dios y por un espejo, uno podría ser un asesino…

Pero una cosa murió aquella noche: el demonio de los celos, que me había poseído cruelmente durante tanto tiempo…

Sin embargo, algunas veces me paro a considerar en lo que hubiera ocurrido de no haber cometido aquel error inicial: creer que la cicatriz estaba en la mejilla *izquierda*, cuando en realidad estaba en la *derecha*, devolviéndola el espejo invertida… ¿Hubiera estado tan seguro de que aquel hombre era Charles Crawley? ¿Hubiera advertido a Sylvia? ¿Se hubiera casado ella conmigo, o con él?

¿O acaso el pasado y el futuro serán realmente uno mismo?

Soy un hombre sencillo y no pretendo comprender estas cosas, pero lo que vi, lo vi, y, a consecuencia de lo que vi, Sylvia y yo, para decirlo con la frase tradicional, estamos juntos hasta que la muerte nos separe. Y puede que hasta más allá…

PROBLEMA EN EL MAR

—¡Coronel Clapperton! —dijo el general Forbes, en un tono que sonó como un ronquido o un resoplido.

Miss Ellie Henderson se inclinó hacia adelante, con un mechón de su suave cabello gris meciéndosele por la cara. Sus ojos, oscuros y vivos, brillaban de satisfacción maligna.

—¡Un hombre con un aspecto tan militar! —dijo con malicia, y se echó hacia atrás el mechón de pelo, esperando el resultado de su frase.

—¡Militar! —estalló el general Forbes.

Se tiró de su bigote guerrero, con el rostro de un rojo subido.

—Estaba en la Guardia, ¿no? —murmuró miss Henderson, rematando su obra.

—¿En la Guardia? ¿En la Guardia? ¡Qué sarta de estupideces! ¡Ese individuo era un artista de variedades! ¡Palabra! Se alistó y estuvo en Francia contando latas de ciruela y de manzana. A los teutones se les cayó una bomba perdida y le mandaron a Inglaterra con una herida sin importancia en el brazo. No sé cómo fue a parar al hospital de lady Carrington.

—¡Conque fue así como se conocieron!

—¡Exacto! El tipo interpretó el papel de héroe. Lady Carrington no tenía cabeza, pero sí tenía montones de dinero. El viejo Carrington había negociado con municiones. Llevaba sólo seis meses de viuda. Ese tipo se hizo con ella en un momento. Luego ella le enchufó en el Ministerio de la Guerra. ¡Coronel Clapperton! ¡Bah! —terminó con un bufido.

—Y antes de la guerra era artista de variedades —murmuró miss Henderson, tratando de imaginar al distinguido coronel Clapperton, con sus cabellos grises, como un cómico de nariz colorada,

entonando canciones bufas.

—¡Exacto! —dijo el general Forbes—. Se lo oí decir al viejo Bassington-Krench. Y él se lo oyó al viejo Badger Cotterill, que lo supo por Snooks Parker.

Miss Henderson asintió vivamente.

—Bueno, entonces no hay más que hablar —dijo.

Una sonrisa fugaz asomó al rostro de un hombre bajito, sentado cerca de ellos. Miss Henderson observó la sonrisa. Era muy observadora. La sonrisa mostraba que aquel hombre había apreciado la ironía envuelta en su última observación…, ironía que el general ni por un momento sospechó. El general tampoco veía las sonrisas. Echó una ojeada a su reloj, se puso en pie y observó:

—Ejercicio. Hay que mantenerse en forma cuando se está en un barco.

Y se marchó a cubierta.

Miss Henderson miró al hombre que se había sonreído. Era una mirada de persona educada, con la que indicaba que estaba dispuesta a entablar conversación con su compañero de viaje.

—Es activo, ¿verdad? —preguntó el hombre bajito.

—Da la vuelta a cubierta cuarenta y ocho veces exactamente —dijo miss Henderson—. ¡Qué cotilla es! ¡Y luego dicen que es a las mujeres a las que nos gusta el escándalo!

—¡Qué descortesía!

—Los franceses son muy corteses —dijo miss Henderson con un matiz de interrogación en la voz.

El hombre bajito reaccionó prontamente a la insinuación.

—Belga, *mademoiselle* —dijo.

—¡Ah! Belga.

—Hércules Poirot, a su disposición.

El nombre despertó en ella algún recuerdo. ¿Dónde lo habría oído antes?

—¿Lo pasa usted bien en el barco, monsieur Poirot?

—Francamente, no. Ha sido una estupidez haberme dejado convencer para venir. Detesto *la mer*. Nunca está tranquila, nunca, ni un minuto.

—Bueno, reconocerá usted que ahora está tranquila.

Monsieur Poirot lo admitió a regañadientes.

—*A ce moment*, sí. Por eso revivo. Por eso vuelvo a interesarme por lo que sucede a mi alrededor… por ejemplo, ha despertado mi interés su habilidad en manejar al general Forbes.

—¿Se refiere usted a…?

Miss Henderson se calló. Hércules Poirot inclinó la cabeza.

—A su manera de sacarle aquel escándalo. ¡Admirable!

Miss Henderson se rió, sin sentir el menor embarazo.

—¿Aquel quite sobre la Guardia? Yo sabía que eso le haría quedarse sin habla —se echó hacia adelante, en actitud confidencial —. Confieso que me gusta el escándalo… ¡cuanto peor intencionado sea, mejor!

Poirot la miró pensativo. Era una mujer de cuarenta y cinco años, satisfecha de representarlos, esbelta, de figura bien conservada, de agudos ojos oscuros y cabello gris.

Ellie dijo, de pronto:

—¡Ya sé! ¿No es usted el gran detective?

Poirot hizo una inclinación de cabeza.

—Es usted muy amable, *mademoiselle*.

Pero no rechazó el cumplido.

—¡Qué emocionante! —dijo miss Henderson—. ¿Está usted tras una pista, como dicen en los libros? ¿Tenemos entre nosotros un criminal de incógnito? ¿Soy indiscreta?

—Nada de eso. Me duele desilusionarla, pero estoy aquí, con los demás, sencillamente para divertirme.

Lo dijo con voz tan lúgubre que miss Henderson se rió.

—Bueno, mañana podrá bajar a tierra en Alejandría. ¿Ha estado usted antes en Egipto?

—Nunca, *mademoiselle*.

Miss Henderson se levantó un tanto bruscamente.

—Voy a reunirme con el general en su paseíto —anunció con sequedad.

Poirot se puso en pie cortésmente.

Ella le hizo un saludo ligero y salió a cubierta.

A los ojos de Poirot asomó por un momento una expresión un poco perpleja; luego se levantó, los labios fruncidos por una sonrisita, asomó la cabeza por la puerta y miró a cubierta. Miss Henderson se inclinaba contra la barandilla, hablando con un

hombre alto, de aspecto militar.

La sonrisa de Poirot se acentuó. Volvió al salón de fumar con las mismas precauciones con que la tortuga se mete en su concha. Por el momento, el salón de fumar era sólo suyo, pero supuso certeramente que aquella situación no duraría mucho.

Y no duró. Mistress Clapperton entró por la puerta del bar con el aire resuelto de la mujer que siempre ha podido pagar el precio más alto por todo lo que necesitaba. Llevaba el cabello rubio platino cuidadosamente ondulado y protegido por una redecilla, y la figura, sometida a masajes y dietas, cubierta con un elegante conjunto deportivo.

—¡John! —dijo—. ¡Ah, buenos días, monsieur Poirot! ¿Ha visto usted a John?

—Está en la cubierta de estribor, *madame* ¿Voy…?

Ella le detuvo con un gesto.

—Me sentaré aquí un minuto.

Se sentó con aire de reina en la butaca frente a la suya. Desde lejos podían echársele veintiocho años. De cerca, a pesar del maquillaje perfecto, de las cejas, muy bien depiladas, no representaba los cuarenta y nueve años que tenía, sino posiblemente cincuenta y cinco. Sus ojos duros, de pupilas diminutas, eran de una tonalidad azul pálido.

—Sentí no verle anoche en el comedor —dijo—. Desde luego, el mar estaba un poco picado.

—*Précisément*… —dijo Poirot con calor.

—Afortunadamente, yo no me mareo nunca —dijo mistress Clapperton—. Digo afortunadamente, porque, como padezco del corazón, probablemente si me mareara, eso significaría la muerte para mí.

—¿Padece usted del corazón, *madame*?

—Sí; tengo que tener *muchísimo* cuidado. No *debo* fatigarme. ¡*Todos* los médicos lo dicen!

Mistress Clapperton había cogido el tema, para ella fascinador, de su salud.

—John, pobrecito mío —prosiguió—, se desvive por evitarme que haga demasiadas cosas. ¡Vivo tan intensamente, monsieur Poirot!

—Sí, sí.

—Siempre me dice: «Trata de vegetar un poco, Adeline». Pero no puedo. Yo creo que la vida ha sido hecha para *vivirla*. A decir verdad, me agoté siendo muy joven, durante la guerra. Mi hospital…, ¿ha oído usted hablar de mi hospital? Claro que tenía enfermeras y todo eso, pero era yo quien lo llevaba realmente.

Suspiró.

—Su vitalidad es maravillosa, querida señora —dijo Poirot con el tono un poco mecánico de la persona que dice lo que esperan que diga.

Mistress Clapperton soltó una risita juvenil.

—¡Todo el mundo elogia lo joven que estoy! ¡Es absurdo! Nunca niego que tenga cuarenta y tres años —continuó con franqueza un tanto falsa—, pero a mucha gente le cuesta trabajo creerlo. «¡Tienes tanta *vitalidad*, Adeline!», me dicen. Pero la verdad, monsieur Poirot, ¿qué sería de uno si no tuviera vitalidad?

—Se moriría —dijo Poirot.

Mistress Clapperton frunció el ceño. No le gustó la respuesta. Aquel hombre, pensó, quería hacerse el gracioso. Se levantó y dijo fríamente:

—Voy a buscar a John.

Al cruzar la puerta se le cayó el bolso. Éste se abrió y su contenido se desparramó por el suelo. Poirot corrió galantemente a ayudarla. Tardó varios minutos en recoger las barras de labios, las polveras, la pitillera, el encendedor y otras cosas diversas. Mistress Clapperton le dio las gracias cortésmente, salió luego a cubierta y llamó:

—¡John!

El coronel Clapperton continuaba enfrascado en su conversación con miss Henderson. Se volvió y se acercó apresuradamente a su esposa, inclinándose hacia ella en actitud protectora. ¿Estaba su silla en el sitio apropiado? ¿No sería mejor…? Su actitud era muy cortés y solícita. Evidentemente, una esposa mimada por su amante esposo.

Miss Henderson miró al horizonte, como si la escena le desagradara profundamente.

En pie en la puerta del salón de fumar, Poirot observaba.

Una voz áspera y temblona dijo a su espalda:

—Si fuera yo su marido, le daría con un hacha.

El viejo caballero, a quien la gente joven del barco, sin ningún respeto, conocía por el Patriarca de los Plantadores de Té, acababa de entrar, arrastrando los pies.

—¡Chico! —llamó—. ¡Tráeme un *whisky*!

Poirot se agachó para recoger un trozo de papel caído del bolso de mistress Clapperton y que les había pasado inadvertido. Observó que era parte de una receta para un preparado de digitalina. Lo guardó en el bolsillo, con la intención de devolvérselo más tarde a mistress Clapperton.

—Sí —continuó el anciano pasajero—. Es una mujer venenosa. En Poona conocí a una como ella. En el año ochenta y siete.

—¿Y le dio alguien con un hacha? —preguntó Poirot.

El anciano movió tristemente la cabeza.

—Mató a su marido a disgustos antes de un año. Clapperton debía ponerse en su puesto. Consiente demasiado a su mujer.

—Ella tiene la bolsa —dijo Poirot gravemente.

—¡Ja, ja! —rió entre dientes el anciano—. Lo ha expresado muy bien en pocas palabras. Ella tiene la bolsa. ¡Ja, ja!

Dos chicas entraron atropelladamente en el salón de fumar. Una de ellas tenía la cara redonda y pecosa, y su cabellera oscura flotaba en desorden; la otra tenía pecas y el cabello rizado y castaño.

—¡Al rescate, al rescate! —exclamó Kitty Mooney—. Pam y yo vamos a rescatar al pobre coronel Clapperton.

—A rescatarlo de su mujer —dijo Pamela Cregan, jadeante.

—Es una *monada* de hombre…

—Y ella es horrorosa, no le deja hacer *nada* —exclamaron las dos chicas.

—Y cuando no está con ella, lo atrapa la Henderson…

—Que es muy agradable. Pero *viejísima*…

Salieron corriendo, diciendo entrecortadamente, entre risa y risa:

—¡Al rescate, al rescate!

* * *

Que el rescatar al coronel Clapperton no era un arranque pasajero, sino un proyecto arraigado en ellas, quedó demostrado aquella misma noche, cuando Pam Cregan se acercó a Hércules Poirot y murmuró:

—Obsérvenos, monsieur Poirot. Vamos a raptarlo delante de las narices de su mujer y a llevarlo a pasear a la luz de la luna en el puente superior.

En aquel preciso instante, el coronel Clapperton estaba diciendo:

—Le concedo que el Rolls Royce es caro. Pero se tiene un coche prácticamente para toda la vida. Mi coche…

—*Mi* coche, querrás decir, John —dijo mistress Clapperton con voz chillona.

Él no demostró que su grosería le molestara. O ya estaba acostumbrado, o si no…

«O si no…», pensó Poirot, y se puso a meditar.

—Claro, querida, *tu* coche.

Clapperton hizo una pequeña inclinación a su esposa y terminó lo que estaba diciendo, imperturbable.

«*Voila ce qu'on appelle de pukka sahib* —pensó Poirot—. Pero el general Forbes dice que Clapperton no es un caballero. No sé qué pensar».

Alguien propuso una partida de *bridge*. Mistress Clapperton, el general Forbes y una pareja de mirada aguda se sentaron a la mesa de juego. Miss Henderson se había disculpado, saliendo a cubierta.

—¿Y su marido no juega? —preguntó el general Forbes, indeciso.

—John no jugará —dijo mistress Clapperton—. Es un fastidio.

Los cuatro jugadores empezaron a barajar las cartas. Pam y Kitty avanzaron sobre el coronel Clapperton, cogiéndole cada una por un brazo.

—¿Viene usted con nosotras? —preguntó Pam—. Arriba, al puente. Hay luna.

—No seas tonto, John —dijo mistress Clapperton—. Vas a enfriarte.

—Con nosotras no, desde luego —dijo Kitty—. ¡Ya nos encargaremos de que no se enfríe!

Clapperton se marchó con ellas, riendo.

Poirot salió a la cubierta de paseo. Miss Henderson estaba en pie junto a la barandilla y volvió la cabeza, esperanzada. Al ver a Poirot que se acercaba a ella, la desilusión asomó a sus ojos.

Charlaron un rato. Luego, como él permaneciera silencioso, preguntó miss Henderson:

—¿En qué piensa?

Poirot respondió:

—Estoy pensando en mis conocimientos del idioma inglés. Mistress Clapperton dijo: «John no *jugará* al *bridge*»… ¿No se suele decir «no puede jugar al *bridge*»?

—Me figuro que ella tomará como una ofensa personal que su marido no juegue al *bridge*[9] —dijo Ellie secamente—. Ese nombre ha sido un idiota casándose con ella.

Poirot sonrió, amparado en la oscuridad.

—¿No cree usted en la posibilidad de que sean felices? —preguntó Poirot tímidamente.

—¿Con una mujer como ésa?

Poirot se encogió de hombros.

—Muchas mujeres odiosas son adoradas por sus maridos. Un enigma de la Naturaleza. Reconocerá usted que no parece afectarle nada de lo que ella diga o haga.

Miss Henderson estaba pensando su respuesta cuando, a través de la ventana del salón de fumar, llegó hasta ellos la voz de mistress Clapperton.

—No, creo que no voy a jugar otra partida. ¡Está tan viciado el aire! Voy a subir al puente a tomar un poco el fresco.

—Buenas noches —dijo miss Henderson—. Me voy a la cama.

Y desapareció bruscamente.

Poirot se encaminó al salón, desierto, salvo por la presencia del coronel Clapperton y las dos chicas. Clapperton estaba haciendo juegos de manos con las cartas y, al observar la destreza con que manejaba la baraja, Poirot recordó lo que el general había contado sobre su profesión de artista de variedades.

—Ya veo que le gustan las cartas, aunque no juegue al *bridge* —observó Poirot.

—Tengo mis razones para no jugar al *bridge* —dijo Clapperton, mostrando su encantadora sonrisa—. Se lo voy a demostrar. Vamos

a jugar una mano.

Repartió las cartas con rapidez.

—Cojan sus cartas. Bueno, ¿qué hay?

Se rió al ver la expresión de desconcierto de Kitty. Mostró sus cartas y todos hicieron lo mismo. Kitty tenía todos los tréboles; monsieur Poirot, los corazones; Pam, los diamantes, y el coronel Clapperton, los picos.

—¿Ve usted? —dijo—. El hombre que puede dar a sus compañeros y a sus adversarios las cartas que quiera, vale más que se mantenga alejado de una partida amistosa. Si la suerte se vuelve de su lado, podrían decirle cosas desagradables.

—¡Oh! —dijo Kitty sin aliento—. ¿Cómo *pudo* hacerlo?… Parecía que daba las cartas como todo el mundo.

—La rapidez de la mano engaña la vista —dijo Poirot en tono sentencioso, y observó el repentino cambio de expresión del coronel.

Fue como si se hubiera dado cuenta de que se había descuidado por un momento.

Poirot sonrió. El ilusionista se había dejado ver tras la máscara del perfecto caballero.

* * *

El barco llegó a Alejandría al amanecer de la mañana siguiente. Cuando Poirot subió a desayunarse, encontró a las dos chicas listas para bajar a tierra. Estaban hablando con el coronel Clapperton.

—Tenemos que bajar en seguida —insistió Kitty—. Los de los pasaportes se marcharán de un momento a otro. Viene usted con nosotras, ¿verdad? ¡No nos va a dejar ir solas a tierra! Nos podrían ocurrir cosas horribles.

—Desde luego, no creo que debáis ir solas —dijo Clapperton sonriendo—. Pero no sé si mi mujer se sentirá con ánimos de ir.

—¡Qué lástima! —dijo Pam—. Pero puede quedarse descansando.

El coronel Clapperton parecía un poco indeciso. Se veía claramente que la tentación de hacer novillos era muy fuerte. En

eso, advirtió la presencia de Poirot.

—¿Qué hay, monsieur Poirot? ¿Baja usted?

—No, creo que no —contestó Poirot.

—Voy…, voy a hablar con Adeline —decidió el coronel Clapperton.

—Vamos con usted —dijo Pam. Le hizo un guiño a Poirot—. A lo mejor, podemos convencerla para que venga también —añadió en tono grave.

Al coronel Clapperton pareció agradarle la idea, como si le quitaran un peso de encima.

—Venid entonces las dos —dijo alegremente.

Se marcharon los tres juntos por el pasillo de la cubierta B.

Poirot, cuyo camarote estaba frente por frente del de los Clapperton, los siguió con curiosidad.

El coronel Clapperton, un poco nervioso, golpeó con los nudillos en la puerta del camarote.

—Adeline, querida, ¿estás levantada?

La voz adormilada de mistress Clapperton contestó desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy yo, John. ¿Quieres bajar a tierra?

—Desde luego que no —habló con voz chillona y terminante—. He pasado muy mala noche y me voy a quedar en cama casi todo el día.

Pam intervino vivamente:

—¡Oh!, mistress Clapperton, lo siento. ¡Nos gustaría tanto que viniera con nosotros! ¿Seguro que no quiere venir?

—Completamente segura.

La voz de mistress Clapperton sonó aún más aguda. El coronel intentaba, sin éxito, hacer girar el picaporte.

—¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros.

—Lo siento, querida, perdona. Sólo quería mi guía Baedeker.

—Bueno, pues te quedarás sin ella —saltó mistress Clapperton —. No voy a salir de la cama. Vete ya, John, y déjame un poco tranquila.

—Desde luego, querida, desde luego.

El coronel se retiró de la puerta. Pam y Kitty le rodearon.

—Vamos en seguida. Menos mal que tiene el sombrero en la cabeza. ¡Ay, Dios mío! No se habrá dejado el pasaporte en el camarote, ¿verdad?

—Lo tengo en el bolsillo… —empezó el coronel.

Kitty le apretó el brazo.

Inclinado sobre la barandilla, Poirot les estuvo viendo salir del barco. Oyó que alguien a su lado respiraba profundamente y, al volver la cabeza, vio a miss Henderson, que tenía la vista fija en las tres figuras que se alejaban.

—Conque se han ido a tierra —dijo, desanimada.

—Sí. ¿Va a bajar usted?

Poirot observó que llevaba puesto un sombrero de ala y un bolso y unos zapatos muy elegantes. Tenía el aspecto de haberse arreglado para desembarcar. Sin embargo, tras una pausa brevísima, miss Henderson dijo:

—No. Me voy a quedar a bordo. Tengo que escribir muchas cartas.

Se volvió y dejó a Poirot.

Jadeando, tras sus cuarenta y ocho vueltas a la cubierta de paseo, el general Forbes ocupó el lugar de miss Henderson.

—¡Aja! —exclamó al ver al coronel y a las dos chicas que se alejaban—. ¡Conque esas tenemos! ¿Dónde está *madame*?

Poirot explicó que mistress Clapperton se quedaba en cama, descansando.

—¡Increíble! —exclamó el general—. Ella estará levantada para la comida, y si resulta que el pobre desgraciado, sin tener permiso, no se presenta, habrá jaleo.

Pero los pronósticos del general no se cumplieron, y cuando el coronel y las dos damiselas que le acompañaban regresaron al barco, a las cuatro de la tarde, mistress Clapperton no había hecho todavía acto de presencia.

Poirot estaba en su camarote y oyó al marido llamando a la puerta del suyo, de un modo un poco culpable. Oyó que la llamada se repetía, que el coronel trataba de abrir la puerta y que, por último, llamaba a un camarero.

—Oiga, no me contestan. ¿Tiene usted una llave?

Poirot saltó de su litera y salió al pasillo.

* * *

La noticia corrió por todo el barco como reguero de pólvora. Horrorizados, los pasajeros se enteraron de que mistress Clapperton había sido hallada muerta en su litera, con una daga egipcia hundida hasta el corazón. En el suelo de su camarote apareció un collar de ámbar.

A un rumor siguió otro, a cuál más contradictorio. ¡Se estaba reuniendo e interrogando a todos los vendedores de collares que habían sido autorizados para subir a bordo aquel día! ¡Una elevada suma de dinero había desaparecido de un cajón del camarote! ¡Se había seguido la pista a los billetes y habían sido recuperados! ¡No habían sido recuperados! ¡Había desaparecido una fortuna en joyas! ¡No había desaparecido ninguna joya! ¡Un camarero había sido arrestado, confesándose culpable del asesinato!

—¿Qué hay de verdad en todo ello? —preguntó miss Henderson, abordando a Poirot.

Estaba pálida y turbada.

—Mi querida señorita, ¿cómo puedo saberlo yo?

—Claro que lo sabe —dijo miss Henderson.

Era ya tarde. La mayoría de los pasajeros se habían retirado a sus camarotes. Miss Henderson condujo a Poirot a un par de sillas, en el lado más protegido del barco.

—Ahora, dígame —ordenó. Poirot la observó, pensativo.

—Es un caso interesante —dijo.

—¿Es cierto que le han robado joyas de mucho valor?

Poirot negó con la cabeza.

—No. No han robado ninguna joya. Sin embargo, ha desaparecido una pequeña cantidad de dinero suelto que había en un cajón.

—Nunca volveré a sentirme segura en un barco —dijo miss Henderson, estremeciéndose—. ¿De cuál de esos brutos indígenas se sospecha? ¿Hay alguna pista?

—No —dijo Hércules Poirot—. Todo es muy… extraño.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ellie vivamente.

Poirot extendió las manos.

—*Eh bien*, considere usted los hechos. Mistress Clapperton llevaba muerta por lo menos cinco horas cuando la encontraron. Había desaparecido algún dinero. En el suelo, junto a su cama, había un collar. La puerta estaba cerrada con llave y la llave había desaparecido. La ventana…, *ventana*, no ojo de buey, da a la cubierta y estaba abierta.

—Siga —dijo la mujer, impaciente.

—¿No le parece a usted extraño que se cometa un asesinato en esas circunstancias? Tenga en cuenta que todos los nativos autorizados a subir a bordo, los que cambian dinero y los vendedores de postales y collares, son conocidos de la Policía.

—De todos modos, los camareros cierran con llave los camarotes —indicó Ellie.

—Sí, para evitar cualquier ratería sin importancia. Pero esto…, esto es un asesinato.

—¿Qué está usted pensando exactamente, monsieur Poirot? —habló con voz un poco jadeante.

—Estoy pensando en la *puerta cerrada con llave*.

Miss Henderson consideró este extremo.

—No veo dificultad en eso. El asesino salió por la puerta, la cerró y se llevó la llave, para impedir que el asesinato fuera descubierto demasiado pronto. Fue una idea muy inteligente, porque no fue descubierto hasta las cuatro de la tarde.

—No, no, *mademoiselle*, no ha comprendido usted lo que quiero decir. No me preocupa cómo *salió*, sino cómo *entró*.

—Por la ventana, naturalmente.

—*C'est possible*. Pero le costaría trabajo poder pasar por ella y, además, no olvide que todo el tiempo hay gente paseándose por cubierta.

—Entonces, por la puerta —dijo miss Henderson, impaciente.

—Pero olvida usted, *mademoiselle*, que *mistress Clapperton había cerrado la puerta con llave por dentro*. La había cerrado antes que el coronel Clapperton bajara a tierra esta mañana. El coronel intentó incluso abrirla…, de modo que *sabemos* que estaba cerrada.

—Tonterías. Seguramente se atrancó y no movería el picaporte como es debido.

—Pero no se trata solamente de que lo diga él. *Oímos a mistress*

Clapperton decir que había cerrado la puerta.

—¿Quiénes lo oyeron?

—Miss Mooney, miss Cregan, el coronel Clapperton y yo.

Ellie Henderson dio unas pataditas en el suelo con su bien calzado pie, permaneciendo en silencio durante unos segundos. Luego dijo en tono un poco irritado:

—Bueno, ¿y qué deduce usted de eso? Si mistress Clapperton pudo cerrar la puerta, supongo que también podría abrirla.

—Precisamente, precisamente —Poirot volvió hacia ella su cara sonriente—. Y ya ve usted adonde nos conduce este pensamiento. *Mistress Clapperton abrió la puerta y dejó entrar al asesino*. Ahora bien: ¿es probable que abriera la puerta a un vendedor de collares cualquiera?

Ellie objetó:

—Puede que no supiera quién era. Puede que el asesino llamara a la puerta, ella se levantó y abrió; él, entonces, entró por la fuerza y la mató.

Poirot negó con un gesto.

—*Au contraire*. Estaba descansando tranquilamente en la cama cuando la apuñalaron.

Miss Henderson clavó en él su mirada.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó bruscamente.

Poirot sonrió.

—Bueno, parece como si ella *conociera* a la persona a quien dejó entrar, ¿verdad?

—¿Quiere usted decir —dijo mistress Henderson con voz un poco áspera— que *el asesino es uno de los pasajeros*?

Poirot asintió.

—Eso parece.

—¿Y el collar que apareció en el suelo era una pista falsa?

—Precisamente.

—¿Y lo mismo el dinero robado?

—Exacto.

Permanecieron un momento en silencio. Luego miss Henderson dijo lentamente:

—Mistress Clapperton me resultaba de lo más desagradable, y no creo que nadie en el barco le tuviera simpatía, pero nadie tenía

un motivo real para matarla.

—Excepto, tal vez, su marido —dijo Poirot.

—¿No creerá usted…?

Se detuvo.

—Todo el mundo en este barco opina que el coronel estaría plenamente justificado si «le diera con un hacha». Creo que ésa fue la expresión empleada.

Ellie Henderson le miró… expectante.

—Pero tengo que decir —continuó Poirot— que yo, por mi parte, no he visto ninguna señal de exasperación en el bueno del coronel. Además, y esto es más importante, tiene una coartada. Estuvo durante todo el día con esas dos chicas y no volvió al barco hasta las cuatro. Entonces, mistress Clapperton llevaba muerta ya bastantes horas.

Permanecieron en silencio unos momentos. Ellie Henderson dijo en voz baja:

—Pero ¿sigue usted pensando que… un pasajero del barco?

Poirot inclinó la cabeza afirmativamente.

Ellie Henderson se rió de pronto, con una risa atolondrada y retadora.

—Le va a costar trabajo probar su teoría, monsieur Poirot. Hay muchos pasajeros en este barco.

Poirot se inclinó ante ella.

—Emplearé una frase de uno de los escritores de novelas policíacas: «Tengo mis métodos, Watson[10]».

* * *

Al día siguiente, a la hora de la cena, cada pasajero encontró junto a su plato una hojita mecanografiada en la que se solicitaba su presencia en el salón principal a las ocho y media. Cuando todos se hallaron reunidos, el capitán subió al estrado donde solía tocar la orquesta y les dirigió la palabra.

—Señoras y caballeros: Todos ustedes conocen la tragedia que ocurrió ayer en este barco. Estoy seguro de que todos desean colaborar para entregar a la Justicia al autor de tan cobarde crimen

—hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Tenemos entre nosotros a monsieur Hércules Poirot, probablemente conocido de todos ustedes como persona con amplia experiencia en… en asuntos de esta índole. Espero que escuchen con atención lo que tiene que decirles.

En ese momento, el coronel Clapperton, que no se había presentado en el comedor, entró en el salón y se sentó junto al general Forbes. Parecía aturdido por el dolor y no daba en absoluto la sensación de sentirse liberado de un peso. O era un gran actor o había querido sinceramente a su desagradable esposa.

—Monsieur Hércules Poirot —dijo el capitán, bajando del estrado.

Poirot ocupó su lugar. Tenía un aspecto muy cómico, dándose importancia y sonriendo ampliamente a su auditorio.

—*Messieurs, mesdames* —empezó—. Son ustedes muy amables al tener la benevolencia de escucharme. *Monsieur le capitaine* les ha dicho que tengo cierta experiencia en estos asuntos. Tengo, es cierto, una pequeña idea propia para llegar al fondo de este caso concreto.

Hizo una seña a un camarero y éste empujó, subiéndolo luego al estrado, un objeto voluminoso, sin forma definida y envuelto en una sábana.

—Lo que voy a hacer puede que les sorprenda un poco —les advirtió Poirot—. Puede que piensen que soy un tipo raro o un loco. Sin embargo, les aseguro que tras mi locura, como dicen ustedes los ingleses, hay método.

Su mirada se cruzó por un instante con la de miss Henderson. Empezó a desenvolver el voluminoso objeto.

—Tengo aquí, *messieurs y mesdames*, un testigo importante que nos ayudará a saber quién mató a mistress Clapperton.

Con manos hábiles apartó el trozo final de la tela y apareció el objeto envuelto: una muñeca de madera, casi del tamaño de una persona, vestida con un traje de terciopelo y un cuello de encaje.

—Vamos, Arthur —dijo Poirot con la voz ligeramente cambiada; ya no parecía extranjero, sino que hablaba inglés con seguridad y con ligero acento de los barrios bajos londinenses—. ¿Puedes decirme —repitió—, puedes decirme algo sobre la muerte de

mistress Clapperton?

El cuello de la muñeca osciló un poquito, su mandíbula inferior descendió y empezó a moverse, y una voz de mujer, muy aguda y chillona, dijo:

—*¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros*.

Se oyó un grito, el ruido de una silla al caerse y un hombre se tambaleó, con la mano en la garganta, tratando de hablar, tratando… De pronto, su cuerpo pareció encogerse y se cayó de cabeza.

Era el coronel Clapperton.

* * *

Poirot y el médico del barco se levantaron, tras examinar la postrada figura.

—Me temo que se acabó. Corazón —dijo el médico escuetamente.

Poirot asintió.

—La impresión de haber visto su truco descubierto —dijo.

Se volvió hacia el general Forbes.

—Fue usted, general, quien me dio una pista muy valiosa al mencionar el teatro de variedades. Estoy desorientado, me pongo a pensar y por fin se me ocurre. Supongamos que antes de la guerra Clapperton fuera *ventrílocuo*. En ese caso, tres personas pudieron oír perfectamente la voz de mistress Clapperton hablando desde el camarote *cuando ya estaba muerta*…

Ellie Henderson estaba a su lado. Tenía una mirada sombría y triste.

—¿Sabía usted que padecía del corazón? —preguntó.

—Lo suponía… Mistress Clapperton hablaba de su padecimiento del corazón, pero me parecía una de esas mujeres a quienes gusta que las crean enfermas. Entonces recogí del suelo un trozo de una receta de un preparado con una fuerte dosis de digitalina. La digitalina es una medicina para el corazón, pero no podía ser de mistress Clapperton, porque la digitalina dilata la pupila. Yo no

noté en ella ese fenómeno…, pero cuando vi los ojos de él, en seguida observé que presentaban esa dilatación.

Ellie murmuró:

—Entonces, ¿pensó usted que…, que su experimento podría… terminar así?

—Fue el mejor método, ¿no le parece, *mademoiselle*? —dijo Poirot suavemente.

Vio que a sus ojos asomaban las lágrimas.

—Usted lo sabía —dijo Ellie—. Lo ha sabido… todo el tiempo… Que le quería… Pero no lo hizo por *mi*… Fueron esas chicas, la juventud… hizo que se sintiera atado. Quería ser libre, antes de que fuera demasiado tarde… Sí, estoy segura de que fue por eso… ¿Cuándo sospechó usted… que era él?

—Su dominio de sí mismo era demasiado perfecto —dijo Poirot sencillamente—. Por irritante que fuera la conducta de su mujer, no parecía afectarle. Eso significaba, o que ya se había acostumbrado y no le hacía mella, o… *eh bien*, me decidí por la segunda posibilidad… Y acerté. También me llamó la atención su insistencia, la víspera del crimen, en mostrar su habilidad en los juegos de manos. Fingía estar traicionándose a sí mismo, involuntariamente. Pero un hombre como Clapperton no se traiciona. Tenía que haber una razón. Si la gente le creía *ilusionista*, no era probable que creyeran que había sido *ventrílocuo*.

—¿Y la voz que oímos, la voz de la señora Clapperton?

—Una de las camareras tiene una voz no muy distinta de la suya. La induje a que se escondiera tras el escenario y le enseñé las palabras que tenía que decir.

—Fue una trampa… una trampa muy cruel —exclamó Ellie.

—Los asesinos no merecen mi aprobación —dijo Hércules Poirot.

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Juego muy popular en las verbenas inglesas. Consiste en tratar de derribar, tirándole con una pelota, un coco colocado sobre un palo vertical. El que lo consigue, gana el coco como premio. < <

[2] Mercado de diamantes de Londres. < <

[3] Alusión al Evangelio según San Mateo, capítulo VI, versículos 28 y 29: «Mirad los lirios del campo: ni se afanan ni hilan. Y, sin embargo, yo os digo que ni Salomón en toda su gloria iba vestido como uno de ellos». <<

[4] Rosebank significa loma de rosas. < <

[5] Traducimos muy libremente la canción, que en su forma original reproducimos a continuación:
Mistress Mary, quite contrary,
How does your garden grow?
With cockle-sells and silver bells
And pretty maids all in a row. < <

[6] Famoso y aristocrático colegio para chicos, situado cerca de Londres. <<

[7] Famosa institución inglesa donde son recluidos los enfermos mentales convictos de delitos graves. < <

[8] Calle de Londres donde viven muchos médicos de fama. <<

[9] Esta conversación tiene que parecer un poco oscura al lector desconocedor del idioma inglés. Efectivamente, en inglés suele decirse «no puede jugar» cuando nosotros decimos «no sabe jugar»; y al decir «no jugará», en futuro, puede implicar desagrado por parte del que habla, como en este caso. < <

[10] Alusión a Conan Doyle y sus novelas de Sherlock Holmes. < <